



Boni Misericordes

# Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXVIII

Marzo 2005

n.º 3

## SUMARIO

### La Voz del Prelado

Día del Seminario 2005. «Generosos y entregados... como María» .....	229
Domingo de Ramos o en la Pasión del Señor .....	231
Jueves Santo .....	233
Viernes Santo .....	236
Vigilia Pascual .....	239
Domingo de Pascua .....	241
Actividades del Sr. Obispo .....	244

### IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL. Nombramientos. ....	245
Delegación para el Año de la Eucaristía. Sugerencias. ....	246

### IGLESIA EN ESPAÑA

La vida humana, don precioso de Dios .....	252
Homilía del Emmo. Sr. Cardenal-Arzbispo de Madrid en el primer aniversario de los atentados del 11 de marzo .....	258
Nombramiento episcopal. El sacerdote Raúl Berzosa Martínez ha sido nombrado obispo auxiliar de Oviedo .....	262
LXXXIV Asamblea de la CEE. Discurso inaugural .....	263
LXXXIV Asamblea de la CEE. Discurso del Arzobispo de Benevento .....	271

### SANTA SEDE

SANTO PADRE.	
Ángelus .....	274
Audiencia General .....	276
Carta del Santo Padre a los sacerdotes para el Jueves Santo 2005 .....	277
Mensaje de Juan Pablo II para el Vía Crucis del Coliseo .....	282
Mensaje en la Pascua de Resurrección. «¡Quédate con nosotros, palabra viviente del Padre!» .....	282
Mensaje con ocasión del 60 aniversario de la liberación de los prisioneros de Auschwitz .....	284
Mensaje a la Asamblea Plenaria de la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos .....	288
Mensaje del Santo Padre a los participantes en la IV Jornada Europea de los Universitarios durante una vigilia mariana .....	290

### Iglesia Universal

Viacrucis en el Coliseo. Viernes Santo 2005. Meditaciones y oraciones del cardenal Joseph Ratzinger ..	291
Homilía del Viernes Santo .....	307

<b>CRÓNICA DIOCESANA.</b> Marzo .....	313
---------------------------------------	-----



## LA VOZ DEL PRELADO

### *DÍA DEL SEMINARIO 2005*

#### «**GENEROSOS Y ENTREGADOS... COMO MARÍA**»

Queridos diocesanos:

Nos acercamos a la Fiesta de S. José y en torno a ella, a la celebración del Día del Seminario. Este año lo haremos, con las demás Diócesis españolas, el Domingo 13 y el sábado 19 de Marzo, Fiesta de S. José.

Miramos a nuestros Seminarios donde se ayuda a los niños y jóvenes que sienten la llamada de Dios, bajo la acción del Espíritu santo y con el calor y oración de toda la Diócesis, a encontrarse con el Señor, a escucharlo y adorarlo, para que “no tengan miedo” a decirle “sí” como María, y puedan dar testimonio de esta experiencia de encuentro con el Resucitado como los discípulos de Emaús.

#### *“Generosos y entregados... como María”.*

El lema de este año (150 aniversario del dogma de la Inmaculada) nos presenta en primer plano a Santa María, madre y figura de toda vocación en la Iglesia. “En María encuentra la Iglesia la fe íntegra, la esperanza sólida y la caridad sincera” (LG 64). Su vocación de entrega total, al proyecto de Dios no ha sido fácil. Sin duda necesitó renovar su “Sí” dado en la Anunciación para mantenerse fiel. Sólo desde su fe firme, desde su existencia creyente, puede entenderse su generosidad y su entrega al proyecto de Dios que el ángel le propone. “Dichosa tu que has creído” Lc 1,45. Su entrega no es un acto voluntarista, ni un buen deseo sino un proyecto en plenitud que la lleva a tener siempre a Dios en el centro de su vida, y actuar en consecuencia y con generosidad.

Fruto de aquel “sí”, Ella es hoy quien, en la Eucaristía como en Belén, nos ofrece a su Hijo en adoración. “Entraron en la casa, vieron al Niño con María su Madre y postrándose le adoraron” Mt 2,11.

#### *“Hemos venido a adorarle” Mt 2,2*

En agosto de este año 2005, en Colonia (Alemania), el Papa invita a los jóvenes de todo el mundo a hacer la misma experiencia de los Reyes Magos... ponernos en camino, encontrarnos con el Señor y adorarlo.

En el lema de esta Jornada Mundial de la Juventud el Santo Padre resume esta experiencia; toda vocación es “llamada-encuentro-testimonio”: “En el establo de Belén se dejó adorar, bajo la pobre apariencia de un Neonato, por María, José y los pastores; en la Hostia consagrada lo adoramos sacramentalmente presente, y se nos ofrece como alimento de vida eterna. La Santa Misa se convierte ahora en un verdadero encuentro de amor con Aquel que nos ha amado eternamente....acoged su

invitación, preparaos y acercaos al Sacramento del Altar, especialmente en este Año de la Eucaristía... Escuchar a Cristo y adorarlo lleva a hacer elecciones valerosas, a veces heroicas. Jesús es exigente porque quiere nuestra auténtica felicidad. Llama a algunos a dejar todo para que le sigan en la vida sacerdotal o consagrada. Quien advierte esta invitación no tenga miedo a decirle “sí” y le siga generosamente... “La Iglesia necesita auténticos testigos... transformados por el encuentro con Jesús; hombres y mujeres capaces de comunicar esta experiencia a los demás. (Mensaje del Santo Padre a los jóvenes; XX Jornada Mundial de la Juventud.)

Vuelvo la mirada a nuestros Seminarios, protagonistas de esta jornada, pues la formación de los seminaristas, “con todo lo que conlleva de oración, dedicación y esfuerzo, es una preocupación de importancia capital para el Obispo”, pues “el Seminario es uno de los bienes más preciados para la Diócesis” (PG 48). Con nuestras aportaciones económicas y, sobretodo con nuestra oración, nuestro afecto y simpatía por el seminario nos hacemos corresponsables de la fecundidad de esta institución vital para nuestra Iglesia.

La realidad gozosa de que todos los años, por esta fiesta, celebremos ordenaciones de diáconos, es motivo de esperanza para el Obispo y para toda la Diócesis, y un estímulo para seguir sembrando la semilla de la vocación sacerdotal en el corazón de los niños y jóvenes de nuestras comunidades parroquiales.

Por ello os invito a los sacerdotes, a los consagrados, singularmente a los contemplativos y contemplativas, y a todos los fieles a seguir orando por las vocaciones, de un modo singular con ocasión del Día del Seminario: pedir al Señor que conceda a nuestra Diócesis seminaristas “generosos y entregados como María”, conscientes del don que han recibido, y dispuestos a ofrecer su vida por la causa del Evangelio.

Por intercesión de S. José y de Santa María Madre, encomiendo al Señor el presente y futuro de nuestros Seminarios.

Os bendice y os saluda con cariño vuestro Obispo.

**Luis Quinteiro Fiúza**  
Obispo de Ourense

## DOMINGO DE RAMOS O EN LA PASIÓN DEL SEÑOR

Queridos hermanos todos: La Eucaristía de este domingo, como centro y calmen del espíritu de este día, nos abre a la Semana Santa, la semana central de todo el año cristiano. Hoy quiero hacer a todos una llamada intensa y cordial para que, los cristianos, no faltemos a las celebraciones centrales de nuestros mayores misterios. Allí donde os encontréis esta semana, trabajando o de vacaciones acudid a vivir los grandes misterios de nuestra salvación.

Aunque los medios de comunicación nos distraigan de este ambiente y el comportamiento de los que “pasan” de la fe vaya por otros derroteros, vosotros acudid a la Iglesia, llevad con vosotros a los jóvenes y a los niños. Procuremos todos vivir lo mejor posible esta gran Semana.

Ya hemos aclamado a Jesucristo por las calles y hemos mostrado nuestra alegría, al reconocerle como el Rey que viene de parte del Padre para dar su vida por todos los hombres.

La Eucaristía a partir de la oración colecta nos orienta ya hacia la pasión, muerte y sepultura del Señor, que desembocará en la Resurrección. En dicha oración rezábamos: “Dios todopoderoso y eterno, tú quisiste que nuestro Salvador se hiciese hombre y muriese en la cruz, para mostrar al género humano el ejemplo de una vida sumisa a tu voluntad”...Jesús va a la muerte para dar cumplimiento a la voluntad del Padre; nadie le obliga, sino el amor a quien le envió al mundo para eso. Y además, Jesús muere para darnos ejemplo de una vida sometida totalmente al Padre. Es en esto donde radica el mayor sentido y felicidad del hombre.

En la Semana Santa, Jesús hace real lo dicho a su entrada en el mundo “Aquí vengo, Padre, para hacer tu voluntad”. Ahora la voluntad del Padre es que apure el cáliz de la pasión hasta el final y Cristo se somete. La parte de Cristo será perfecta, no fallará ni un ápice. Nosotros necesitamos ahondar por la fe y la oración en lo que rezábamos en la oración colecta: “...concédenos que las enseñanzas de su pasión nos sirvan de testimonio, y que un día participemos en su gloriosa resurrección”. A nosotros nos toca acoger las enseñanzas de la pasión del Señor, recibir fuerzas de ella para ser testigos de Cristo en el mundo, no avergonzarnos de dar la cara por Jesús y así llegaremos a participar de su gloriosa resurrección.

La primera lectura (Is 50,4-7) es el tercer cántico del Siervo de Yavé. Nosotros lo vemos cumplido en la vida y pasión del Señor. El Siervo escucha cada día lo que es voluntad de Dios y procura llevarla a cabo. Tiene fuerza, por gracia de Dios, para alentar a los abatidos. Acepta con toda entereza los sufrimientos de la pasión y no se echa atrás. La respuesta a esta lectura por parte del Salmo 21 es impresionante. Es el Salmo que Jesús recita en la Cruz y una de las siete palabras. Describe paso a paso lo que luego hemos escuchado en la proclamación de la Pasión.

La segunda lectura (FI 2, 6-11) es un himno primitivo de la comunidad cristiana, en el que se recoge el misterio pascual en su doble dimensión. Nada mejor para introducirnos en el relato grandioso de la Pasión y muerte del Señor.

La proclamación de la Pasión de Jesús según san Mateo (26, 14-27,66) tiene aspectos peculiares de este Apóstol. Es el que más citas ofrece para mostrar cómo en Jesús se cumple lo anunciado en el AT.

San Mateo comienza el relato de su pasión en la última Cena de Jesús con sus apóstoles. Es para tener en cuenta en este Año de la Eucaristía. En la Cena de aquel primer Jueves Santo, se consumó la traición de Judas y Jesucristo anticipó el sacrificio cruento de la Cruz. Allí por primera vez, los Apóstoles recibieron sacramentalmente el Cuerpo entregado de Jesús y su Sangre derramada. Ojalá que los cristianos nunca traicionemos a Jesucristo en la Eucaristía; al contrario que valoremos cada día más la fuerza de amor de este gesto, que actualizamos cada en la Iglesia. La pasión según san Mateo nos recuerda: la advertencia a Pedro sobre su negación; la agonía de Jesús en Getsemaní; la traición de Judas y el prendimiento de Jesús, las negaciones de Pedro, el juicio de Jesús ante las autoridades religiosas y civiles, la condena a muerte realizada por Pilato, el camino hacia el Calvario, la muerte en la Cruz con el grito: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. La pasión termina con la sepultura del cuerpo de Jesús por parte de José de Arimatea.

Queridos hermanos: que sigamos contemplando a Jesús en su pasión. Que estos días, que preceden al triduo pascual, sean de un profundo seguimiento de Jesucristo para configurarnos con El. Vivamos esta Semana Santa con fervor cristiano, poniendo en el centro de todo a Jesucristo. Aceptemos con El nuestros padecimientos para resucitar a la vida eterna. Así llegaremos a la Pascua de Resurrección con la alegría desbordante que da la fe.

Que María nos ayude a vivir como ella lo hizo estos días muy unidos a Jesús. Amén.

**Luis Quinteiro Fiúza**  
Obispo de Ourense

## JUEVES SANTO

La celebración de esta tarde es el pórtico espléndido al Triduo pascual, en el que conmemoraremos la pasión, muerte, sepultura y resurrección del Señor. Esta tarde queremos como hacemos presentes al cenáculo con los sentimientos de Jesucristo, para sintonizar con su alma y su voluntad. Cada Jueves Santo, al celebrar “aquella memorable Cena”, debe profundizar desde la fe en el misterio allí realizado hace tantos siglos.

No se trata de un simple recuerdo, no es una escenificación mimética de todos los detalles que entonces tuvieron lugar, sino la entrada, por la fe, en la entrega “hasta el fin” de Cristo al Padre por la salvación de los hombres y al amor “hasta el fin”, manifestado en el sacramento del sacrificio, que al día siguiente tendría lugar cruentamente en la Cruz.

Es de desear que el clima de hoy en la celebración esté penetrado de significativo silencio para escuchar cada palabra, para captar el sentido de cada gesto y de gratitud hacia las actitudes de Cristo. Nos conviene observar también las reacciones de Pedro, del “discípulo amado”, de Judas, los ejemplos de Jesús, sus palabras en gran parte incomprensibles para los apóstoles, pero proféticas siempre y llenas de afecto sincero.

Es la tarde en que nace la Eucaristía, en el contexto de la cena pascual judía; la tarde que quedará sellada para siempre por el sacramento de la total donación de Cristo, que luego los Apóstoles transmitirían a la Iglesia. Hoy, hemos de contemplar el rostro de Cristo, pero sobre todo su alma, su voluntad de amar, su propósito de romperse y derramar su sangre por los pecados de los hombres. Hemos de sorprendernos y conmocionarnos viendo hasta qué punto amó Dios a los hombres, que no perdonó a su Hijo. Y cómo el Hijo, encamando los sentimientos y voluntad del Padre, se nos dio como alimento y bebida para realizar con acierto el camino de este mundo.

La lectura primera (Ex, 12, 1-14) nos describe la celebración ritual de la pascua anual del pueblo judío. Tenía lugar en primavera, en el primer mes del año judío. Era un memorial del paso de Yahvé por Egipto salvando a los israelitas y castigando la terquedad del Faraón. Israel, en recuerdo de aquel acontecimiento debía comer el cordero pascual de pie, en actitud de marcha, con pan sin fermentar por la prisa y hiervas amargas que simbolizaban la angustia de la esclavitud vivida en Egipto. Un signo a destacar era la sangre del cordero sacrificado, con el que se ungió las jambas de las puertas, signo de liberación. Esta fiesta anual en honor del Señor se convirtió, por mandato de Dios, en “ley perpetua para todas las generaciones”. Y así la siguen celebrando hoy los judíos.

Pero, para los cristianos, aquella celebración alcanzó su cumplimiento y pleno significado en la Eucaristía que Jesús instituye, el primer Jueves Santo de la historia. Hoy hemos leído cómo se realizó, en el texto más antiguo que posee la Iglesia (1 Cor 11, 23-26). San Pablo nos lo cuenta como una “tradición” recibida, que procede del Señor y que él nos transmite con plena fidelidad.

Destaquemos que tuvo lugar “en la noche en que iban a entregarlo”. Es un dato que caracteriza todo este acontecimiento. Jesús está a punto de pasar de este mundo al Padre. Como los israelitas iban a emprender el éxodo por el desierto hacia la tierra prometida, Jesús, el nuevo Israel, está a punto de iniciar su éxodo personal”: su muerte. Jesús se va libremente en obediencia al Padre, pero es entregado a sus enemigos por la traición de uno de sus íntimos. Y esta circunstancia da un dramatismo especial a la primera Eucaristía. Pablo describe con fidelidad los gestos fundamentales de Jesús, que serán recordados por los evangelistas y ayudarán en adelante a reconocer al Maestro resucitado, como en Emaús. Jesús “tomó pan” como correspondía al padre de familia, pronunció “la acción de gracias” o la larga bendición al Padre por todas las maravillas realizadas en la creación y en la historia de salvación, a favor de los hombres. Es lo que hace hoy el sacerdote en la Gran Oración Eucarística. Jesús abrió en ella su corazón de Hijo obediente y fiel a los planes del Padre, en orden a mostrar a sus Apóstoles cómo todo, en la sagrada Escritura, tenía una orientación clara hacia su pasión, muerte y resurrección. Y todo ello alabando, glorificando y dando gracias al Padre de su amor.

Luego Jesús “partió” el pan, como sería roto su cuerpo, al día siguiente, por los sufrimientos físicos y morales. “Lo mismo hizo con el cáliz”, para significar que, al día siguiente, su sangre sería derramada para ser bebida espiritual de todos los hombres. Así quedarían borrados los pecados del mundo y el cielo abierto definitivamente para todo hombre.

Jesús con todo énfasis y sin ninguna posibilidad de entenderlo más que en sentido real, dice: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros”...”Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre”... Si El lo dice y es la Verdad, ¿Te atreverás a desconfiar? El que hizo el cielo y la tierra ¿no puede convertir el pan en su cuerpo y el vino en su sangre? ¿Serás tú incrédulo como Tomás? Es el momento del asombro, de la conmoción, de la adoración, del silencio, de la contemplación, de la acción de gracias...., ¿Eres cristiano y no tiembles de emoción? ¿No te saltan las lágrimas al descubrir, por la fe, tan gran milagro?

Aquí radica el motivo de la adoración del Santísimo Sacramento en la Misa y de aquí ha brotado el propósito de la Iglesia, desde los primeros siglos, de adorarlo fuera de la Misa en el Sagrario. Es verdad que, ante todo, se reservó para que pudiesen comulgar los moribundos y enfermos. Pero al mismo tiempo los cristianos querían contar con la presencia real de Jesucristo en las especies consagradas para tener fuerza cuando llegase el martirio. Conocemos casos de cristianos que llevaban consigo la sagrada forma para que, cuando llegase el momento supremo de dar la vida, tuviesen la fortaleza del Rey de los mártires y no cayesen en el terrible pecado de la apostasía. Conocemos la fortaleza de niños como san Tarsicio que, prefirió que le arrancasen la vida antes de desprenderse de la Eucaristía, que llevaba junto a su pecho para servirla a los encarcelados.

Y Jesús terminó con el mandato a los Apóstoles: “Haced esto en memoria mía”. Pablo lo repite para la consagración del pan y del cáliz. No se trata de un mero recuerdo ritual o imaginativo. Es un mandato semejante a otros muy serios que



aparecen en el Evangelio. Pero en este caso es un mandato a reiterar las palabras y los gestos del Señor, para hacerle presente realmente a El y su misterio de entrega “hasta el fin”. Repetir sus gestos y palabras testamentarias es de obediencia necesaria para la Iglesia. Sin Eucaristía no hay Iglesia por mucho tiempo. Los Apóstoles y sus sucesores (Obispos y presbíteros) son los responsables de que tal mandato se siga realizando. Por eso tampoco hay Eucaristía si no hay sacerdocio ministerial. Y no puede haber sacerdotes si no hay vocaciones. Por eso la Iglesia debe orar y cultivar los gérmenes de las vocaciones al sacerdocio.

Pablo termina su relato explicativo de lo que es y no es la Eucaristía, según la voluntad de Cristo, diciendo a la poco ejemplar comunidad de Corinto: “Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor hasta que vuelva”. Participar plenamente en la Eucaristía implica gritar que Jesús ha entregado su vida por amor y que reclama un amor semejante a los hermanos.

No hay Eucaristía auténtica si no nos sentimos llamados a entregarnos a los hermanos muriendo a nosotros como Cristo. Si Cristo se destrozó en la Cruz por dárseos y en la Eucaristía se hace alimento (con su cuerpo roto y su sangre derramada) ¿Cómo podemos comulgarle y no morir con él para salvar al hermano? Si en la Eucaristía somos hechos víctima con Cristo sacrificio, también lo hemos de ser sinceramente en la vida entera.

Así anunciaremos la muerte de Cristo y proclamamos su resurrección “hasta que vuelva”. Nuestra vida en la tierra está siempre abierta a la vuelta definitiva del Señor; somos peregrinos, sin ciudad permanente aquí y Dios nos llevará consigo cuando lo estime oportuno. En la Eucaristía avivamos el deseo de encontrarnos definitivamente con el Señor.

El Evangelio de san Juan (13, 1-15) completa los profundos contenidos de la Eucaristía del primer Jueves Santo y de todos los siglos. San Juan no nana la institución, pero la solemnidad con que introduce el gesto del lavatorio y el mandamiento del amor indica la importancia de ambas realidades rodeando a la Eucaristía. Para san Juan los hechos suceden “antes de la fiesta de la Pascua” judía. Jesús es plenamente consciente de lo trascendente del momento, “sabiendo...que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre”...”Estaban cenando” y el demonio ya había inspirado a Judas su traición...” Y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena...”

La Eucaristía es fluente del amor y el amor se ha de concretar en el servicio a los más pobres y con la mayor humildad. Jesús hoy, Jueves Santo, nos sigue dando ejemplo para que le imitemos. Celebrar y vivir la Eucaristía supone aprender a amar como Jesús, servir como El y ser testigos de su misión en el mundo.

Que este, día después de celebrarle y comerle en la Misa, le acompañemos largamente adorándole presente en el sagrario.

**Luis Quintero Fiúza**  
Obispo de Ourense

## VIERNES SANTO.

Hoy celebramos el primer día del Triduo pascual. En el centro está la Cruz del Señor, como ayer estuvo la Eucaristía. Hoy y mañana son días sin Eucaristía, aunque comulgaremos con las especies eucarísticas consagradas ayer. Es un día de profundo silencio, de contemplación serena de la entrega de Jesucristo hasta la muerte, para que nos configure con su existencia. La celebración pretende conducirnos al clima y al misterio de la muerte de Cruz del Señor, como consumación de la voluntad del Padre y demostración del amor a los hombres. Es día de austeridad que se manifiesta en el ayuno no de tipo penitencial, sino de participación en el “paso” de Jesús de la muerte a la vida.

Hoy se hacen reales y llenas de contenido las palabras del Salmo (140, 2), puestas en boca de Jesús: “Suba mi oración como incienso en tu presencia, el alzar de mis manos como ofrenda de la tarde”. En realidad, la oración desgarrada de Jesús en la Cruz y su grito de soledad dirigido al Padre, desde el abismo de su situación, no deja de ser agradable como el incienso ofrecido por los sacerdotes judíos. Las manos elevadas y cosidas a la Cruz realizan lo significado por el sacrificio vespertino diario del templo de Jerusalén.

La de hoy es una celebración de la Palabra, unida a la oración universal con multiplicidad de intenciones y adoración de la Cruz en la que murió el Señor. Este es el contenido central que llena nuestra acción litúrgica vespertina.

Las dos colectas a elegir se centran en el misterio pascual, instituido por Cristo mediante su sangre (1ª) y capaz de destruir la muerte que alcanza a todos los hombres (2ª). La petición primera que hace la Iglesia al Padre es que santifique y proteja a los hijos de Dios (1ª) los asemeje al Señor, de modo que por la gracia lleven grabada en adelante la imagen de Jesucristo, el hombre celestial. La muerte de Jesús nos devuelve la imagen del Hijo, perdida por el pecado.

La Liturgia de la Palabra de hoy es profundamente iluminadora del misterio de la pasión y la muerte del Señor. La lectura del cuarto cántico del Siervo (Is 53, 13-53, 12) hemos de verla iluminada por la plena luz del misterio pascual de Jesús. El justo, agradable a Dios, soportó toda humillación y sufrimiento. Es Jesucristo paciente y muerto para cumplir la voluntad del Padre y salvar a los hombres. Su destino será el ver la luz del día de la resurrección y su descendencia será incontable.

Toda la comunidad responde a esta primera lectura con las palabras del Salmo 30, dichas por Cristo durante su agonía en la Cruz: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”. El estribillo expresa la confianza de la Iglesia unida al Cristo moribundo. Pero las estrofas son como una réplica del itinerario de la pasión que recogía la lectura de Isaías.

La lectura de la *Carta a los Hebreos* (4, 14-16; 5,7-9) presenta a Jesús como sumo Sacerdote, capaz de compadecerse de nuestras debilidades, porque “ha sido probado en todo exactamente como nosotros, menos en el pecado”. Este escrito plasma el dramatismo de las “oraciones y súplicas” de Cristo al Padre antes de su muerte, para que le salvara de ella. Es la terrible “noche” de Jesús en Getsemaní Y es escuchado “en su angustia”, pero “a pesar de ser Hijo, aprendió sufriendo a obedecer”.

Es una *síntesis* preciosa e impresionante de la pasión del Señor: el *Hijo único*, en el cual el Padre se complace, *sufriendo* indeciblemente nos da la lección de la obediencia a la voluntad de Dios. Y aquí se halla *el faro iluminador* del misterio del dolor humano. La obediencia y la aceptación sufriente es camino de resurrección. Por la obediencia y el sufrimiento fue “llevado a la consumación”. Desde entonces, Jesús es “autor de salvación eterna” de quienes obedecen.

*La pasión según san Juan* (18, 1-19,42), que se lee siempre en esta celebración del Viernes Santo, ha sido una buena ocasión para contemplar con detenimiento al Jesús suficiente y decidido a entregarse a la muerte para glorificación del Padre y redención de todos los hombres. Que esta Palabra de Dios siga resonando en nuestra alma, durante el día de hoy, y durante todo el día de mañana. Será la Vigilia pascual con sus lecturas la que complete el cuadro del misterio proclamado hoy.

A continuación os invito a *orar con toda la Iglesia* por las mayores necesidades de los hombres y los pueblos. Es una oración solemne incluso en la forma de realizarla. Pongamos toda el alma en ella. Sabed que los fieles, conmigo, ejercéis vuestro sacerdocio bautismal como adoradores del Padre “en espíritu y en verdad”. Además, esta oración universal, en el día de la pasión y muerte de Cristo, muestra el valor y sentido profundo de la oración de petición e intercesión. Sin ella nos sentiríamos desvalidos y abandonados a nuestra suerte, sin poder mostrar nuestros deseos y gritos angustiosos al Padre. Pero afortunadamente el Padre desea que pidamos e intercedamos una y otra vez. Lo hacemos por medio de Jesucristo Sacerdote y Redentor.

La *adoración solemne de la Cruz* es un gesto profundamente significativo. Después de haber proclamado la pasión, muerte y sepultura del Señor, la Iglesia no se queda en vacío e inerte. Por la fe sabemos que la Cruz, además de instrumento de humillación de Cristo, es árbol de vida y signo de su triunfo. Por eso, el mismo día que Jesús expira en ella, es adorada por el “dulce peso” que de ella pende. En ella “estuvo pendiente la salvación del mundo”. Hoy la adoramos postrándonos de rodillas, haciendo genuflexión y besando los pies taladrados. Mientras tanto, los cantos que acompañan este gesto son de compunción, de reconocimiento de nuestros pecados, de esperanza y agradecimiento al Padre y al Redentor.

Terminaremos la celebración *comulgando* con las sagradas especies reservadas ayer. Hoy, dentro del “Año de la Eucaristía”, comprendemos mejor el don que nos hizo el Señor dándonos su Cuerpo y su Sangre como alimento. Es alimento también para nuestros días de tribulación. Alimento que podemos recibir, incluso cuando no se celebra la santa Misa. Alimento guardado siempre en el sagrario. Pero un alimento que es la Persona del Crucificado y resucitado, que por amor se ha quedado hasta el fin del mundo. Persona-Alimento para el camino, que se completa con el alimento de la Palabra, que hizo arder el corazón de los dos discípulos de Emaús.

La comunión de hoy no puede ser sino unión íntima y agradecida a Jesucristo, Redentor de todos los hombres. Hemos de agradecer su pasión y muerte, como camino elegido por el Padre para mostrarnos su amor. Pero a la vez, con profunda

serenidad, hemos de decirle que la causa de su muerte son nuestros pecados. Unámonos en El a todos los hombres despreciados, violentados, asesinados y abandonados. Por ellos murió también el Señor. A todos, asesinos, cómplices y asesinados Dios desea salvarlos. La muerte de Jesús es de valor infinito frente a la gravedad limitada del pecado humano. “Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia”.

Que María, la Virgen Madre, que compartió hasta el fondo los dolores del Hijo nos ayude a compartirlos con nuestros hermanos para alcanzar un día la gloria de la resurrección.

**Luis Quinteiro Fiúza**  
Obispo de Ourense

## VIGILIA PASCUAL.

Queridos hermanos: hemos llegado a la cumbre de la preparación a la que apuntaba la Cuaresma. Es la noche de todas las vigiliias cristianas. Es la noche santa, en la que celebramos la culminación del Triduo pascual. La noche en que celebramos la resurrección de Cristo y la plena incorporación de los catecúmenos, por el Bautismo, a Cristo y a la Iglesia entera.

Desde el miércoles de ceniza hemos venido preparándonos, por el sacramento de la Penitencia, la oración, el ayuno y la limosna a esta cita santa.

Es una noche en que gustosamente robamos tiempo al sueño y velamos en comunidad, escuchando las maravillas de Dios, glorificando a Cristo resucitado y celebrando la Eucaristía culminante del año cristiano. Cada año que vamos sumando a nuestra experiencia de la celebración de esta noche, el Señor Jesús nos ofrece una gracia nueva, en orden a configurarnos con su misterio pascual de muerte, sepultura y resurrección.

La celebración de esta noche *nos habla por los distintos símbolos* que nos explica la Palabra de Dios y la Iglesia Maestra: la oscuridad, vencida por el fuego nuevo y la luz de Cristo resucitado, el cirio encendido y portado al presbiterio para ser aclamado solemnemente con el canto del “Exultet”, las lecturas de la Palabra de Dios contempladas y oradas, el “Gloria” y “Aleluia”, el agua en la que nacen los nuevos cristianos, el repique gozoso de las campanas, el color blanco de las vestiduras de los sacerdotes, la abundancia de flores junto al altar y en la iglesia, etc.

Es preciso dejarse imbuir en la espiritualidad y el sentido del misterio que velan y revelan todos estos signos. La comunidad celebrante debe descubrirse, esta noche, renovada por el Bautismo, la recepción agradecida del perdón, la presencia de Jesús resucitado que reúne y la acción santificadora del Espíritu Santo que crea comunión entre la Santísima Trinidad y los hermanos. En la monición primera para la bendición del cirio hemos escuchado: “Si recordamos así la Pascua del Señor, oyendo su palabra y celebrando sus misterios, podemos esperar tener parte en su triunfo sobre la muerte y vivir con él siempre en Dios”.

La liturgia de la Palabra de esta noche es intencionadamente extensa. Ahora que ya hemos terminado las moniciones, las lecturas bíblicas, los salmos responsoriales y las oraciones que cierran las lecturas, quisiera invitaros a profundizar, muy brevemente y en conjunto, lo que hemos hecho. Mejor sería decir que se trata de lo que Dios ha hecho con y para nosotros. Después del solemne pregón de la Pascua, hemos entrado ya en la noche santa de la resurrección. Las diversas lecturas del Antiguo y NT, que hemos escuchado, son como la proyección a nuestra mente y corazón de las maravillas realizadas por Dios con el pueblo de Israel orden a salvarlo. Estas maravillas eran sólo promesa, anticipo y figura de lo que Dios haría, cuando llegó su mismo Hijo y tomó nuestra carne humana en el mundo.

Durante la Semana Santa y el Triduo pascual, en los días precedentes a esta noche, hemos escuchado y contemplado la vida, las obras, la pasión, muerte y sepultura del Hijo de Dios. Esas son las grandes maravillas, anunciadas en el AT, y realizadas en el sufrimiento y la humillación de nuestro Señor Jesucristo, por nosotros y todos los hombres. Los pasajes del NT proclamados en esta noche santa, completan y culminan lo anterior. Todo hubiera sido un fracaso si Jesús no hubiera resucitado. Pero su resurrección, principio y garantía de la nuestra, culmina todo el pasado y da la razón al plan de Dios. Así, las diversas lecturas, salmos y oraciones de esta liturgia de la Palabra nos ayudan a captar la unidad del plan de Dios y el avance, siempre por gracia de Dios y a veces obstaculizado por los hombres, del mismo plan.

Pero la Iglesia nos ha pedido que, mientras hemos contemplado “la gran trayectoria de esta Historia santa”, no dejásemos de orar “intensamente, para que el designio de salvación universal, que Dios inició con Israel” pueda llegar “a su plenitud y alcance a toda la humanidad por el misterio de la resurrección de Jesucristo”.

Jesucristo resucitado es la cumbre de la Pascua cristiana y es la meta a la que se orientaba toda la preparación cuaresmal. Es preciso que los cristianos, esta noche y durante todo el tiempo pascual, extendamos esta noticia a todos los hombres. Nuestra oración, nuestros esfuerzos por transformar el mundo y nuestro actuar entero debe ordenarse a poner a Jesucristo resucitado en la cumbre del universo. El Crucificado y Sepultado ya no está entre los muertos. Ha sido resucitado por el Padre y por la fuerza del Espíritu Santo como signo claro de la aceptación de su vida entregada al servicio de los hombres.

Para los cristianos todo ha cambiado. La muerte y el dolor han sido vencidos. El odio, la sed de venganza, las calumnias y persecuciones han sucumbido ante la fuerza del amor y de la vida. En adelante, es preciso vivir según la nueva condición ganada para nosotros por Cristo. Hemos de considerarnos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo.

Las promesas bautismales nos invitarán a tomar en serio lo que ha tenido lugar en nosotros en este sacramento al incorporarnos a la muerte de Cristo y a su resurrección.

La Eucaristía de hoy es la central del Triduo. Ello quiere decir que es la Eucaristía modelo de todas las del año cristiano. La Vigilia pascual se consuma comiendo la Víctima pascual que es el cuerpo de Cristo y bebiendo su Sangre. La vida nueva, nacida del Bautismo, se alimenta con el Cordero inmaculado, entregado a la muerte y resucitado para nuestra justificación. La blancura de la gracia es simbolizada por las vestiduras blancas; la alegría del nuevo nacimiento por la gracia, se plasma en el “Aleleluia” y el “Gloria”, que resonará durante todo el tiempo pascual. La vida gozosa de la comunidad cristiana, renovada en esta noche, acompañará los pasos de los nuevos bautizados.

Alimentada nuestra fe por la Palabra de Dios, caldeados en el fervor de la gran Oración eucarística que rezaremos, confortados con el Cuerpo y la Sangre de Cristo iremos a la vida asumiendo la misión de anunciar a Jesucristo con todas nuestras fuerzas.

¡Cristo ha resucitado!, ¡La muerte ha sido vencida! El Señor se queda con nosotros y nuestro corazón arde de entusiasmo. Que la Eucaristía de la Vigilia pascual nos impulse a vivir constantemente la Eucaristía dominical y diaria, fuente y cumbre de la vida y misión de la Iglesia.

Virgen de la resurrección, comunícanos el gozo vivido por ti por las apariciones de Hijo a la primera comunidad de cristianos.

¡Feliz Pascua en el Señor para todos! Cristo ha resucitado! ¡En verdad ha resucitado!.

**Luis Quinteiro Fiúza**  
Obispo de Ourense

## **DOMINGO DE PASCUA.**

Queridos hermanos y hermanas: en la Vigilia pascual de ayer noche hemos celebrado el acontecimiento central de la vida cristiana y del año del Señor. Hemos celebrado el triunfo definitivo de Jesucristo sobre la muerte y la fuente de nuestra futura resurrección. Toda la liturgia de la noche pasada es una magnífica obra de arte sacramental que, por la acción del Espíritu Santo y la presencia de Jesucristo resucitado, se nos comunica para dar sentido a nuestra existencia y llenamos de la vida de la Santísima Trinidad.

La Pascua de resurrección, en la luna llena y comenzando la estación bella de la primavera nos habla de la Vida para nunca más morir, de la novedad de la existencia de los bautizados, de la renovación de la comunidad cristiana por los sacramentos cuaresmales y del inicio de “un gran día” que dura cincuenta.

Hemos entrado en aquel tiempo que nos evoca la vida feliz del cielo, donde los bienaventurados contemplan eternamente el rostro de Dios y la fiesta no termina jamás. En cierto sentido Pascua es el “ya” en sacramento, que vivimos en el “todavía no” de nuestra existencia en este mundo. La Iglesia primitiva lo significaba distribuyendo a los nuevos bautizados, después de la Eucaristía, un cáliz mezclado con miel. También para todos los cristianos la celebración de la Pascua durante la “Cincuentena” debe estar marcada por este gozo, esta felicidad en Jesucristo Resucitado, la experiencia profunda de la transformación que hace el Espíritu Santo y el deseo de llegar un día a la dichosa realidad del cielo.

Las lecturas bíblicas de este domingo se armonizan entre sí para presentarnos con diafanidad el mensaje de la Pascua. Ayer noche, la mayor abundancia de

lecturas ponía ante nuestros ojos la unidad durante siglos de la historia de la salvación.

El evangelio (Jn 20, 1-9) se centra en el acontecimiento del sepulcro de Jesús, abierto ya al amanecer del primer día de la semana (nuestro domingo), vacío y tanto las vendas como el sudario colocados ordenadamente. Es el primer indicio, no prueba, de que Jesucristo ha resucitado. San Juan destaca el papel de María Magdalena como la primera que descubre la losa del sepulcro quitada. Ella es la primera que lo comunica a Pedro y al “discípulo amado”. Es “apóstol” de la resurrección para los Apóstoles.

Es significativo el relato de san Juan que presenta a Pedro y al discípulo amado corriendo hacia el sepulcro. Uno llega primero, observa el interior del sepulcro pero no entra. Pedro llega más tarde y entra el primero, observando las cosas. De su actitud de fe en la resurrección no se dice nada. Pero es claro y, nos lo comenta el evangelista Juan, que “hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos”.

El discípulo amado entrando después de Pedro “vio y creyó”. La resurrección es un acontecimiento que sucede en nuestra historia, pero que a la vez la sobrepasa. El acontecimiento de la resurrección es objeto de fe. Es preciso fiarse de Jesús y creer. De otro modo nunca podrá demostrarse con argumentos racionales contundentes. Por eso, todos los domingos profesamos en el Credo: “Creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna. Amén”.

Dice el Catecismo de la Iglesia católica (=CCE): “Creemos firmemente, y así lo esperamos, que del mismo modo que Cristo ha resucitado verdaderamente de entre los muertos, y que vive para siempre, igualmente los justos después de su muerte vivirán para siempre con Cristo resucitado y que El los resucitará en el último día (cf Jn 6, 39-40). Como la suya, nuestra resurrección será obra de la Trinidad” (n 989).

Pero es, sobre todo en la celebración de la liturgia de la muerte, donde hemos de profundizar más en este misterio de nuestra resurrección. Es preciso que los cristianos descubramos, desde la fe que, la resurrección de la carne y la vida eterna, en la que entró Jesús por virtud del Espíritu Santo, es fuente y garantía de la nuestra. Y desde esta fe, todo cambia en nuestro horizonte. Desde esta verdad radical de nuestro cristianismo todo lo humano cobra un nuevo sentido. Como ya decía Tertuliano: “La resurrección de los muertos es esperanza de los cristianos; somos cristianos por creer en ella” (CCE 991).

San Pedro proclama este mensaje de la resurrección del Señor en casa del centurión romano, Cornelio (Hech 10, 34.37-43), “piadoso y temeroso de Dios” (Hech 10,2). Destaca que los Apóstoles son testigos de lo que hizo en Judea y en Jerusalén. “Lo mataron colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y nos lo hizo ver, no a todo el pueblo, sino a los testigos que él había designado: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección”. Nuestra fe en la resurrección se apoya en el testimonio de los Apóstoles, que son testigos fehacientes.



Por eso, la respuesta del salmo 117 a esta primera lectura es entusiasta y llena de gozo “Este es el día en que actuó el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo”. Este día grande es el que ahora comienza y terminará con la celebración del descenso del Espíritu Santo, el día 50 de Pascua.

San Pablo en la carta a los Colosenses (3, 1-4) se fija más en nuestra propia resurrección, fruto de la de Cristo: “Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra”. Por el hecho de estar incorporados a Cristo, por el Bautismo, lo que posee la Cabeza es también de los miembros.

Si en el Bautismo hemos participado de la vida nueva de Cristo resucitado, hemos de aspirar a los bienes de arriba, a lo que Cristo ya posee: la vida eterna, la felicidad completa también en lo humano con el Padre, la compañía con los santos, la superación de la muerte, el pecado y todo sufrimiento. Nuestra vida “está con Cristo escondida en Dios”. En la Cabeza está ya lo nuestro, estamos nosotros sus miembros. Cuando se manifieste definitivamente Cristo, “vida nuestra, entonces también” nosotros apareceremos “juntamente con él, en gloria”.

Hermanos, terminemos con las bellas palabras de la Secuencia de hoy: “Ofrezcan los cristianos! ofrendas de alabanza a gloria de la Víctima! propicia de la Pascua”. La Eucaristía es el “Sacrificium laudis”, el único sacrificio culminante de alabanza y acción de gracias al Padre, realizado por Cristo y la Iglesia en la comunión del Espíritu Santo. Con ella y por ella (Víctima pascual) damos gloria al Padre.

“Cordero sin pecado/ que a las ovejas salva/ a Dios y a los culpables/ unió con nueva alianza”. Tú Jesús eres el cordero inocente y humilde, que con tu obediencia y tus sufrimientos has salvado a las ovejas como buen Pastor.

“Primicia de los muertos/ sabemos por tu gracia/ que estás resucitado;/ la muerte en ti no manda”. Jesús, eres la primicia de los muertos resucitados. Ya no manda en ti la muerte. Jamás tendrá poder sobre ti. Nosotros, por la fe y la gracia de Dios, sabemos y creemos que estás resucitado.

“Rey vencedor/ apiádate de la miseria humana/ y da a tus fieles parte/ en tu victoria santa”. Te aclamamos como nuestro Dios victorioso sobre la muerte, concédenos participar para siempre en tu victoria santa. Que también nosotros venzamos un día definitivamente el pecado y la muerte.

María, Virgen de la alegría, concédenos vivir este tiempo pascual con el gozo que tú experimentaste al encontrarte con tu Hijo resucitado. Ayúdanos a comprender que nuestra vida, como la tuya, está escondida con Cristo en Dios.

“Cristo ha resucitado en verdad. Aleluia!” ¡Feliz Pascua en el Señor para todos! Amén.

**Luis Quinteiro Fiúza**  
Obispo de Ourense

**ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO****MARZO**

- Día 3:** Celebración Eucarística en la Capilla del Santo Cristo en memoria de los fallecidos del Liceo Recreo Ourenseano.
- Día 4:** Encuentro con los periodistas informando de la reciente Visita ad Limina al Vaticano junto el Santo Padre.  
Celebración Eucarística con motivo de la Clausura de la Semana de la Familia en la iglesia de los Padres Franciscanos.  
Conferencia de Clausura de la Semana de la Familia “La familia soporte de la Persona” en el Ateneo de Ourense.
- Día 5:** Preside la Asamblea Diocesana de la Familia Vicenciana en el Salón Mundo Novo.  
Celebración Eucarística de Acción de gracias por los 150 años de la Fundación y el Centenario de su Casa en Ourense de las Religiosas Adoratrices del Santísimo Sacramento y de la Caridad.
- Días 7-11:** Reunión de Asamblea Plenaria de los Sres. Obispos de la Conferencia Episcopal Española en Madrid.
- Día 11:** Celebración Eucarística en Londres en memoria de las víctimas del 11M de Madrid.
- Día 15:** Presentación del libro “¿Por qué la Iglesia? de Monseñor Luigi Giussani en el Salón de Actos de la Fundación Hogar de Santa Margarita en A Coruña en el 50º Aniversario de la fundación de Comunión y Liberación.
- Día 16:** Reunión con los trabajadores de la Fundación San Rosendo en Laias.  
Asiste a la Toma de Posesión del Ilmo. Sr. D. Fernando Alañón Olmedo como nuevo Presidente de la Audiencia Provincial de Ourense.
- Día 17:** Bendice el Auditorio Pazo de Congresos de Ourense en el día de su Inauguración.
- Día 19:** Sagrada Ordenación de 3 Diáconos en el Seminario Mayor.
- Día 20:** Domingo de Ramos en la Pasión del Señor. Procesión y Misa en la S.I.Catedral B. de San Martín.
- Día 23:** Retiro Espiritual de los sacerdotes y Celebración Solemne de la Misa Crismal en la S.I.Catedral.
- Día 24:** Solemne Celebración “In Cena Domini” en la S.I.Catedral.
- Día 25:** Solemne Celebración de la Pasión del Señor en la S.I.Catedral.  
Procesión del Santo Entierro.
- Día 26:** Solemne Vigilia Pascual en la S.I.Catedral.:
- Día 27:** Misa del Domingo de Resurrección en la S.I.Catedral B. de San Martín.  
Procesión de retorno de la imagen de Santa María Madre a su Iglesia Titular.

**IGLESIA DIOCESANA****SECRETARÍA GENERAL.****NOMBRAMIENTOS**

**El Excmo. y Rvdm. Sr. Obispo de la Diócesis** ha tenido a bien realizar los siguientes nombramientos:

Con fecha **4 de marzo de 2005**:

**Rvdo. D. Rogelio Rodríguez Nóvoa:**

PÁRROCO por 6 años de  
Barrán, *San Xoán*.

ADMINISTRADOR de:

Lamas, *San Martiño*.  
Longos, *Santa Baia*.

**Rvdo. D. José Rodríguez Nóvoa**

ADMINISTRADOR de:

Canda, *San Mamede*.

**Rvdo. D. Leopoldo Pérez Martínez**

ADMINISTRADOR de:

Arcos, *San Xoán*.

**Rvdo. D. Marcial Canal Canal**

ADMINISTRADOR de:

Mosteiro de Ramirás, *San Pedro*.

**Rvdo. D. José Ramón Cabano González**

ADMINISTRADOR de:

Penosiños, *San Andrés*.

**DELEGACIÓN PARA EL AÑO DE LA EUCARISTÍA.****SUGERENCIAS PARA EL “AÑO DE LA EUCARISTÍA”.**

*Comité para la celebración del “Año de la Eucaristía”.  
Diócesis de Ourense.  
12 de Marzo de 2005.*

El grupo de responsables de la programación y animación del “Año eucarístico”, con el apoyo firme del Señor Obispo, Monseñor Quinteiro Fiuza, ofrece las sugerencias y propuestas para ayudar a su celebración concreta en las parroquias, comunidades y grupos.

**1) La llamada del Señor Obispo.**

“Desde la inauguración del “Año de la Eucaristía” que tuvo lugar en el S. I. Catedral, el I Domingo de Adviento (28-11-2004), me he preocupado para que este “Año” se celebre, en armonía con la programación diocesana, con el máximo interés y entrega por parte de los pastores y fieles de nuestra diócesis. En las reuniones que he tenido con los responsables de la preparación y animación del mismo, les he insistido en que se trata de una tarea *de máxima importancia*. Siguiendo la convicción de los primeros cristianos, de la Iglesia de hoy y de Juan Pablo II en la “Dies Domini” es claro que, *sin el domingo y la Eucaristía, los cristianos no podemos vivir* (“Dies Domini” = DD46). Así lo comprendieron los mártires de Abitinia, en el África proconsular, durante la persecución de Diocleciano.

Los diversos documentos relativos a la Eucaristía, sobre todo los de Juan Pablo II y la Congregación para el Culto divino, deberán llegar lo más sencilla y claramente posible a todos los fieles, para formarse más en la realidad de la Eucaristía y del culto eucarístico fuera de la Misa. Así podrán *vivir* con más profundidad la Misa y *contemplar con asombro el rostro de Cristo*, presente en el sagrario. Os pido con todo el afecto que estudiéis y leáis, también ante el Santísimo expuesto, la carta de Juan Pablo II, “Mane nobiscum Domine” (“Quédate con nosotros, Señor”). En ella encontraréis los contenidos teológicos, litúrgicos y espirituales de la Eucaristía, pero además un proyecto de misión, en orden a vivir la Eucaristía las veinticuatro horas del día. Así llegareis a ser adoradores del Padre “en espíritu y en verdad”. Al mismo tiempo Eucaristía viva y partida para todos los hombres.

En la visita “ad limina” reciente (21 a 26 de febrero de 2005), la Congregación para el Culto divino nos ha insistido a los Obispos que *pusiéramos el máximo empeño* en la celebración de la Eucaristía y que *impulsásemos, con todas nuestras fuerzas*, el auténtico culto al Santísimo Sacramento, en todas las parroquias de nuestras respectivas diócesis. A ello os exhorto con todo el corazón y con todas mis fuerzas.

En época de crisis, como la que estamos viviendo, la Eucaristía siempre ha salvado a la Iglesia y a los cristianos. Estoy seguro que en este momento histórico sucederá también.

La Eucaristía del domingo e incluso de los días feriales es *el mejor medio* para alimentar la vida de fe de los cristianos, fortalecer su personalidad y ayudarles a ser fermento en el mundo. La Eucaristía es “epifanía” por excelencia de la Iglesia (SC 41-42; DD 35-36). De ella también los laicos obtienen la fortaleza para vivir la secularidad y superar el laicismo reinante, como testigos de Cristo.

Pido a todos los pastores, agentes de pastoral, religiosos y religiosas y animadores de la vida de las comunidades, que se impliquen con todas las fuerzas en esta tarea que es base de todas las demás y no puede ni debe terminar en un año. Pero que esta dimensión eucarística brille con luz especial en el “Año de la Eucaristía”, propuesto por el Papa.

Con mi bendición,

+ *Luis Quintero Fiuza*

## 2) *Las sugerencias.*

Respondiendo a la voluntad del Señor Obispo, Monseñor Quintero Fiuza, en comunión con la Vicaría de Pastoral, el quipo de preparación y sensibilización sobre el “Año de la Eucaristía”, después de varias sesiones de trabajo, ha concretado algunas sugerencias e iniciativas en orden a integrarlas dentro de la Pastoral diocesana.

El Papa y la Congregación para el Culto divino desean marcar las bases de este “Año de la Eucaristía”:

... *“a un nivel espiritual tan profundo que en modo alguno interfiera en los programas pastorales de cada Iglesia. Más aún, puede iluminarlos con provecho, anclándolos, por así decir, en el Misterio que es la raíz y el secreto de la vida espiritual tanto de los fieles, como de toda iniciativa eclesial” (“Mane nobiscum Domine” 5).*

Somos conscientes de que la Eucaristía, sobre todo en el domingo, en este “Año” y en los futuros, deberá seguir siendo algo *esencial* en la programación y la vida cristiana de todas las comunidades. Desde este punto de vista, el “Año de la Eucaristía” *especial* terminará, pero cada año litúrgico sucesivo seguirá siendo *eucarístico* y por tanto tendrá en el centro a la *Eucaristía*.

Por las razones apuntadas, aunque nuestras iniciativas y actos los damos a conocer en este momento, no se cierran a este año, sino que deben seguir recordándose y poniendo en práctica en futuros años. No olvidemos que el Sínodo de Obispos sobre la Eucaristía tendrá lugar en Roma del 2 al 29 de Octubre de 2005 y el tema propuesto por Juan Pablo II es: “*La Eucaristía fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia*”.

Dicho esto, teniendo en cuenta los documentos que apuntan y enriquecen el “Año de la Eucaristía”, sobre todo “Novo millennio ineunte”, “Mane nobiscum Domine” y “Año Eucarístico. Sugerencias y propuestas”, hemos concretado lo siguiente:

*A) Iniciativas generales y a largo plazo.*

- 1) *Cuidar mucho* la preparación y celebración de la Eucaristía, sobre todo la del domingo. Para ello estamos ofreciendo en **Comunidade** una explicación sencilla y asequible a todos de las partes y elementos de la Misa. Sabemos que el próximo Jueves Santo se entregará, por parte del Obispo, a todos los sacerdotes la 3ª edición de la Ordenación General del Misal Romano (OGMR) en orden a conocerla y transmitirla a los fieles. Con ello creemos que se puede mejorar mucho la comprensión, preparación y celebración de la Eucaristía.
- 2) *Recuperar* donde se haya perdido y *potenciar* donde ya se de, *la adoración* al Santísimo Sacramento, las visitas y el culto a la Eucaristía fuera de la Misa. Para ello recomendamos a los sacerdotes el “Ritual de la comunión y del culto a la Eucaristía fuera de la Misa” (=RCEFM). Lo ideal sería que cada comunidad tuviera exposición del Santísimo *un día y una hora concreta a la semana*. Es preciso que los fieles todos lo sepan y sean invitados a participar.
- 3) Que toda parroquia y comunidad tengan al menos *un día al año* de exposición y adoración *larga* del Santísimo Sacramento para profundizar en la realidad de Jesucristo, que se ha querido quedar presente siempre con nosotros (Cf. RCEFM 86).
- 4) Que, apoyándose en el nº 87 del Ritual mencionado, el Obispo *determine cada año*, ante las urgencias o necesidades más destacables, que *se hagan preces ante el Santísimo expuesto* y de modo prolongado. Este año ponemos el ejemplo de la sequía que padecemos. Puede extenderse al terrorismo, la violencia en todos los órdenes, la defensa de los valores cristianos u otros.

*B) De modo más cercano sugerimos.*

Teniendo ante nosotros las fechas más indicadas del año litúrgico para cultivar el sentido eucarístico destacamos:

1) Vigilia Pascual

-Es la solemnidad más importante del año. Debe ponerse especial énfasis en la Eucaristía de esta noche. Es la Eucaristía culminante de todo el año, de toda la Semana Santa y del Triduo pascual.

-Sugerimos preparar, desde ahora ya, a los fieles para vivirla lo mejor posible. Los preceptos pascales podrían orientarse en este sentido.

-Debería llevarse la comunión a los enferm<sup>os</sup> y ancianos en torno a la Vigilia Pascual y la Cincuentena, si es posible varias veces. Todos los grupos o asociaciones con matiz eucarístico, en las parroquias podrían, tomar como suya esta acción.

-Proponemos que como un gesto significativo el Sr. Obispo lleve la comunión a algunos enfermos en las parroquias que visite este año, sobre todo en el tiempo pascual.

## 2) Jueves Santo

- Invitamos, en nombre del Sr. Obispo, a todos los sacerdotes de la diócesis al retiro y a la Misa Crismal del Miércoles Santo por la tarde. También están invitados todos los fieles de la ciudad que lo deseen. Agradecemos a los sacerdotes que avisen con tiempo en sus parroquias y que supriman las misas a esa hora.
- El Jueves Santo, póngase especial énfasis en la procesión, al trasladar el Señor al lugar de la reserva. Que esta procesión sea significativa de lo que la comunidad cristiana valora el que Jesucristo se haya quedado, con nosotros, en el sagrario.
- Que los sacerdotes inviten a los fieles a una hora santa lo más solemne posible en las parroquias. Que ninguna parroquia, según las posibilidades del sacerdote e incluso valiéndose de laicos adecuados, se quede sin celebrar algún ejercicio devocional ante el Santísimo. Deberían avisar a los fieles con anticipación y motivar la asistencia.
- Inviten también a visitar los lugares de la reserva eucarística a niños y jóvenes. Al invitarles explíquense el significado y la motivación.
- Que se celebre una hora santa también en la S. I. Catedral, presidida por el Obispo o alguien que le represente. Se avisará oportunamente a los fieles de la hora.

## 3) Solemnidad del Cuerpo y de la Sangre del Señor

- La Víspera de la Solemnidad del «Corpus» tendremos en la S. I. Catedral una exposición del Santísimo a la que invitamos a todas las Instituciones religiosas, movimientos, asociaciones y a todos los 'fieles de la ciudad y alrededores. Será presidida por el Sr. Obispo y comenzará a las 8 de la tarde para terminar a las 10. Agradecemos a los sacerdotes que inviten a los fieles de las parroquias a que participen. Quisiéramos que fuese una gran manifestación de fe hacia Jesucristo Eucaristía por parte de la Iglesia local de Ourense.
- Los sacerdotes deben ser fieles en celebrar bien esta solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo, destacando la centralidad de la Eucaristía y que de ella brota la presencia sustancial y permanente de Jesucristo.
- Tanto en la ciudad, como en las villas y parroquias rurales los sacerdotes, ayudados de sus agentes de pastoral, catequistas y animadores de la vida litúrgica celebren lo mejor posible las primeras comuniones de los niños.
- Se propone que en la ciudad, el tiempo que dure la procesión, no haya misas en las parroquias y que las comunidades parroquiales sean invitadas a sumarse a la procesión con sus estandartes

- Que los sacerdotes inviten a los niños que hayan hecho este año la Primera Comunión a participar en la Procesión. Es bueno que les acompañen sus padres y familiares. Avísenles en las parroquias con anticipación indicando la hora que deben estar en la S. I. Catedral. Sería bueno que los sacerdotes les acompañasen.
- Invitamos a todos los fieles de la ciudad animados por sus sacerdotes a que procuren el mayor ornato con alfombras, decoración de las casas por donde pasa la procesión y demás detalles que realcen la procesión del «Corpus».
- Con el consentimiento de los sacerdotes, algunos niños/as podrían celebrar su primera Comunión en la Misa de la S. I. Catedral, presidida por el Obispo, para destacar la comunión con la iglesia madre y el papel privilegiado del Obispo en el proceso de la Iniciación cristiana.
- Tendrían que presentar previamente el visto bueno del párroco y avisar anticipadamente a los responsables de la celebración de la S. I. Catedral.
- Sugerimos a los sacerdotes que en las villas y parroquias rurales se celebre con fervor la Misa y la procesión, al menos donde sea posible.
- Que los sacerdotes recuperen (en los ámbitos indicados inmediatamente antes) la procesión donde se haya perdido, pero con esfuerzo y ayuda de los fieles más fervorosos la puedan restablecer.
- Intenten que en las parroquias rurales, donde no sea posible la procesión, se tenga antes o después del «Corpus», alguna hora santa en un día indicado, invitando a ella a todos los fieles.
- Recomendamos para esta solemnidad el *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones* (BAC-Documentos, Madrid 2002) (= DPPL) nn 160-165.

#### 4) Festividad del Sagrado Corazón

- Procuren los sacerdotes que la novena del Sagrado Corazón tenga un matiz eucarístico. No es difícil si se tienen en cuenta las lecturas bíblicas y los comentarios a las mismas. Lo mismo se diga de las parroquias que mantienen algún acto devocional al Sagrado Corazón durante el «mes de junio».
- Si los sacerdotes lo estiman oportuno, ofreceríamos con tiempo algún modelo de novena con la dimensión Eucarística. También aceptamos las ayudas de aquellas parroquias de la ciudad o villas, que tengan modelos de esta novena con dicha dimensión. Buenas sugerencias se pueden encontrar en el DPPL nn 166-173.

#### 4) Otras sugerencias

- El domingo de Pentecostés puede aprovecharse para indicar que el Espíritu Santo tiene un papel especial en establecer la comunión de toda la asamblea litúrgica, se hace presente en la Palabra de Dios inspirada por Él y es Él quien consagra el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor (CCE nn 1093-1108; 1353; 1373-1377).



- El domingo de la Stma. Trinidad es también muy apropiado para hablar de la concreción de este misterio en la Eucaristía. Las tres divinas personas son los actores principales de la Eucaristía. La Eucaristía es el don del Padre por Cristo en el Espíritu Santo. Se orienta y se ofrece al Padre, por Cristo-Iglesia en el Espíritu Santo. En la Plegaria eucarística, «culmen» de toda la celebración de la Misa, la Iglesia actúa mirando al Padre (destinatario) por Cristo (Mediador) en el Espíritu Santo (Santificador).
- Téngase muy presente, en la Misa de cada domingo, que es el «Año de la Eucaristía». Convendría hacer referencia en algún momento.
- Especial atención a la Liturgia de las Horas, intentando que en las parroquias tengan el sábado o el domingo el rezo de Vísperas o de Laudes, bien a parte o bien integrado en la Misa. No olvidemos que la LH extiende la alabanza y acción de gracias a las distintas horas del día.
- Que aquellas comunidades de especial atención a la adoración y contemplativas, como Clarisas, Adoratrices, Esclavas, monjes de Oseira, monjas de «Sobrado do Bispo», Almas Pequeñas, Adoración Nocturna, etc. ofrezcan su testimonio por escrito de lo que supone para ellos el tiempo de oración ante el Santísimo. Si nos lo hacen llegar al Comité del «Año de la Eucaristía» procuraríamos que apareciese en los medios de divulgación del Obispado.
- No olviden los pastores y fieles que las fiestas marianas, las romerías y celebraciones de los santuarios marianos e incluso santuarios dedicados a santos, son muy adecuados para el cultivo de la exposición del Santísimo y adoración de los fieles.
- El Rosario, a la luz de la «Rosariún Virginis Maríae» y «Ecclesia de Eucaristía» (Cap. 6) de Juan Pablo II, puede ser una plegaria magnífica para destacar el culto a la Eucaristía y crecer en él.
- Aceptamos las sugerencias de parte de pastores y fieles que puedan fomentar y potenciar el culto y la devoción a la Eucaristía tanto en la Misa como a Jesucristo sacramentado.

## IGLESIA EN ESPAÑA

### LA VIDA HUMANA, DON PRECIOSO DE DIOS

*Mensaje de los obispos de la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida con ocasión del décimo aniversario de la Evangelium Vitae*

4 de Abril de 2005

#### LA VIDA HUMANA, DON PRECIOSO DE DIOS

«El evangelio de la vida está en el centro del mensaje de Jesús. Acogido con amor cada día por la Iglesia, es anunciado con intrépida fidelidad como buena noticia a los hombres de todas las épocas y culturas» (*Evangelium vitae* 1).

#### 1. La proclamación del Evangelio de la Vida

Hace diez años, el 25 de marzo de 1995, el Papa Juan Pablo II publicaba su encíclica *Evangelium Vitae*. La Iglesia, que desde los tiempos apostólicos proclama constantemente el valor de la vida humana, se esfuerza cada día con más intensidad para defenderla y atender a los más necesitados<sup>1</sup>. En este servicio a la vida, la encíclica *Evangelium Vitae* ha supuesto un hito importante.

En continuidad con las enseñanzas del Papa Juan Pablo II, nosotros, Pastores del “Pueblo de la Vida”, damos gracias a Dios Padre por el don de la vida. En la plenitud de los tiempos nos envió a su Hijo nacido de la Virgen María, para que los hombres tengamos vida en abundancia; una «vida nueva y eterna, que consiste en la comunión con el Padre, a la que todo hombre está llamado gratuitamente en el Hijo por obra del Espíritu Santificador» (*EV* 1).

Con ocasión de este aniversario, y siguiendo la recomendación de la LXXXI Asamblea Plenaria<sup>2</sup>, invitamos a que la Solemnidad de la Encarnación –que este año 2005 se celebra el 4 de abril– se celebre oportunamente con diversas iniciativas que sirvan para que el aprecio y respeto de la vida, centro del mensaje de la *Evangelium Vitae*, sea conocido y anunciado en nuestras Iglesias.

#### 2. Valor de la vida humana

Universalmente, todas las culturas han reconocido el valor y la dignidad de la vida humana. El precepto de “no matarás”, que custodia el don de la vida humana, es una norma que toda cultura sana ha reconocido como principio fundamental. El derecho a la vida y el respeto a la dignidad de la persona son valores que la Declaración Universal de los Derechos Humanos propone como fundamento para la convivencia.

Este reconocimiento universal encuentra su plena confirmación en la revelación del Evangelio de la vida con el misterio de Cristo. La vida humana, don precioso de Dios, es sagrada e inviolable. «La vida humana es sagrada porque desde su inicio

comporta la acción creadora de Dios y permanece siempre en una especial relación con el creador, su único fin. Sólo Dios es Señor de la vida desde su comienzo hasta su término. Nadie, en ninguna circunstancia, puede atribuirse el derecho de matar de modo directo a un ser humano inocente» (EV 53). Por ello todo atentado contra la vida del hombre es también un atentado contra la razón, contra la justicia y constituye una grave ofensa a Dios.

### *Continuidad fundamental*

El proceso embrionario es un proceso continuo en el que ya desde el principio estamos ante una vida humana. el embrión no es un mero agregado de células vivas, sino el primer estadio de la existencia de un ser humano. Todos hemos sido también embriones.

Desde el momento de la fecundación hay vida humana, y por tanto dignidad personal. Es una vida humana que se va desarrollando, va experimentando cambios morfológicos importantes, pero es siempre el mismo proceso continuo que va desde el principio de la vida con la fecundación hasta la muerte. «El cuerpo, naturalmente, se desarrolla, pero dentro de una *continuidad* fundamental que no permite calificar de pre-humana ni de post-humana ninguna de las fases de su desarrollo. **Donde hay cuerpo humano vivo, hay persona humana y, por tanto, dignidad humana inviolable**»<sup>3</sup>.

En consecuencia, «*el ser humano debe ser respetado y tratado como persona desde el instante de su concepción* y, por eso, a partir de ese mismo momento se le deben reconocer los derechos de la persona, principalmente el derecho inviolable de todo ser humano inocente a la vida» (EV 60). Esta verdad del Evangelio de la vida es ampliamente compartida por muchas personas e instituciones. Lo que el Consejo de Europa afirmó, hace muchos años, ha sido ahora recogido por la ONU al recomendar la prohibición de la investigación con embriones así como cualquier tipo de clonación humana: reproductiva o terapéutica<sup>4</sup>.

### *4. Al servicio de la vida*

En el reconocimiento y respeto de la vida humana y en su promoción, la ciencia alcanza su más alto fin: el servicio a la vida y a la dignidad de la persona. Estos diez años desde la publicación de la encíclica *Evangelium Vitae* han sido de grandes avances de la ciencia, los cuales han abierto nuevas y esperanzadoras posibilidades de prevención y curación.

Gracias a estos avances hoy son posibles terapias e incluso operaciones intrauterinas en beneficio del no nacido. Cada vez se rebaja más el tiempo de gestación necesario para que un niño prematuro sea viable fuera del seno materno. Por otra parte, la aplicación terapéutica de las células madre procedentes de tejido de adulto consiguen resultados esperanzadores. Estas son las auténticas terapias: las que curan sin dañar ni eliminar la vida de nadie.

No podemos olvidar que estos avances son potentes herramientas que deben ser usadas al servicio del hombre, teniendo en cuenta los principios éticos. La ciencia y

la técnica requieren la ética para no degradar, sino promover la dignidad humana. Por ello pedimos a todos los investigadores y centros de formación que procuren inculcar a todos el respeto a la vida humana tanto como procuran avanzar en sus conocimientos para ponerlos al servicio de las personas.

A todos exhortamos a que promuevan siempre la vida frente a tantas amenazas por parte de una “cultura de la muerte” que se manifiesta de muchas maneras: la anticoncepción, la extensión de las esterilizaciones, la disminución preocupante de la natalidad, el aborto, la píldora “del día después” –que además de anticonceptiva puede ser abortiva–, la manipulación del lenguaje al hablar de “preembriones” como si no fueran ya plenamente personas humanas, la selección y reducción embrionarias, la manipulación y destrucción de embriones para obtener células madre para la investigación, y la cada vez más amenazante práctica de la clonación. Estas manifestaciones de la cultura antivida son una insidiosa ideología del mal que Juan Pablo II ha denunciado recientemente: «Se puede, es más, se debe, plantear la cuestión sobre la presencia en este caso de otra ideología del mal tal vez más insidiosa y celada, que intenta instrumentalizar incluso los derechos del hombre contra el hombre y contra la familia»<sup>5</sup>.

### ***5. La familia, santuario de la vida***

«Dios creó al ser humano a su imagen y semejanza; a imagen de Dios lo creó, hombre y mujer los creó, y los bendijo diciendo: creced y multiplicaos» (*Gen 1,27-28*). El evangelio de la vida comienza con la creación de Adán y Eva, llamados al amor conyugal, y a través de su amor, a ser padres cooperando así de manera singular con la obra creadora de Dios.

El amor conyugal entre el hombre y la mujer, fundamento de la familia, es el lugar santo donde la persona es concebida dignamente. El hijo nace del amor de los padres y es invitado a participar en su comunión de amor. La familia es también el santuario donde la vida es acogida con alegría y celebrada en la vida cotidiana, enriquecida por las ricas relaciones entre los padres, los hijos, los abuelos, etc.

Estas familias son una magnífica proclamación del Evangelio de la vida y un motivo para dar gracias a Dios: familias que a pesar de las crisis y momentos difíciles saben permanecer unidas en el amor, familias que a pesar de las dificultades viven generosamente abiertas a la vida, familias que sostienen a sus miembros más débiles o necesitados con su tiempo y sus mejores energías, etc. Todas estas familias –tantas de ellas cristianas– son un magnífico testimonio del valor de la vida y realizan un precioso servicio a la sociedad.

Este testimonio generoso de tantas familias es la mejor escuela para que los niños aprendan el valor sagrado de la vida humana y aprendan a respetar y promover la vida de todos, especialmente la de los más débiles. El gozo de la familia al acoger una nueva vida es la mejor proclamación ante los niños del valor sagrado de la vida concebida y aún por nacer de un nuevo hijo. Por ello la celebración del día de la vida puede ser una preciosa ocasión para que la familia tome más profunda conciencia de su misión de servicio a la vida.

## 6. Educación afectivo–sexual

La familia es también el ámbito donde los hijos aprenden el significado de la sexualidad al servicio del amor y la vida. Muchas veces los Obispos hemos recordado la necesidad y urgencia de una educación afectivo–sexual adecuada. Esta tiene un lugar privilegiado en la Pastoral Familiar, porque «la vocación al amor, que es el hilo conductor de toda pastoral matrimonial, requiere un cuidado esmerado de la *educación al amor*»<sup>6</sup>.

En el Directorio de la Pastoral Familiar los Obispos españoles hemos recordado que «los padres son los *primeros responsables* para llevar a cabo esta educación de la sexualidad, ya en los años de la niñez como luego en la adolescencia. Han de saber ofrecer a sus hijos, en un marco de confianza, las explicaciones adecuadas a su edad para que adquieran el conocimiento y respeto de la propia sexualidad en un camino de personalización. Siempre se logra más persuadiendo que prohibiendo, especialmente cuando de educar se trata» (DPF 81).

En el momento adecuado, la catequesis también deberá afrontar el tema de la sexualidad y el discernimiento vocacional. «En el *proceso catequético*, durante los distintos momentos que afectan a esta etapa, estará presente una catequesis completa y profunda sobre la sexualidad en sus distintas dimensiones: antropológica, moral, espiritual, social, psicológica, etc.»(DPF 92).

También los colegios tienen un importante cometido en esta labor: «Como complemento y ayuda a la tarea de los padres, es absolutamente necesario que todos los *colegios católicos* preparen un *programa de educación afectivo-sexual*, a partir de métodos suficientemente comprobados y con la supervisión del Obispo. La Delegación Diocesana de Pastoral Familiar debe preparar personas expertas en este campo» (DPF 93).

Todos somos conscientes de la urgente necesidad de esta educación afectivo–sexual y de su relación con el Evangelio de la vida. Por ello exhortamos a todos a poner en práctica estas indicaciones del *Directorio de Pastoral Familiar*, cuidando especialmente la formación integral de personas expertas para realizar esta tarea.

## 7. Por una cultura de la familia y de la vida

Educando a los jóvenes para el amor y la vida estaremos poniendo los cimientos más sólidos para una cultura de la familia y de la vida. Pero esta tarea requiere el compromiso de todos.

A los **científicos** se les ha confiado de modo especial conservar el valor de la vida en la “conciencia” de los investigadores y de la sociedad. Como personas expertas son escuchadas por la sociedad, los medios de comunicación y los políticos. Por ello les pedimos que proclamen con valentía el valor sagrado de la vida humana desde el momento de la concepción y que nunca se dejen seducir por posibilidades contrarias a la ética.

Los profesionales de la salud tienen también un importante cometido. A los **profesionales de la salud** corresponde apoyar siempre la vida, y rechazar e incluso

denunciar toda práctica que atente contra la integridad o la vida de las personas, singularmente la de aquellas más débiles como los embriones, los no nacidos, los disminuidos, los ancianos y los enfermos terminales. A este respecto recordamos nuevamente la conveniencia de promover los procesos de adopción y recomendar esta posibilidad a las personas que consideran la posibilidad de abortar.

Hacemos también un llamamiento apremiante a los profesionales católicos, especialmente de la **información**, a hacerse presentes en los medios para que en ellos resuene también el hermoso mensaje del Evangelio de la vida.

Todos los **profesionales cristianos**, personalmente o asociados, han de influir responsablemente en la sociedad y en las leyes. Es un signo de esperanza comprobar cómo las asociaciones familiares se hacen presentes en el debate social promoviendo los valores de la familia y de la vida. Estas asociaciones contribuyen eficazmente a la elaboración de una política familiar adecuada, de tan urgente necesidad, que facilite el acceso a la vivienda, unas condiciones laborales y económicas compatibles con la paternidad y maternidad, así como disponibilidad del tiempo necesario para atender a la familia y a la educación de los hijos.

Desde estas líneas queremos expresar nuestro apoyo y bendición a todos los que desde estas **plataformas y asociaciones**, se empeñan en tan importante y a veces difícil tarea. Al mismo tiempo invitamos a todas las familias cristianas a implicarse activamente en estas acciones que promueven una visión cristiana de la familia y de la vida como don de Dios.

En este sentido nos exhortaba Juan Pablo II en la *Evangelium Vitae*: «Para ser verdaderamente un pueblo al servicio de la vida debemos, con constancia y valentía, proponer estos contenidos desde el primer anuncio del Evangelio y, posteriormente, en la catequesis y en las diversas formas de predicación, en el diálogo personal y en cada actividad educativa. A los educadores, profesores, catequistas y teólogos corresponde la tarea de poner de relieve las *razones antropológicas* que fundamentan y sostienen el respeto de cada vida humana. De este modo, haciendo resplandecer la novedad original del *Evangelio de la vida*, podremos ayudar a todos a descubrir, también a la luz de la razón y de la experiencia, cómo el mensaje cristiano ilumina plenamente el hombre y el significado de su ser y de su existencia; hallaremos preciosos puntos de encuentro y de diálogo incluso con los no creyentes, comprometidos todos juntos en hacer surgir una nueva cultura de la vida» (EV 82).

#### **8. Oración a María Inmaculada por la vida**

Queremos terminar este mensaje con ocasión de los diez años de la encíclica *Evangelium vitae* invocando a María, Madre del amor hermoso, en este año que la Iglesia de España dedica al misterio de su Inmaculada Concepción. A ella encomendamos la causa de la vida. Bajo su protección ponemos a las familias, a los enfermos, a los más débiles y amenazados, a la vez que invitamos a todos los cristianos, y singularmente a las familias, a elevar con frecuencia a María Inmaculada, madre de la vida, la invocación con que Juan Pablo II cierra su encíclica *Evangelium Vitae*:

*Oh María,  
aurora del mundo nuevo,  
Madre de los vivientes,  
a Ti confiamos la causa de la vida:  
mira, Madre, el número inmenso  
de niños a quienes se impide nacer,  
de pobres a quienes se hace difícil vivir,  
de hombres y mujeres víctimas  
de violencia inhumana,  
de ancianos y enfermos muertos  
a causa de la indiferencia  
o de una presunta piedad.  
Haz que quienes creen en tu Hijo  
sepan anunciar con firmeza y amor  
a los hombres de nuestro tiempo  
el Evangelio de la vida.  
Alcánzales la gracia de acogerlo  
como don siempre nuevo,  
la alegría de celebrarlo con gratitud  
durante toda su existencia  
y la valentía de testimoniarlo  
con solícita constancia, para construir,  
junto con todos los hombres de buena voluntad,  
la civilización de la verdad y del amor,  
para alabanza y gloria de Dios Creador  
y amante de la vida (EV 105).*

✠ **Julián Barrio Barrio,**

arzobispo de Santiago de Compostela,

Presidente de la CEAS

✠ **Juan Antonio Reig Pla,**

obispo de Segorbe-Castellón,

Presidente de la Subcomisión para la Familia y Defensa de la Vida

✠ **Javier Martínez Fernández,**

arzobispo de Granada

✠ **Francisco Gil Hellín,**

arzobispo de Burgos.

*Madrid, 4 de abril de 2005. Solemnidad de la Encarnación*

**HOMILIA DEL EMMO. SR. CARDENAL-ARZOBISPO DE MADRID,  
EN LA EUCARISTÍA DEL PRIMER ANIVERSARIO DE LOS ATEN-  
TADOS TERRORISTAS EN MADRID OCURRIDOS EL 11 DE MAR-  
ZO DE 2004**

*Catedral de La Almudena, 11.III.2005, (Sab 3,1-6.9; Sal 102; Jn 5, 24-29)*

Majestades

Altezas

Excelentísimos Señores y Señoras

Mis queridos familiares de las víctimas de los atentados terroristas del pasado día 11 de marzo en Madrid, queridos hermanos en el Señor, saludo igualmente con mucho afecto a todos los familiares de las víctimas del terrorismo presentes en esta celebración:

***“Hemos sido probados en el crisol”***

Hace un año nos reuníamos en esta catedral de Nuestra Señora de La Almudena como los hijos que, ante un enorme drama, se aprietan junto a su madre para mitigar el dolor y enjugar sus lágrimas. La cruz de Cristo se había hecho presente de un modo inexplicable, absurdo y trágico en los terribles atentados terroristas que sacudieron la conciencia de nuestra ciudad, y del mundo entero, dejándonos con la misma impresión espiritual que describe el libro de la Sabiduría: la de haber sido probados en el crisol. Los muertos pasaron por la prueba del sacrificio de su vida; los vivos por la terrible experiencia de la muerte de seres queridos tan injustamente arrebatados de nuestro lado. Nuestra Catedral se convirtió, gracias al sacrificio de Cristo, en una dolorosa y ferviente plegaria por las 192 víctimas, por los heridos y por los familiares que, ante estos crímenes inenarrables, buscan la paz en “el Dios que salva a los justos, el Señor compasivo y misericordioso”. La Iglesia en Madrid abrió sus puertas, como las abre hoy, al dolor inmenso de tantos inocentes para unirlos al de Cristo, muerto y resucitado, y suplicar la salvación eterna de los difuntos y la paz de los que vivirán siempre con el sabor de esta inmensa tragedia.

Hoy como ayer recurrimos a la plegaria y a la comunión fraterna que Cristo ha establecido entre los hombres para consolarnos mutuamente con la certeza de que la muerte no es la última realidad de la vida humana, porque ha sido vencida definitivamente por Aquel que murió asumiendo toda muerte, y resucitó para hacernos partícipes de la vida inmortal. Hoy, bajo la mirada materna de María, queremos estrecharnos con todos los que sufrís la pérdida de un ser querido en los atentados terroristas del 11-M y en los demás atentados terroristas de esta ya larga historia de dolor y sufrimiento causada por el terrorismo en las últimas décadas, en Madrid y en toda España, y deciros que, según el libro de la Sabiduría, sólo los insensatos que se atrevieron a segar sus vidas inocentes pensaron que acabarían con ellos, que los aniquilarían para siempre. No es así. La vida del hombre está en las manos de Dios,



Señor de la vida y de la muerte. El corto plazo de vida temporal que nos es dado no agota el destino de eternidad al que Dios nos llama con un infinito amor. Por eso se nos dice que la vida de los justos e inocentes está en las manos de Dios, que los guarda para sí, y los conduce a la paz. Hoy confiamos de nuevo a nuestros hermanos a la infinita misericordia de Dios que “no nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas”.

La prueba de esta misericordia infinita nos ha sido dada en el misterio insondable de la cruz de Cristo, iluminada por su resurrección. En el texto evangélico que hemos proclamado, Jesús afirma abiertamente que “quien escucha su palabra y cree posee la vida eterna, porque ha pasado ya de la muerte a la vida”. Estas definitivas palabras nos hablan de una vida eterna que ya es poseída aquí, y de una muerte que ha sido vencida. Quien dice estas palabras no se ahorró el morir; más aún, bebió hasta el fin el cáliz de la pasión, y su cruz se ha convertido en el signo universal de la entrega de la vida ofrecida generosamente a los hombres. Jesucristo ha dispuesto de su vida, la ha dado plena y totalmente, para que los hombres confíen en Él, se abracen a su cruz y crean en la vida que viene de Él. Por eso puede decir que los “muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que hayan oído vivirán”. La oscuridad, la zozobra, la angustia de la muerte no pueden arrebatarse la paz de quienes, mirando a Cristo, descubren en Él al príncipe de la Vida, que, en su máxima compasión, nos ha abrazado con su muerte.

En este “misterio luminoso de la cruz gloriosa de Cristo” podemos hallar paz los familiares, amigos y todos los que hoy nos sentimos hermanos de las víctimas.

Toda la Iglesia, la ciudad y la comunidad de Madrid oran a Cristo como oraron aquel día funesto en el que espontáneamente quienes conocían la tragedia miraban al cielo, encendían una vela u ofrecían una flor, como sencillo sacrificio de súplica y de expiación. La eucaristía de esta tarde nos permite adentrarnos en la acción misma de Dios en la historia de la humanidad, que culmina en el Cristo crucificado y levantado hacia lo alto como manifestación del Dios compasivo y misericordioso, del Padre que “siente ternura por sus hijos” y cuya misericordia dura por siempre. Ante el misterio de la cruz de Cristo, san Pablo se preguntaba: Si Dios nos ha dado a su propio Hijo, ¿cómo no nos dará todo con Él? ¿Cómo no se lo habrá dado ya a las víctimas del horrendo atentado de hace un año en Madrid y a las demás víctimas del terrorismo? Confiamos, esperamos, suplicamos, que sí: que se lo ha dado todo con El. Esta es la buena noticia del Evangelio: Si Dios ha permitido que su Hijo fuera a la cruz por nosotros, ¿cómo nos negará todo el consuelo, la paz y la certeza de la vida eterna? Dios no es un dios de muertos, sino de vivos. Por ello, al confesar nuestra fe en Cristo, afirmamos al mismo tiempo que aquellos por quienes Él ha muerto, viven para siempre. Y creemos que el inmenso poder de la muerte ha sido derrocado por la misericordia infinita del Dios de la vida, que nada tiene que ver con la muerte.

La oración que nos envolvió a todos en el día de los atentados, no sólo a los creyentes sino a muchos que no practican la fe y que dio paso a un profundo

sentimiento de hermandad, fue un signo elocuente de que, cuando el hombre es agredido en su derecho más básico y elemental, como es el de la vida, algo trascendente se despierta en el corazón de sus semejantes, como si aflorara espontánea la conciencia de que el hombre no ha sido hecho para la muerte, sino para la vida; de que el hombre no puede ser destruido y aniquilado, pues está hecho para la inmortalidad y vida eterna. En realidad esa conciencia es el reclamo del Dios Creador que nos invita a vivir para Él, tender a Él, a caminar entre luces y sombras, hacia Él, que nos ha creado por amor y nos ha redimido en Cristo.

¿Cómo se puede explicar la respuesta admirablemente unánime y generosa, expresada en el auxilio sacrificado -y, en no pocos casos, heroico- prestado en aquellas horas dramáticas del 11 de marzo del pasado año a los muertos y heridos por los madrileños de toda condición y desde el ejercicio de las más variadas responsabilidades, públicas y privadas, sino por la fuerza de ese amor sentido implícita o explícitamente en su conciencia y en su corazón?

***“Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos”***

Según el evangelio proclamado, quienes escuchan a Cristo vivirán. Y a Cristo le escuchamos no sólo cuando escuchamos su palabra viva y directa, contenida en la revelación, sino cuando le escuchamos a través de los acontecimientos que nos remiten a la verdad básica de nuestro ser y que san Agustín formuló de manera admirable: “Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón anda inquieto hasta que descansa en ti”. Otro filósofo de nuestro tiempo, Gabriel Marcel, ha dicho que amar a alguien es decirle: “Tú no morirás jamás”. Pues bien, esto que todos deseáramos decir a nuestros seres queridos, nos lo ha dicho Dios en Jesucristo, cuando, en la última cena, que ahora actualizamos, Jesús dijo a los suyos que “nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos”. Dar la vida tiene, en estas palabras, un doble significado: Jesús da su propia vida física, como gesto de amor por nosotros; y Jesús nos da la Vida con mayúscula, la inmortal y definitiva que procede de Dios. No podemos por menos de situar en esta perspectiva del Jesús que se inmola por el bien y la salvación del hombre a los que han sido sacrificados por la acción criminal de los terroristas, cualquiera que haya sido la forma elegida por ellos para ejecutarla: la del asesinato selectivo o la de la masacre indiscriminada que se ceba en unas multitudes de personas, tan inocentes, como las del 11-M.

Os invito, pues, a mirar a Cristo en la cruz que nos preside y a mirarlo con fe. Y junto a Él, a mirar a las víctimas de los atentados terroristas, que con su propia cruz son ahora colocados junto a Cristo para que Él les otorgue la vida, y mirar también a sus familiares, amigos y seres queridos que tanto consuelo, comprensión y ayuda espiritual y material necesitan y esperan de todos nosotros. ¡Hay dolores que el tiempo mitiga, pero que sólo Dios y la Cruz de su Hijo curan y transforman en frutos de esperanza y amor! Y mirando la cruz recordemos aquellas hermosas palabras de santa Teresa de Jesús:

*“En la Cruz está el Señor de cielo y tierra,  
y el gozar de mucha paz,  
aunque haya guerra.  
Después que se puso en cruz  
el Salvador,  
en la cruz está la gloria,  
y el honor;  
y en el padecer dolor,  
vida y consuelo,  
y el camino más seguro para el cielo.”*

***“No te dejes vencer por el mal; antes bien vence el mal con el bien”***

En esa Cruz del “padecer dolor” estarán también vida, consuelo, el noble honor y la fuerza para la paz justa y verdadera que tanto necesitan también en esta hora histórica todos los que han empeñado y siguen empeñando lo más valioso de si mismo en la erradicación definitiva del terrorismo. El terrorismo no tiene ni tendrá nunca la última palabra ni en la vida de los pueblos ni en la determinación de sus destinos; tampoco en España. Entre las “Ideologías del mal”, que según Juan Pablo II en su último libro, “Memoria e Identidad”, han marcado tan trágicamente la historia del pasado siglo XX, hay que contar, sin duda alguna, las teorías contemporáneas que pretenden justificar y/o explicar el terrorismo actual, encubriendo el odio que las alimenta. El programa cristiano para desenmascararlas intelectual y éticamente se puede cifrar en la máxima paulina: “No te dejes vencer por el mal; antes bien vence el mal con el bien” (Rm 12,21). Este programa ha vencido definitivamente en la Cruz gloriosa de Cristo. Su victoria puede y debe ser nuestra victoria. La actualizamos constantemente en cada celebración eucarística; también en la de hoy.

Que Dios nos conceda entender esta sabiduría mística de la cruz, y que nos lo dé a entender la Virgen Madre de Dios que se mantuvo firme al pie de la cruz de su Hijo, como se mantendrá también al pie de cada cruz de todas las familias que hoy se agrupan junto a ella, en esta catedral, para aliviar su dolor y enjugar sus lágrimas.

Amén

*NOMBRAMIENTO EPISCOPAL***EL SACERDOTE RAÚL BERZOSA MARTÍNEZ HA SIDO NOMBRADO OBISPO AUXILIAR DE OVIEDO**

La Nunciatura Apostólica en España comunica a la Conferencia Episcopal Española (CEE) que a las 12,00 horas de hoy, martes 22 de marzo, la Santa Sede ha hecho público que el Papa Juan Pablo II ha nombrado Obispo Auxiliar de la Archidiócesis de Oviedo al sacerdote Cecilio Raúl Berzosa Martínez, en la actualidad profesor de Teología Dogmática en la Facultad de Teología del Norte de España, sedes de Burgos y Vitoria, asignándole la sede titular de Arcavica.

Raúl Berzosa Martínez nació en Aranda de Duero, Burgos, el 22 de noviembre de 1957. Cursó los estudios eclesiásticos en el Seminario Menor de Burgos, entre 1968 y 1974, y en la sede de Burgos de la Facultad de Teología del Norte de España, entre 1974 y 1982, donde obtuvo el Doctorado en Teología Dogmática, en 1984. Fue ordenado sacerdote el 8 de noviembre de 1982, en Valencia, por Su Santidad Juan Pablo II. Está incardinado en la archidiócesis de Burgos.

***Director del Instituto Superior de Ciencias Religiosas San Jerónimo de Burgos, desde enero de 2005***

Sus dos primeros años de sacerdote estuvo en la diócesis de Burgos como Vicario parroquial de Medina de Pomar, de 1982 a 1983, y como Párroco de Pampliega, Villazopeque, Palazuelos de Muñó, Barrio de Muñó y Belbimbre, de 1983 a 1984. Este último año se trasladó a Roma donde realizó los cursos de Licenciatura en Derecho Canónico en la Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino y los cursos diplomáticos en la Pontificia Academia Eclesiástica. Estudió también en este tiempo Antropología Teológica en la Pontificia Facultad Teológica Teresianum y siguió un curso de periodismo en el Instituto Profesional Lazio, en Roma.

El año 1987 regresó a la diócesis de Burgos donde desempeñó los cargos de Delegado Diocesano de Medios de Comunicación, Director de la revista diocesana Sembrar, Director de los programas diocesanos de la cadena COPE, y Director del Instituto de Teología para Laicos y del Instituto de Teología a Distancia, entre 1987 y 1993. Este último año fue nombrado Pro-Vicario General y Vicario de Pastoral de la archidiócesis de Burgos, cargo que ha desempeñado hasta el año 2004. Entre 1997 y 1998 fue también Párroco de Arcos de la Llana y anejos y de Sotresgudo y anejos. Desde 1994 al 2005 ha sido el Secretario de los Obispos de las diócesis de Castilla-León.

Actualmente, y desde 1987, es Profesor de Teología Dogmática en la Facultad de Teología del Norte de España, sedes de Burgos y Vitoria, y Director del Instituto Superior de Ciencias Religiosas San Jerónimo de Burgos desde el 14 de enero de 2005.

**DISCURSO INAUGURAL DEL EMMO. Y RVDMO. Sr. D. ANTONIO M<sup>a</sup> ROUCO VARELA, Cardenal Arzobispo de Madrid - Presidente de la Conferencia Episcopal Española**

**LXXXIV ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA**

Madrid, 7-11 de marzo de 2005

Eminentísimos señores Cardenales,  
Excelentísimo señor Nuncio Apostólico,  
Excelentísimos señores Arzobispos y Obispos,  
Señoras y señores:

Expreso mi cordial saludo y bienvenida a los hermanos miembros de la Conferencia Episcopal Española al dar comienzo a nuestra 84<sup>a</sup> Asamblea Plenaria.

Agradezco vivamente la presencia del señor Nuncio Apostólico.

Saludo también con afecto a quienes trabajan en esta Casa y a todos los que nos acompañan en esta sesión inaugural pública, en particular, a los enviados por los medios de comunicación.

***I. La Conferencia Episcopal: historia y renovación***

Nuestra Conferencia Episcopal es, como se sabe, fruto del Concilio Vaticano II. El día 8 de diciembre de este año, Fiesta de la Inmaculada, se cumplirán los cuarenta años de la solemne clausura del Concilio en 1965. Dentro de poco celebraremos igualmente los cuarenta años de la Conferencia Episcopal, una institución, por tanto, joven al servicio de los Obispos españoles y de nuestras Iglesias diocesanas. Será una buena ocasión para refrescar la memoria y mirar confiadamente hacia el futuro.

Hace cuatro décadas, casi por estas mismas fechas, exactamente el día 30 de abril de 1965, en el tiempo de uno de los intervalos entre las sesiones conciliares, los obispos españoles se reunían en Madrid, bajo la presidencia del cardenal arzobispo de Toledo, Enrique Pla y Deniel, para aprobar un primer texto de Estatutos de la futura Conferencia Episcopal. Fueron meses de intenso trabajo en los que se fue dando forma a lo que habría de ser la Conferencia como peculiar órgano de expresión efectiva de aquella colegialidad episcopal de la que tanto se estaba hablando en el Concilio. Antes de la constitución oficial de la Conferencia Episcopal los obispos se encontraron todavía otras dos veces: primero, el 23 y 24 de julio, en Santiago de Compostela, que a la sazón celebraba un Año Santo; y luego, el 29 de noviembre, de vuelta en Roma para las últimas sesiones del Concilio. En esta última ocasión los Estatutos quedaron prácticamente perfilados para ser sometidos a la Asamblea Constituyente.

Las cosas se hicieron sin pausa. A las pocas semanas de volver de Roma, del 26 de febrero al 4 de marzo de 1966, se reunía ya en Madrid la Asamblea Constituyente

y Primera Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española. Aquella Asamblea, con la presencia de setenta obispos, aprobó los primeros Estatutos de la Conferencia Episcopal, que recibieron enseguida la ratificación de la Santa Sede -el 14 de mayo- y que permitieron que para el 3 de octubre de aquel mismo año de 1966 la Conferencia Episcopal gozara ya de personalidad canónica propia.

Desde entonces, la regularidad institucional ha sido, gracias a Dios, la tónica constante en la vida de nuestra Conferencia. Siguiendo un ritmo trienal inalterado se ha venido procediendo a la elección de los Presidentes y Vicepresidentes de la Conferencia, así como de los Presidentes de las Comisiones. Ahora concluye el trienio decimotercero. Por tanto, de acuerdo con nuestros Estatutos, en esta Asamblea Plenaria procederemos a las elecciones para un nuevo periodo de tres años.

La Conferencia Episcopal Española, aun con las deficiencias propias de las realidades humanas, puede ser vista con gratitud como un instrumento providencial para la causa del Evangelio entre nosotros. Deseamos, en efecto, dar gracias a Dios porque la Conferencia nos ha ayudado a los obispos a crecer en el afecto colegial y ha estimulado entre nosotros la búsqueda del “mayor bien que la Iglesia proporciona a los hombres, sobre todo mediante formas y modos de apostolado convenientemente acomodados a las peculiares circunstancias de tiempo y de lugar”<sup>1</sup>. Nuestras Iglesias diocesanas y toda la Iglesia son beneficiarias del compromiso colegial de los obispos en la Conferencia. La sociedad española en su conjunto se ha visto también favorecida por el modo en el que la Conferencia acompañó sus pasos en momentos especialmente decisivos.

La misión de la Conferencia Episcopal se ha ido clarificando a lo largo de estas décadas, al tiempo que se iba profundizando y consolidando la comunión afectiva y efectiva de los obispos entre sí y con el Romano Pontífice. Un hito importante en este camino fue la Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos convocada por Juan Pablo II en 1985 para evaluar la recepción del Concilio en el vigésimo aniversario de su clausura. De aquella Asamblea episcopal surgieron valiosos impulsos para el desarrollo institucional de las Conferencias. Los obispos pidieron entonces que se estudiase el estatuto teológico de las Conferencias Episcopales y, sobre todo, que se explicase “más clara y profundamente su autoridad doctrinal”<sup>2</sup>. Consecuencia de esta petición fue la Carta Apostólica *Apostolos suos*, de 21 de mayo de 1998, sobre la naturaleza teológica y jurídica de las Conferencias de los Obispos, que supuso un notable paso adelante tanto en el discernimiento del sentido teológico de las Conferencias como, sobre todo, en el desarrollo de la seguridad jurídica en lo concerniente a sus intervenciones magisteriales. De este modo las Conferencias alcanzaban por lo que toca al ministerio de enseñar auténticamente el grado de clarificación y consolidación del que ya gozaban en el campo de la potestad legislativa.

Nuestra Conferencia adaptó convenientemente sus Estatutos a estas nuevas realidades, como se puede constatar en su última modificación por la Asamblea Plenaria de noviembre de 1999<sup>3</sup>.

Las elecciones a las que procederemos en estos días constituirán, sin duda, con la ayuda de Dios, un paso más en la consolidación del espíritu de activa, serena y gozosa colegialidad que ha alentado toda la historia de la Conferencia Episcopal Española. Prestaremos así nuestro humilde servicio a la Conferencia misma, a todo el Pueblo de Dios que peregrina en España y, de este modo, también, a toda la sociedad española.

## ***II. Año de la Eucaristía y de la Inmaculada, y también, de la Jornada mundial de la Juventud en Colonia***

1. Celebramos esta Asamblea Plenaria ya en pleno *Año de la Eucaristía* y de la Inmaculada. Nuestras diócesis han acogido con fervor la invitación del Santo Padre a renovar la celebración del gran Misterio de la fe y, en torno a él, la vida de la Iglesia. La Eucaristía es, en efecto, como enseña el Concilio con fuerza sintética “la fuente y el culmen de toda la vida cristiana”<sup>4</sup>.

Juan Pablo II ha llamado de nuevo la atención de la Iglesia Católica hacia la Eucaristía como el mejor modo de alcanzar “una especie de cumbre de todo el camino recorrido”<sup>5</sup> con la celebración del Gran Jubileo del Año 2000. Como sabemos, la celebración misma del Jubileo estuvo marcada por un profundo sentido eucarístico. Nuestras Iglesias celebraron en Santiago de Compostela un Congreso Eucarístico Nacional y esta Asamblea Plenaria publicó, con aquella ocasión, una Instrucción Pastoral sobre *La Eucaristía, alimento del pueblo peregrino*<sup>6</sup>. Pues bien, el Santo Padre nos invita a mantener vivo el fruto del Jubileo y a seguir profundizando en la vivencia del Misterio de Cristo precisamente a través de la renovación del culto y de la espiritualidad eucarísticas. Para ello contamos ahora con su última Carta encíclica, *Ecclesia de Eucharistia*<sup>7</sup> y con la Carta apostólica *Mane nobiscum Domine*<sup>8</sup>. Contienen las enseñanzas y orientaciones básicas para dicha renovación en el Año de la Eucaristía. Además, la Instrucción *Redemptionis sacramentum*<sup>9</sup> y las *Sugerencias y propuestas para el Año de la Eucaristía*<sup>10</sup> ofrecen concreciones muy precisas y útiles para el cuidado de la liturgia y de la piedad eucarísticas.

Al final del Año de la Eucaristía tendrá lugar la celebración de una nueva Asamblea Ordinaria del Sínodo de los Obispos durante el próximo mes de octubre. Sus deliberaciones versarán justamente sobre “La Eucaristía, fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia”.

El Año de la Eucaristía está llamado a suscitar un renacer de la espiritualidad eucarística en el pueblo cristiano y, en particular, entre los jóvenes. Será un modo excelente de llevar adelante el objetivo prioritario del vigente plan pastoral de la Conferencia Episcopal, orientado también a recoger los frutos del Gran Jubileo y, en concreto, a facilitar la vivencia plena del Misterio de Cristo en todos los ámbitos donde se origina y se desenvuelve la vida del hombre.

Providencialmente, no tardará mucho en ver la luz la traducción española de la *Institución General del Misal Romano*, aprobada recientemente por esta Asamblea y confirmada por la Santa Sede. Su estudio, a la luz de las enseñanzas pontificias

que acabo de citar, será de vital provecho para los responsables de la liturgia eucarística.

2. En España, éste es también el *Año de la Inmaculada*. En nuestra última Asamblea Plenaria los obispos dirigimos un Mensaje a todos los hijos de la Iglesia en España invitándoles a recordar de modo especial a María en el misterio de su Concepción Inmaculada con motivo del CL Aniversario de la definición dogmática de este misterio<sup>11</sup>. El Pueblo de Dios ha acogido con gratitud y con renovado amor a María esta oportunidad que se nos ofrece para vigorizar y manifestar nuestra fe cristiana. Las celebraciones de la Fiesta de la Inmaculada del pasado mes de diciembre, con la que se inauguraba el año dedicado a ella, fueron especialmente vivas y concurridas. Las diócesis preparan ya la peregrinación al Pilar de Zaragoza, donde el 21 y 22 de mayo próximos tendremos ocasión de renovar la consagración al Corazón Inmaculado de María en un ambiente de celebración y adoración eucarística.

Acaba de llegar a esta Casa y preside hoy este Aula el lienzo de la imagen de la Inmaculada que Sor Isabel Guerra ha pintado como icono, reclamo y memoria de las celebraciones de este año. La “Mujer vestida de Sol” -el que “nace de lo alto”, que es Cristo- se muestra aquí refulgente de luz; también como “estrella de la mañana” y “estrella del mar” que abre paso al día de la Nueva creación, redimida y gloriosa, victoriosa sobre la oscuridad del mar y de la noche del pecado. La exposición *Inmaculada* estará, Dios mediante, abierta para el 1º de mayo en la Catedral de la Almudena, como muestra escogida de la belleza que esta Mujer, la *Llena de gracia*, encierra en sí misma y ha hecho y hace reverberar en la cultura de nuestro pueblo.

En la escuela de María aprenderemos mejor a Cristo. De su mano nuestras Iglesias diocesanas y cada uno de nosotros sabremos cantar con gozo las grandezas de la elección que el Creador ha hecho en Cristo de cada ser humano, llamándonos a todos a la unión con él por el amor, es decir, a la santidad; de su mano aprenderemos a acoger la gracia que nos redime y santifica; aprenderemos el espíritu de discernimiento para conocer lo bueno y lo justo, que procede de Dios, para adherirnos a Él, y a desenmascarar el mal y lo injusto, que procede del mundo, para apartarlo de nosotros. Todo con la gracia que nos llega de Cristo, por la *Llena de gracia*, “la mujer eucarística”<sup>12</sup>.

3. Con esta misma invocación a María como “mujer eucarística” concluye el Mensaje que el Papa dirige a los jóvenes con motivo de la *XX Jornada Mundial de la Juventud* que tendrá lugar en la ciudad alemana de Colonia el próximo mes de agosto<sup>13</sup>. Son ya varios centenares de miles los jóvenes de todo el mundo que han dado sus nombres para acudir a este encuentro. Será una ocasión de fiesta y de celebración. Será, sin duda, ante todo, como ha sucedido en Jornadas anteriores, un momento decisivo para el crecimiento en la fe de nuestros jóvenes. Esta vez el lema escogido es bien significativo: “Venimos a adorarle” (Mt 2, 2). Los jóvenes se dan



cita para una fiesta de la fe, que este año tendrá un especial colorido eucarístico. El Papa desea que la Jornada se convierta en una verdadera incitación al abandono de los ídolos y a la adoración del Dios vivo, de Aquél a quien los Magos (cuyas reliquias, según una pía tradición, se veneran en Colonia) “encontraron en *Bet-lehem*, que significa “casa del pan”. En la humilde cueva de Belén yace sobre un poco de paja el “grano de trigo”, que muriendo dará mucho fruto (cf. Jn 12, 24)”<sup>14</sup>. El Papa invita, pues, a los jóvenes a encontrarse en la fiesta de la fe con el Dios crucificado, resucitado y vivo en la Eucaristía.

Los obispos españoles agradecemos muy de corazón a Juan Pablo II esta nueva oportunidad que se brinda a los jóvenes y que se nos brinda a nosotros. En el corazón de Europa, un Continente que se va haciendo viejo, los jóvenes católicos tendrán una ocasión excepcional para encontrarse con Jesucristo, vivo en la Iglesia, que se hace desde la Eucaristía. Nosotros, y todos los agentes de la pastoral juvenil, empeñaremos nuestras mejores ilusiones y energías en la preparación de este acontecimiento.

### **III. La Visita ad limina y la evangelización de nuestra sociedad**

Ante los horizontes pastorales mencionados -de la Eucaristía, la Inmaculada y la Jornada Mundial de la Juventud- los obispos españoles hemos acudido las semanas pasadas a Roma para la visita *ad limina Apostolorum*. Arrodillados ante los sepulcros de los apóstoles Pedro y Pablo, hemos sentido de nuevo la llamada del Señor para vivir en plenitud nuestra vocación, consagración y misión de Sucesores de los apóstoles, en comunión con el Sucesor de Pedro. Es el servicio que debemos a las gentes y a los pueblos de España y que sabemos bien que no podría ser verdadero si no se alimentara de nuestro sí personal a Jesucristo, renovado con la misma frescura con la que lo pronunciamos el día de nuestra consagración episcopal. Al Pueblo de Dios a nosotros confiado le debemos nuestra entrega apostólica, fiel y ferviente.

Quienes hemos tenido la posibilidad de ser recibidos por el Papa hemos encontrado en él al Pastor de la Iglesia Universal a quien el Señor ha encomendado el cuidado de todos los pastores y de todos los fieles. Hemos podido comprobar personalmente una vez más cómo Juan Pablo II gasta y desgasta su vida en aras del ministerio que se le ha confiado con una entrega completa y conmovedora. Las circunstancias de su salud, de todos conocidas, no han permitido que algunos de los hermanos obispos que visitaban Roma en el segundo grupo hayan podido encontrarse con el Santo Padre. Han podido, en cambio, unirse en la misma ciudad de Roma a la oración que desde todo el orbe católico, y también desde España, se ha elevado a Dios por la persona entrañable del Vicario de Cristo. Deseo renovar en este momento la invitación a la plegaria por el Santo Padre: que el Espíritu Santo le conforte y le asista de modo especial en esta etapa de su vida. Juan Pablo II ha servido a la Iglesia de un modo verdaderamente excepcional mientras gozó de salud y de fuerzas físicas. Dios nuestro Señor tiene sin duda sus caminos para que el servicio de Pedro siga siendo prestado a la Iglesia por este gran Papa según las modalidades y los tiempos queridos por su Providencia divina. He ahí el objeto de nuestra oración confiada.

No quiero dejar de agradecer públicamente al Santo Padre la cálida acogida que nos ha dispensado y las palabras luminosas que nos ha dirigido. Nos ha ayudado a descubrir mejor las necesidades más perentorias de nuestras Iglesias y de los fieles que nos han sido confiados; nos ha estimulado a responder a ellas con entrega clarividente y generosa.

El Papa nos ha confirmado en nuestros planes apostólicos de servicio a la vida sacramental de todos los fieles, de atención paternal y fraternal a los sacerdotes, y, en especial, a los jóvenes y a los laicos presentes en los diferentes ámbitos de la vida pública. Y a nosotros, los obispos, nos ha recordado que “es primordial conservar y acrecentar el don de la unidad que Jesús pidió para sus discípulos al Padre”<sup>15</sup>. No hay otro camino para obtener el fruto deseado de las iniciativas pastorales más apropiadas a las nuevas realidades.

El Santo Padre hizo referencia a la difusión en España de “una mentalidad inspirada en el laicismo”. No se trata, naturalmente, de algo presente sólo en nuestra sociedad, sino de un fenómeno preocupante que afecta de uno u otro modo a las sociedades llamadas occidentales. Tal mentalidad comporta una dificultad especial no sólo para la acción evangelizadora de la Iglesia, sino también para el desenvolvimiento pleno y fluido de la vida social.

Los obispos acogemos con atención y gratitud las palabras del Papa. Nos estimulan a prestar nuestro servicio a la sociedad y a la comunidad política por los caminos de la verdad, de la comprensión y la caridad evangélicas, del diálogo y del espíritu de cooperación sincera al bien común.

El encuentro que el Vicepresidente y el Secretario General de la Conferencia Episcopal mantuvieron la semana pasada con la Vicepresidenta del Gobierno y con el Ministro de Justicia pone de manifiesto la mencionada voluntad de cooperación de la Iglesia con la autoridad legítima. En otras ocasiones hemos hecho referencia a diversas cuestiones de la agenda política del Gobierno que suscitan serias reservas y aun clara oposición para quienes contemplamos la convivencia social desde una perspectiva cristiana que asume la ética natural o racional en los planteamientos de nuestra cultura moral y legal. Pero también hemos declarado siempre nuestra voluntad de mantener unas relaciones positivas de colaboración con las legítimas autoridades del Estado, en el marco del ordenamiento constitucional y de los Acuerdos vigentes entre la España y la Santa Sede, guiándonos siempre por el criterio superior de la convivencia solidaria y del bien común.

De acuerdo con las orientaciones precisas del Concilio Vaticano II, la Iglesia sabe bien que, en cuanto Iglesia, su misión y su tarea no es la política, en la que los ciudadanos y, por tanto, también los católicos pueden actuar de modo responsable en virtud de diferentes concepciones, legítimas, de la cosa pública y siguiendo diversos caminos para resolver los problemas a los que han de responder los gobernantes. El bien que la Iglesia aporta a la vida de los hombres es ante todo religioso y sólo indirectamente temporal. El propio Concilio precisa el bien que ella aporta a la comunidad política al afirmar de sí misma que es “signo y salvaguardia de la

trascendencia de la persona humana”, cuya dignidad y derechos fundamentales defiende y promueve “aplicando todos y sólo aquellos medios que sean conformes al Evangelio y al bien de todos según la diversidad de tiempos y condiciones”<sup>16</sup>.

En efecto, el hilo conductor de todos nuestros Planes pastorales es la evangelización de las personas y de la sociedad. Se trata simplemente de anunciar el Evangelio de Jesucristo fiel e íntegramente: la buena noticia del amor creador y redentor de Dios; y de hacerlo siguiendo el mismo estilo con el que Jesús anunció el Reino de Dios con obras y palabras; con palabras que proclaman la presencia de un Dios que se acerca a los pecadores y que les abre -nos abre- el camino de la conversión; con obras que, desde Belén hasta el Calvario y la Resurrección, realizan lo que las palabras han anunciado. Ésta es la misión de la Iglesia. Nadie debe temerla<sup>17</sup>.

En la misión evangelizadora de la Iglesia todos los bautizados tenemos nuestra responsabilidad: los ministros ordenados, los consagrados y los fieles laicos. Nadie puede hurtar su trabajo a la obra del Evangelio; todos estamos llamados al apostolado de la palabra y de la caridad; cada uno según su misión y sus posibilidades específicas<sup>18</sup>.

El Santo Padre, en el mencionado discurso a los obispos que acudimos a la visita *ad limina* el mes pasado, nos recordaba cómo la Iglesia en España “tiene una gloriosa trayectoria de generosidad y sacrificio, de fuerte espiritualidad y altruismo y ha ofrecido a la Iglesia universal numerosos hijos e hijas que han sobresalido a menudo por la práctica de las virtudes en grado heroico o por su testimonio martirial”. Y continuaba señalando que “muchos de los retos y problemas aún presentes en vuestra nación ya existieron en otros momentos, siendo los santos quienes dieron brillante respuesta con su amor a Dios y al prójimo”<sup>19</sup>.

El acercamiento a los alejados; la atención a las necesidades de los ancianos, los emigrantes y los jóvenes sin empleo; el cuidado de la vida humana naciente; la atención a las necesidades apremiantes de las familias y de la educación; todas éstas y otras muchas tareas, entre las cuales el anuncio explícito de Jesucristo no es ciertamente la última, son el taller donde se fraguan los santos. Nuestra Iglesia realizará en todo ello su misión de modo creíble y verdaderamente eficaz sólo si es capaz de suscitar en su seno hijos e hijas que aspiren con toda el alma a la santidad en el seguimiento humilde del Maestro.

En esta Asamblea estudiaremos y, eventualmente, aprobaremos la traducción española del *Martirologio Romano* actualizado. Es el catálogo de los innumerables hermanos que a lo largo de los siglos -hasta el pasado siglo XX- han dado al mundo un testimonio heroico de Cristo, bien con su sangre, bien con una vida santa. Son aquellos a quienes la Iglesia venera en su liturgia como modelos e intercesores.

España y Europa necesitan más que nunca el testimonio de los santos. Porque no hay dignidad humana firme sin esperanza escatológica y no hay posibilidad de respetar al ser humano cuando la conciencia de las personas, renunciando a esperar en la Verdad y la Belleza, trata de satisfacerse a sí misma con las migajas del mero bienestar económico y, en todo caso, con las vacuas filosofías de un cierto cinismo hedonista<sup>20</sup>.

### *Conclusión*

Celebramos esta Asamblea Plenaria bajo el signo de la continuidad y la renovación institucionales de nuestra joven Conferencia Episcopal. Los horizontes pastorales son amplios y los retos que se presentan a la acción evangelizadora de la Iglesia no son de menor cuantía. La sociedad española y la europea esperan de la Iglesia lo que precisamente ella puede darles: verdaderas razones para la esperanza y cauces humanos para alimentarla y vivirla.

Coincidiendo con el final de nuestros trabajos, el día 11, tiene lugar el aniversario de los masivos atentados terroristas de Madrid que llenaron de luto a España y al mundo. La Provincia Eclesiástica de Madrid celebrará un solemne funeral en la Catedral de la Almudena por el eterno descanso de los fallecidos. Algunos de vosotros, queridos hermanos en el episcopado, me habéis anunciado vuestra intención de uniros a nuestra celebración. El flagelo inhumano del terrorismo -cualquier terrorismo- debe desaparecer. Todos hemos de colaborar con energía en su erradicación. No es moralmente posible ningún tipo de compromiso con quienes instrumentalizan a las personas y las asesinan indiscriminadamente, sin recatarse de reivindicar tales crímenes como si de acciones nobles se tratara. La Iglesia sigue elevando su oración constante por el final del terrorismo.

Termino con un fragmento de la oración que Juan Pablo II pronunció el pasado 8 de diciembre junto a la estatua de la Inmaculada en la plaza de España de Roma:

*¡Virgen Inmaculada!  
Tu intacta belleza espiritual  
es para nosotros manantial vivo de esperanza.  
Tenerte como Madre, Virgen santísima,  
nos alienta en el camino de la vida  
como prenda de salvación eterna.  
Por eso, a ti, oh María,  
recurrimos confiados.  
Ayúdanos a construir un mundo  
donde la vida del hombre se ame  
y se defienda siempre,  
donde se destierre toda forma de violencia  
y todos busquen tenazmente la paz.*

**DISCURSO DEL EXCMO. Y RVDMO. Sr. D. MANUEL MONTEIRO DE CASTRO**  
*Arzobispo de Benevento - Nuncio Apostólico*

## **LXXXIV ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA**

*Madrid, 7 de marzo de 2005 Emmo. Señor Cardenal Presidente,*

Emmos. Señores Cardenales,  
Excmos. Señores Arzobispos y Obispos,  
Hermanos y hermanas

Agradezco al señor Cardenal Presidente de la Conferencia Episcopal Española, el Eminentísimo señor Cardenal Antonio María Rouco Varela, su invitación a participar en esta sesión inaugural de su Asamblea Plenaria. Les transmito a todos ustedes, así como a sus diocesanos y a todas las personas presentes el saludo y la bendición del Santo Padre, quien en este momento ha particularmente apreciado vuestra cercanía y recuerdo en la oración.

En el periodo desde la última Asamblea Plenaria, los Obispos españoles tenían prevista la Visita *ad limina*, que pudo realizar un primer grupo de Obispos, pero no ha podido ser concluida por las condiciones de la salud del Santo Padre. Esta circunstancia nos obliga más, si cabe, a elevar nuestra oración por el Papa Juan Pablo II, para que sea confortado en su enfermedad y para que siga prestando su servicio a la Iglesia conforme a la voluntad de Dios. Aunque sé que ya lo han hecho, les invito a que pidan a sus comunidades cristianas oraciones por el Santo Padre.

En el único mensaje que, con ocasión de la Visita, el Santo Padre ha podido entregar los Obispos españoles, trazaba una radiografía de la situación de la Iglesia española basada sustancialmente en los informes que los propios Obispos habían enviado. Después de expresar su preocupación por la mentalidad de la indiferencia religiosa creciente en España, ha animado a los Obispos a responder a esta situación con una acción pastoral adecuada a las nuevas realidades. Les ha exhortado a vivir y dar testimonio de la unidad querida por Cristo para su Iglesia, esforzándose en “conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz” (Ef 4,3). También les ha invitado a poner en el centro de la vida espiritual la Eucaristía, que los pastores han de celebrar con dignidad y decoro. La Eucaristía fortalecerá a los fieles, animados por sus pastores, para dar un testimonio eclesial creíble cuando defiendan la vida, la educación religiosa de los hijos, la protección del matrimonio y de la familia, la defensa del nombre de Dios y del valor humano y social de la religión cristiana. La participación en la Eucaristía dominical es indispensable para lograr esa fuerza.

El Santo Padre les ha encomendado que ejerzan su paternidad espiritual animada por la caridad con los sacerdotes quienes, a su vez, deberán dar la primacía a la celebración de la Eucaristía, junto con la celebración devota de la Liturgia de las

Horas, la oración y otras prácticas que asegurarán “el esplendor de la propia identidad” y “el fructuoso ejercicio del ministerio sacerdotal”.

El mensaje toca también otros puntos a los que no he aludido, como la atención a la pastoral vocacional, que en su conjunto, significan un impulso a la evangelización de acuerdo con las circunstancias concretas que nos toca vivir. Junto con el Santo Padre, les animo a participar con sus jóvenes en la Jornada Mundial de la Juventud de Colonia, donde él les espera para confesar, con los Reyes Magos: “Hemos venido a adorarle”.

En esta Asamblea se renovarán los cargos directivos de la Conferencia Episcopal en cada uno de sus órganos. Me uniré en la oración a todos en la misa del Espíritu Santo que celebrarán antes del comienzo de las elecciones para que les ilumine en su decisión y sepan elegir a quienes les representarán en los próximos tres años.

Agradezco a todos ustedes la colaboración que continuamente me prestan, en particular a quienes han ejercido cargos directivos en la Conferencia Episcopal en este trienio, al mismo tiempo que ofrezco a quienes sean elegidos la disponibilidad completa y cordial de la Nunciatura Apostólica.

Encomiendo a María Inmaculada en este año dedicado a ella, los trabajos de la Asamblea que hoy comienza, a todos los Obispos y a sus comunidades diocesanas.

## NOTAS

- <sup>1</sup> A lo largo de la historia han surgido innumerables instituciones para la atención de los huérfanos, ancianos abandonados, enfermos, disminuidos... como Cáritas y obras como las de la beata Teresa de Calcuta o las recientemente canonizadas Geneveva Torres y Ángela de la Cruz.
- <sup>2</sup> «La Conferencia Episcopal Española insta a los fieles católicos a promover, en el día 25 de marzo de cada año, acciones en defensa de la dignidad, sacralidad y respeto de la vida humana, uniéndose a todas las personas de buena voluntad en la promoción de la “cultura de la vida”. Se encarga a la Subcomisión Episcopal para la familia y defensa de la vida de la CEE la animación, coordinación y seguimiento de esta iniciativa» (LXXXI Asamblea Plenaria de la CEE (17-21 noviembre 2003): *BOCEE* 71, 140).
- <sup>3</sup> LXXVI Asamblea Plenaria, Instrucción pastoral *La Familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, 109.
- <sup>4</sup> Cf. Declaración de la Asamblea General de la ONU (8-Marzo-2005); CONSEJO DE EUROPA, *Resolución* 4.376 (4 octubre 1982): «La ciencia y el sentido común prueban que la vida humana comienza en el acto de la concepción y que en este mismo momento están presentes en potencia todas las propiedades biológicas y genéticas del ser humano».
- <sup>5</sup> JUAN PABLO II, *Memoria e identidad*, Madrid 2005, 25.
- <sup>6</sup> *Directorio de la Pastoral Familiar de la Iglesia en España* 89.
- <sup>1</sup> *Código de Derecho Canónico*, Cn. 447. Cf. *Estatutos de la Conferencia Episcopal Española* (1999), Art. 1, 1.
- <sup>2</sup> Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos (1985), *Relación Final*, II, C, 8b.
- <sup>3</sup> Son los Estatutos actualmente vigentes. Los primeros Estatutos, de 1966, tras su primer quinquenio de vigencia, fueron levemente retocados en 1971. Cinco años más tarde, en 1976, se introdujo una modificación significativa sobre el Comité Ejecutivo. Luego, en 1991, se harán de nuevo algunas modificaciones de los Estatutos para adaptarlos al Código de Derecho Canónico de 1983.
- <sup>4</sup> Concilio Vaticano II, Const. *Lumen gentium*, 11.
- <sup>5</sup> Juan Pablo II, Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine*, 10.
- <sup>6</sup> LXXI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, *La Eucaristía, alimento del Pueblo peregrino. Instrucción Pastoral ante el Congreso Eucarístico Nacional de Santiago de Compostela y el Gran Jubileo del 2000* (4 de marzo de 1999), *BOCEE* 60 (1999) 13-28.
- <sup>7</sup> Juan Pablo II, Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, 17 de abril de 2003.
- <sup>8</sup> Juan Pablo II, Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine*, 7 de octubre de 2004.

- <sup>9</sup> Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Instrucción *Redemptionis donum. Sobre algunas cosas que se deben observar o evitar acerca de la Santísima Eucaristía*, 25 de marzo de 2004.
- <sup>10</sup> Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Año de la Eucaristía: Sugerencias y propuestas*, 15 de octubre de 2004.
- <sup>11</sup> Cf. LXXXIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, *Mensaje en el CL Aniversario de la Definición del Dogma de la Concepción Inmaculada de la Virgen María*, 25 de noviembre de 2004, BOCEE 73 (31-XII-2004) 86-89.
- <sup>12</sup> Juan Pablo II, Carta Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, 53.
- <sup>13</sup> Cf. Juan Pablo II, "Hemos venido a adorarle" (*Mt 2, 2*). *Mensaje para la XX Jornada Mundial de la Juventud en Colonia*, Ecclesia 3.224 (25.IX.2004) 28-29.
- <sup>14</sup> Juan Pablo II, "Venimos a adorarle" (*Mt 2, 2*), 3.
- <sup>15</sup> Juan Pablo II, *Discurso a los obispos españoles con ocasión de su visita "ad limina"*, Ecclesia 3.242 (29-I-2005) 24-26, nº 5.
- <sup>16</sup> Cf. Concilio Vaticano II, Const. *Gaudium et spes*, 42-43.76.
- <sup>17</sup> Cf. Concilio Vaticano II, Const. *Gaudium et spes*, 45.
- <sup>18</sup> Cf. Juan Pablo II, Exhort. Apost. Postsinodal *Ecclesia in Europa*, 33-43.
- <sup>19</sup> Juan Pablo II, *Discurso a los obispos españoles con ocasión de su visita "ad limina"*, Ecclesia 3.242 (29-I-2005) 24-26, nº 2.
- <sup>20</sup> Cf. Juan Pablo II, Exhort. Apost. Postsinodal *Ecclesia in Europa*, 9.

**SANTA SEDE****SANTO PADRE****ÁNGELUS**

*Domingo 20 de febrero de 2005*

Los ejercicios espirituales, en los que participé juntamente con muchos colaboradores de la Curia romana, concluyeron ayer con una solemne *celebración eucarística*, seguida de la *adoración*.

La Eucaristía es la fuente de la que saca vigor siempre nuevo la *comunidad entre los miembros del Cuerpo místico de Cristo*.

2. Desde esta perspectiva, se manifiesta plenamente la peculiar tarea confiada a Pedro y a sus sucesores: el *ministerio petrino* es esencialmente *servicio a la unidad de la Iglesia*. «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (*Mt 16, 18*). De esta promesa del Señor se hacen eco estas otras consoladoras palabras suyas: «Yo he rogado por ti (Simón), para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos» (*Lc 22, 32*).

3. «Apacienta mis corderos... Apacienta mis ovejas» (*Jn 21, 15. 16. 17*). Cuando contemplo el misterio eucarístico, siento particularmente viva en mi corazón esta invitación de Jesús. A él, buen Pastor, le encomiendo todo el pueblo de Dios en este camino cuaresmal hacia la Pascua.

Invoquemos la ayuda de María, Madre de la Iglesia, con la tradicional plegaria del *Ángelus*.

**ÁNGELUS**

*Domingo 27 de febrero de 2005*

*Meditación mariana del Santo Padre leída por monseñor Leonardo Sandri*

Es mediodía; la hora del *Ángelus*.

El Santo Padre no está con nosotros. Pero nos sigue desde el hospital Gemelli. Ofrece sus oraciones y sufrimientos por nosotros y por el mundo entero.

Y nosotros, desde «su» plaza, unidos a él con nuestro gran afecto, oremos con él y por él.

Os leo ahora el mensaje de Su Santidad:

1. Amadísimos hermanos y hermanas, una vez más me dirijo a vosotros desde el hospital policlínico Agostino Gemelli. Os doy las gracias con afecto, y os siento a todos muy cercanos espiritualmente. Pienso en los que os encontráis ahora, individualmente o en grupos, en la plaza de San Pedro, y en todos los que, desde las diversas partes del mundo, se interesan por mi persona. Os pido que sigáis acompañándome sobre todo con vuestra oración.

2. El clima penitencial de la Cuaresma, que estamos viviendo, nos ayuda a comprender mejor también el valor del sufrimiento que, de un modo u otro, nos afecta



a todos. Contemplando a Cristo y siguiéndolo con paciente confianza logramos comprender que toda forma humana de dolor entraña una promesa divina de salvación y alegría. Quisiera que este mensaje de consuelo y esperanza llegara a todos, especialmente a quienes atraviesan momentos difíciles y a quienes sufren en el cuerpo y en el espíritu.

3. A María, Madre de la Iglesia, le renuevo mi consagración: *Totus tuus!* Que ella nos ayude en todo momento de la vida a cumplir la voluntad de Dios

## ÁNGELUS

*Domingo 6 de marzo de 2005*

### *Meditación mariana de Juan Pablo II, leída por monseñor Leonardo Sandri*

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. También hoy deseo renovar ante todo la expresión de mi gratitud por tantos signos de afecto que me llegan. En particular, pienso en los numerosos cardenales, obispos, sacerdotes y grupos de fieles, en los embajadores y en las delegaciones ecuménicas que han venido durante estos días al policlínico Gemelli.

Deseo manifestar un agradecimiento especial por *la cercanía de los creyentes de otras religiones*, particularmente judíos y musulmanes. Algunos de ellos han querido venir a rezar aquí, en el hospital. Este es para mí un signo consolador, por el que doy gracias a Dios.

2. Continuamos juntos la preparación para la Pascua, ofreciendo a Dios también el sufrimiento por el bien de la humanidad y por nuestra purificación. En la página evangélica de hoy, *Cristo*, curando al ciego de nacimiento, se presenta como «la luz del mundo» (*Jn 9, 5*). Ha venido para abrir los ojos del hombre a *la luz de la fe*. Sí, queridos hermanos, la fe es luz que guía en el camino de la vida, es llama que conforta en los momentos difíciles.

3. Cuando nace un niño, se dice que «viene a la luz». Para los creyentes, nacidos a la vida sobrenatural con el bautismo, la Cuaresma es *tiempo favorable para «venir a la luz»*, es decir, para renacer por el Espíritu, renovando la gracia y el compromiso bautismales. Que María santísima nos ayude a obtener de Cristo el don de una fe cada vez más clara y más fuerte, para que seamos testigos coherentes y valientes de su Evangelio.

## ÁNGELUS

*Hospital policlínico Gemelli*  
Domingo 13 de marzo de 2005

*Alocución del Ángelus que leyó, en nombre del Papa, mons. Leonardo Sandri en la plaza de San Pedro*

*Amadísimos hermanos y hermanas:*

1. Durante estos días de convalecencia en el hospital «Gemelli» siento de modo particular *la presencia y la atención* de numerosos agentes de los medios de comunicación social. Hoy deseo dirigirles unas palabras de gratitud, consciente del sacrificio con que prestan su *apreciado servicio*, gracias al cual los fieles, en todas las partes del mundo, pueden sentirme más cercano y acompañarme con el afecto y la oración.

2. Es muy importante el papel de los medios de comunicación social en nuestra época de comunicación global. Es grande también la responsabilidad de cuantos trabajan en este campo, llamados a dar siempre una información puntual, respetuosa de la dignidad de la persona humana y atenta al bien común.

En este tiempo de *Cuaresma*, que invita a nutrirse más abundantemente de la *palabra de Dios*, me complace recordar que es posible alimentar el propio espíritu también *mediante la radio, la televisión e internet*. Doy las gracias a los que se dedican a estas nuevas formas de evangelización, valorando los *medios de comunicación*.

3. Por último, pidamos a María santísima que nos ayude a prepararnos bien para la Semana santa, que comenzará el próximo domingo. Espero que sean numerosos los jóvenes que participen, en la plaza de San Pedro, en la solemne liturgia del domingo de Ramos, que nos proyecta idealmente hacia la Jornada mundial de la juventud, la cual se celebrará en Colonia, Alemania.

## AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 23 de febrero de 2005

Queridos hermanos y hermanas:

Os saludo con afecto a todos vosotros, que os habéis reunido en esa sala para la tradicional audiencia de los miércoles. Os agradezco cordialmente vuestra presencia.

Estamos recorriendo el camino cuaresmal, con la ayuda y el estímulo de la liturgia, que nos exhorta a un particular compromiso de oración, ayuno y penitencia, y a una mayor solidaridad con el prójimo, especialmente con los pobres y necesitados.

Abramos nuestro corazón a las inspiraciones interiores de la gracia. Que el egoísmo deje lugar al amor, para que podamos experimentar la alegría del perdón y de la íntima reconciliación con Dios y con nuestros hermanos.

## CARTA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS SACERDOTES PARA EL JUEVES SANTO DE 2005

*Queridos sacerdotes:*

1. En el Año de la Eucaristía, me es particularmente grato el anual encuentro espiritual con vosotros con ocasión del Jueves Santo, día del amor de Cristo llevado « hasta el extremo » (*Jn* 13, 1), día de la Eucaristía, día de nuestro sacerdocio.

Os envío mi mensaje desde el hospital, donde estoy algún tiempo con tratamiento médico y ejercicios de rehabilitación, enfermo entre los enfermos, uniendo en la Eucaristía mi sufrimiento al de Cristo. Con este espíritu deseo reflexionar con vosotros sobre algunos aspectos de nuestra espiritualidad sacerdotal.

Lo haré dejándome guiar por las palabras de la institución de la Eucaristía, las que pronunciamos cada día *in persona Christi*, para hacer presente sobre nuestros altares el sacrificio realizado de una vez por todas en el Calvario. De ellas surgen indicaciones iluminadoras para la espiritualidad sacerdotal: puesto que toda la Iglesia vive de la Eucaristía, la existencia sacerdotal ha de tener, por un título especial, «forma eucarística». Por tanto, las palabras de la institución de la Eucaristía no deben ser para nosotros únicamente una fórmula consagratória, sino también una «fórmula de vida».

### *Una existencia profundamente «agradecida»*

2. «*Tibi gratias agens benedixit...*». En cada Santa Misa recordamos y revivimos el primer sentimiento expresado por Jesús en el momento de partir el pan, el de *dar gracias*. El agradecimiento es la actitud que está en la base del nombre mismo de «Eucaristía». En esta expresión de gratitud confluye toda la espiritualidad bíblica de la alabanza por los *mirabilia Dei*. Dios nos ama, se anticipa con su Providencia, nos acompaña con intervenciones continuas de salvación.

En la Eucaristía Jesús da gracias al Padre con nosotros y por nosotros. Esta acción de gracias de Jesús ¿cómo no ha de plasmar la vida del sacerdote? Él sabe que debe fomentar constantemente un *espíritu de gratitud* por tantos dones recibidos a lo largo de su existencia y, en particular, por el don de la fe, que ahora tiene el ministerio de anunciar, y por el del sacerdocio, que lo consagra completamente al servicio del Reino de Dios. Tenemos ciertamente nuestras cruces —y ¡no somos los únicos que las tienen!—, pero los dones recibidos son tan grandes que no podemos dejar de cantar desde lo más profundo del corazón nuestro *Magnificat*.

### *Una existencia «entregada»*

3. «*Accipite et manducate... Accipite et bibite...*». La autodonación de Cristo, que tiene sus orígenes en la vida trinitaria del Dios-Amor, alcanza su expresión más alta en el sacrificio de la Cruz, anticipado sacramentalmente en la Última Cena. No se

pueden repetir las palabras de la consagración sin *sentirse implicados en este movimiento espiritual*. En cierto sentido, el sacerdote debe aprender a decir también de sí mismo, con verdad y generosidad, «tomad y comed». En efecto, su vida tiene sentido si sabe hacerse don, poniéndose a disposición de la comunidad y al servicio de todos los necesitados.

Precisamente esto es lo que Jesús esperaba de sus apóstoles, como lo subraya el evangelista Juan al narrar el lavatorio de los pies. Es también lo que el Pueblo de Dios espera del sacerdote. Pensándolo bien, la *obediencia* a la que se ha comprometido el día de la ordenación y la promesa que se le invita a renovar en la Misa crismal, se ilumina por esta relación con la Eucaristía. Al obedecer por amor, renunciando tal vez a un legítimo margen de libertad, cuando se trata de su adhesión a las disposiciones de los Obispos, el sacerdote pone en práctica en su propia carne aquel «tomad y comed», con el que Cristo, en la última Cena, se entregó a sí mismo a la Iglesia.

#### ***Una existencia «salvada» para salvar***

4. «*Hoc est enim corpus meum quod pro vobis tradetur*». El cuerpo y la sangre de Cristo se han entregado para la salvación del hombre, de *todo* el hombre y de *todos* los hombres. Es una salvación *integral* y al mismo tiempo *universal*, porque nadie, a menos que lo rechace libremente, es excluido del poder salvador de la sangre de Cristo: «*qui pro vobis et pro multis effundetur*». Se trata de un sacrificio ofrecido por «muchos», como dice el texto bíblico (*Mc* 14, 24; *Mt* 26, 28; cf. *Is* 53, 11-12), con una expresión típicamente semítica, que indica la multitud a la que llega la salvación lograda por el único Cristo y, al mismo tiempo, la *totalidad de los seres humanos* a los que ha sido ofrecida: es sangre «*derramada por vosotros y por todos*», como explicitan acertadamente algunas traducciones. En efecto, la carne de Cristo se da «para la vida del mundo» (*Jn* 6, 51; cf. *1 Jn* 2, 2).

Cuando repetimos en el recogimiento silencioso de la asamblea litúrgica las palabras venerables de Cristo, nosotros, sacerdotes, nos convertimos en anunciadores privilegiados de este misterio de salvación. Pero ¿cómo serlo eficazmente sin sentirnos salvados nosotros mismos? Somos los primeros a quienes llega en lo más íntimo la gracia que, superando nuestras fragilidades, nos hace clamar «Abba, Padre» con la confianza propia de los hijos (cf. *Ga* 4, 6; *Rm* 8, 15). Y esto nos compromete a progresar en el camino de perfección. En efecto, la *santidad* es la expresión plena de la *salvación*. Sólo viviendo como salvados podemos ser anunciadores creíbles de la salvación. Por otro lado, tomar conciencia cada vez de la voluntad de Cristo de ofrecer *a todos* la salvación obliga a reavivar en nuestro ánimo el *ardor misionero*, estimulando a cada uno de nosotros a hacerse «todo a todos, para ganar, sea como sea, a algunos» (*1 Co* 9, 22).

#### ***Una existencia que «recuerda»***

5. «*Hoc facite in meam commemorationem*». Estas palabras de Jesús nos han llegado, tanto a través de Lucas (22, 19) como de Pablo (*1 Co* 11, 24). El contexto en el que fueron

pronunciadas —hay que tenerlo bien presente— es el de la cena pascual, que para los judíos era un « memorial » (*zikkarôn*, en hebreo). En dicha ocasión los hebreos revivían ante todo el Éxodo, pero también los demás acontecimientos importantes de su historia: la vocación de Abraham, el sacrificio de Isaac, la alianza del Sinaí y tantas otras intervenciones de Dios en favor de su pueblo. También para los cristianos la Eucaristía es el « memorial », pero lo es de un modo único: no sólo es un recuerdo, sino que actualiza sacramentalmente la muerte y resurrección del Señor.

Quisiera subrayar también que Jesús ha dicho: « Haced esto en memoria *mía* ». La Eucaristía no recuerda un simple hecho; ¡recuerda a Él! Para el sacerdote, repetir cada día, *in persona Christi*, las palabras del « memorial » es una invitación a desarrollar una « espiritualidad de la memoria ». En un tiempo en que los rápidos cambios culturales y sociales oscurecen el sentido de la tradición y exponen, especialmente a las nuevas generaciones, al riesgo de perder la relación con las propias raíces, el sacerdote está llamado a ser, en la comunidad que se le ha confiado, el hombre del *recuerdo fiel* de Cristo y todo su misterio: su prefiguración en el Antiguo Testamento, su realización en el Nuevo y su progresiva profundización bajo la guía del Espíritu Santo, en virtud de aquella promesa explícita: «Él será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho» (*Jn* 14, 26).

### ***Una existencia «consagrada»***

6. «*Mysterium fidei!*». Con esta exclamación el sacerdote manifiesta, después de la consagración del pan y el vino, el *estupor siempre nuevo* por el prodigio extraordinario que ha tenido lugar entre sus manos. Un prodigio que sólo los ojos de la fe pueden percibir. Los elementos naturales no pierden sus características externas, ya que las especies siguen siendo las del pan y del vino; pero su sustancia, por el poder de la palabra de Cristo y la acción del Espíritu Santo, se convierte en la sustancia del cuerpo y la sangre de Cristo. Por eso, sobre el altar está presente «verdadera, real, sustancialmente» Cristo muerto y resucitado en toda su humanidad y divinidad. Así pues, es una *realidad eminentemente sagrada*. Por este motivo la Iglesia trata este Misterio con suma reverencia, y vigila atentamente para que se observen las normas litúrgicas, establecidas para tutelar la santidad de un Sacramento tan grande.

Nosotros, sacerdotes, somos los *celebrantes*, pero también los custodios de este sacrosanto Misterio. De nuestra relación con la Eucaristía se desprende también, en su sentido más exigente, la condición « sagrada » de nuestra vida. Una condición que se ha de reflejar en todo nuestro modo de ser, pero ante todo en el modo mismo de celebrar. ¡Acudamos para ello a la escuela de los Santos! El Año de la Eucaristía nos invita a fijarnos en los Santos que con mayor vigor han manifestado la devoción a la Eucaristía (cf. *Mane nobiscum Domine*, 31). En esto, muchos sacerdotes beatificados y canonizados han dado un testimonio ejemplar, suscitando fervor en los fieles que participaban en sus Misas. Muchos se han distinguido por la

prolongada adoración eucarística. Estar ante Jesús Eucaristía, aprovechar, en cierto sentido, nuestras «soledades» para llenarlas de esta Presencia, significa dar a nuestra consagración todo el calor de la intimidad con Cristo, el cual llena de gozo y sentido nuestra vida.

### ***Una existencia orientada a Cristo***

7. «*Mortem tuam annuntiamus, Domine, et tuam resurrectionem confitemur, donec venias*». Cada vez que celebramos la Eucaristía, la memoria de Cristo en su misterio pascual se convierte en deseo del encuentro pleno y definitivo con Él. Nosotros vivimos *en espera de su venida*. En la espiritualidad sacerdotal, esta tensión se ha de vivir *en la forma propia de la caridad pastoral* que nos compromete a vivir en medio del Pueblo de Dios para orientar su camino y alimentar su esperanza. Ésta es una tarea que exige del sacerdote una actitud interior similar a la que el apóstol Pablo vivió en sí mismo: «*Olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta*» (Flp 3, 13-14). El sacerdote es alguien que, no obstante el paso de los años, continua irradiando juventud y como «contagiándola» a las personas que encuentra en su camino. Su secreto reside en la «pasión» que tiene por Cristo. Como decía san Pablo: «*Para mí la vida es Cristo*» (Flp 1, 21).

Sobre todo en el contexto de la nueva evangelización, la gente tiene derecho a dirigirse a los sacerdotes con la esperanza de «ver» en ellos a Cristo (cf. Jn 12, 21). Tienen necesidad de ello particularmente los jóvenes, a los cuales Cristo sigue llamando para que sean sus amigos y para proponer a algunos la entrega total a la causa del Reino. No faltarán ciertamente vocaciones si se eleva el tono de nuestra vida sacerdotal, si fuéramos más santos, más alegres, más apasionados en el ejercicio de nuestro ministerio. Un sacerdote «conquistado» por Cristo (cf. Flp 3, 12) «conquista» más fácilmente a otros para que se decidan a compartir la misma aventura.

### ***Una existencia «eucarística» aprendida de María***

8. Como he recordado en la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (cf. nn. 53-58), la Santísima Virgen tiene una relación muy estrecha con la Eucaristía. Lo subrayan, aun en la sobriedad del lenguaje litúrgico, todas las Plegarias eucarísticas. Así, en el Canon romano se dice: «*Reunidos en comunión con toda la Iglesia, veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor*». En las otras Plegarias eucarísticas, la veneración se transforma en imploración, como, por ejemplo, en la Anáfora II: «*Con María, la Virgen Madre de Dios [...], merezcamos [...] compartir la vida eterna*».

Al insistir en estos años, especialmente en la *Novo millennio ineunte* (cf. nn. 23 ss.) y en la *Rosarium Virginis Mariae* (cf. nn. 9 ss.), sobre la contemplación del rostro de Cristo, he indicado a María como la gran maestra. En la encíclica sobre la Eucaristía la he presentado también como «Mujer eucarística» (cf. n. 53). ¿Quién

puede hacernos gustar la grandeza del misterio eucarístico mejor que María? Nadie cómo ella puede enseñarnos con qué fervor se han de celebrar los santos Misterios y cómo hemos estar en compañía de su Hijo escondido bajo las especies eucarísticas. Así pues, la imploro por todos vosotros, confiándole especialmente a los más ancianos, a los enfermos y a cuantos se encuentran en dificultad. En esta Pascua del Año de la Eucaristía me complace hacerme eco para todos vosotros de aquellas palabras dulces y confortantes de Jesús: «Ahí tienes a tu madre» (*Jn* 19, 27).

Con estos sentimientos, os bendigo a todos de corazón, deseándoos una intensa alegría pascual.

*Policlínico Gemelli, Roma, 13 de marzo, V domingo de Cuaresma, de 2005, vigésimo séptimo de Pontificado.*

JUAN PABLO II

## MENSAJE DE JUAN PABLO II PARA EL VÍA CRUCIS DEL COLISEO

*«Yo también ofrezco mis sufrimientos para que el diseño de Dios se realice»*

Queridos hermanos y hermanas:

Estoy espiritualmente con vosotros en el Coliseo, un lugar que me suscita tantos recuerdos y emociones para vivir el sugerente rito del Vía Crucis en esta noche del Viernes Santo.

Me uno a vosotros en esa invocación tan densa de significado: «Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi, quia per sanctam crucem tuam redemisti mundum». Sí, adoramos y bendecimos el misterio de la cruz del Hijo de Dios, pues precisamente de esa cruz ha surgido una nueva esperanza para la humanidad.

La adoración de la Cruz nos invita a un compromiso del que no podemos sustraernos: la misión que san Pablo expresaba con las palabras «completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia» (Colosenses 1, 24). Yo también ofrezco mis sufrimientos para que el diseño de Dios se realice y su palabra camine entre las gentes. También estoy cerca de cuantos, en este momento, están probados por el sufrimiento. Rezo por cada uno de ellos.

En este día memorial de Cristo crucificado contemplo y adoro con vosotros la Cruz y repito las palabras de la liturgia: «O crux, ave spes unica!». ¡Salve, Cruz, esperanza única, danos paciencia y valentía y alcanza la paz para el mundo!

Con estos sentimientos, os bendigo a todos vosotros y a cuantos participan en este Vía Crucis a través de la radio o la televisión.

Vaticano, 25 de marzo de 2005

IOANNES PAULUS II

### *Mensaje «Urbi et Orbi» de Juan Pablo II para Pascua de Resurrección*

#### «QUÉDATE CON NOSOTROS, PALABRA VIVIENTE DEL PADRE»

##### *1. Mane nobiscum, Domine!*

¡Quédate con nosotros, Señor! (cf. Lc 24,29). Con estas palabras, los discípulos de Emaús invitaron al misterioso Viandante a quedarse con ellos al caer de la tarde aquel primer día después del sábado en el que había ocurrido lo increíble.

Según la promesa, Cristo había resucitado; pero ellos aún no lo sabían. Sin embargo las palabras del Viandante durante el camino habían hecho poco a poco enardecer su corazón. Por eso lo invitaron: «Quédate con nosotros». Después, sentados en torno a la mesa para la cena, lo reconocieron «al partir el pan». Y, de repente, él desapareció. Ante ellos quedó el pan partido, y en su corazón la dulzura de sus palabras.

2. Queridos hermanos y hermanas, la Palabra y el Pan de la Eucaristía, misterio y don de la Pascua, permanecen en los siglos como memoria perenne de la pasión,



muerte y resurrección de Cristo. También nosotros hoy, Pascua de Resurrección, con todos los cristianos del mundo repetimos: Jesús, crucificado y resucitado, ¡quédate con nosotros!

Quédate con nosotros, amigo fiel y apoyo seguro de la humanidad en camino por las sendas del tiempo. Tú, Palabra viviente del Padre, infundes confianza y esperanza a cuantos buscan el sentido verdadero de su existencia.

Tú, Pan de vida eterna, alimentas al hombre hambriento de verdad, de libertad, de justicia y de paz.

3. Quédate con nosotros, Palabra viviente del Padre, y enséñanos palabras y gestos de paz: paz para la tierra consagrada por tu sangre y empapada con la sangre de tantas víctimas inocentes; paz para los Países de Oriente Medio y África, donde también se sigue derramando mucha sangre; paz para toda la humanidad, sobre la cual se cierne siempre el peligro de guerras fratricidas.

Quédate con nosotros, Pan de vida eterna, partido y distribuido a los comensales: danos también a nosotros la fuerza de una solidaridad generosa con las multitudes que, aun hoy, sufren y mueren de miseria y de hambre, diezmadas por epidemias mortíferas o arruinadas por enormes catástrofes naturales.

Por la fuerza de tu Resurrección, que ellas participen igualmente de una vida nueva.

4. También nosotros, hombres y mujeres del tercer milenio, tenemos necesidad de Ti, Señor resucitado. Quédate con nosotros ahora y hasta al fin de los tiempos. Haz que el progreso material de los pueblos nunca oscurezca los valores espirituales que son el alma de su civilización.

Ayúdanos, te rogamos, en nuestro camino. Nosotros creemos en Ti, en Ti esperamos, porque sólo Tú tienes palabras de vida eterna (cf. Jn 6,68).

*¡Mane nobiscum, Domine! ¡Alleluia!*

## MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II CON OCASIÓN DEL 60° ANIVERSARIO DE LA LIBERACIÓN DE LOS PRISIONEROS DE AUSCHWITZ

Se cumplen sesenta años de la liberación de los prisioneros del campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau. En esta circunstancia, no se puede por menos de volver con la memoria al drama que tuvo lugar allí, fruto trágico de un odio programado. Durante estos días es preciso recordar a los varios millones de personas que sin ninguna culpa soportaron sufrimientos inhumanos y fueron aniquiladas en las cámaras de gas y en los crematorios. Me inclino ante todos los que experimentaron aquella manifestación del *mysterium iniquitatis*.

Cuando, ya siendo Papa, visité como peregrino el campo de Auschwitz-Birkenau en el año 1979, me detuve ante las lápidas dedicadas a las víctimas. Había inscripciones en varias lenguas: polaca, inglesa, búlgara, gitana, checa, danesa, francesa, griega, hebrea, yiddish, española, flamenca, serbo-croata, alemana, noruega, rusa, rumana, húngara e italiana. En todas estas lenguas estaba escrito el recuerdo de las víctimas de Auschwitz, de personas concretas, aunque a menudo totalmente desconocidas: hombres, mujeres y niños. Me detuve entonces un buen rato junto a la lápida con la inscripción en hebreo. Dije: «Esta inscripción suscita el recuerdo del pueblo, cuyos hijos e hijas estaban destinados al exterminio total. Este pueblo tiene su origen en Abraham, que es también padre de nuestra fe (cf. *Rm* 4, 11-12), como dijo Pablo de Tarso. Precisamente este pueblo, que recibió de Dios el mandamiento de «no matar», ha experimentado en sí mismo, en medida particular, lo que significa matar. A nadie le es lícito pasar delante de esta lápida con indiferencia» (*Homilía* del 7 de junio de 1979, n. 2: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 17 de junio de 1979, p. 13).

Hoy repito esas palabras. Ante la tragedia de la Shoah a nadie le es lícito pasar de largo. Aquel intento de destruir de modo programado a todo un pueblo se extiende como una sombra sobre Europa y sobre el mundo entero; es un crimen que mancha para siempre la historia de la humanidad. Que esto sirva, al menos hoy y en el futuro, como una advertencia: no se debe ceder ante las ideologías que justifican la posibilidad de pisotear la dignidad humana a causa de la diversidad de raza, de color de la piel, de lengua o de religión. Dirijo este llamamiento a todos y, particularmente, a los que en nombre de la religión recurren al atropello y al terrorismo.

Estas reflexiones me acompañaron especialmente cuando, durante el gran jubileo del año 2000, la Iglesia celebró la solemne liturgia penitencial en la basílica de San Pedro, y también cuando fui como peregrino a los Santos Lugares y subí a Jerusalén. En el *Yad Vashem*, el memorial de la Shoah, y al pie del muro occidental del Templo, oré en silencio, pidiendo perdón y la conversión de los corazones.

Recuerdo que en 1979 reflexioné intensamente también delante de otras dos lápidas, escritas en ruso y en la lengua gitana. La historia de la participación de la Unión Soviética en aquella guerra fue compleja, pero no se puede por menos de recordar que durante la misma ningún pueblo sufrió tantas pérdidas humanas como

el ruso. También los gitanos, en la intención de Hitler, estaban destinados al exterminio total. No se puede subestimar el sacrificio de la vida impuesto a estos hermanos nuestros en el campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau. Por eso, exhorto de nuevo a no pasar con indiferencia ante esas lápidas.

Por último, me detuve ante la lápida escrita en lengua polaca. Dije entonces que la experiencia de Auschwitz constituía una «etapa más de las luchas seculares de esta nación, de mi nación, en defensa de sus derechos fundamentales entre los pueblos de Europa. Un nuevo fuerte grito por el derecho a un puesto propio en el mapa de Europa. Una dolorosa *cuenta con la conciencia de la humanidad*» (*ib.*).

La afirmación de esta verdad era sólo una invocación de la justicia histórica para esta nación, que había afrontado tantos sacrificios en la liberación del continente europeo de la nefasta ideología nazi, y que había sido vendida como esclava a otra ideología destructiva: el comunismo soviético.

Hoy repito aquellas palabras, sin renegarlas, para dar gracias a Dios, porque, con el esfuerzo perseverante de mis compatriotas, Polonia ha encontrado el lugar que le corresponde en el mapa de Europa. Deseo que este dato histórico dé frutos de enriquecimiento espiritual recíproco para todos los europeos.

Durante la visita a Auschwitz-Birkenau dije también que sería necesario detenerse ante todas las lápidas. Yo mismo lo hice, pasando en meditación orante de una lápida a otra y encomendando a la Misericordia divina a todas las víctimas pertenecientes a las naciones afectadas por las atrocidades de la guerra. Oré también para obtener, a través de su intercesión, el don de la paz para el mundo.

Sigo orando sin cesar, con la confianza de que, en toda circunstancia, al final vencerá el respeto a la dignidad de la persona humana, a los derechos de todo hombre a una búsqueda libre de la verdad, a la observancia de las normas de la moral y al cumplimiento de la justicia y del derecho de cada uno a condiciones de vida dignas del hombre (cf. Juan XXIII, *Pacem in terris*: AAS 55 [1963] 295-296).

Hablando de las víctimas de Auschwitz, no puedo por menos de recordar que, en medio de ese indescriptible cúmulo de mal, hubo también expresiones heroicas de adhesión al bien. Ciertamente, numerosas personas aceptaron con libertad de espíritu someterse al sufrimiento y demostraron amor no sólo a sus compañeros prisioneros, sino también a sus verdugos. Muchos lo hicieron por amor a Dios y al hombre; otros, en nombre de los valores espirituales más elevados. Gracias a su actitud se ha hecho patente una verdad que a menudo aparece en la Biblia: aunque el hombre es capaz de hacer el mal, a veces un mal enorme, el mal no tendrá la última palabra. Incluso en el abismo del sufrimiento puede triunfar el amor. El testimonio de este amor, dado en Auschwitz, no puede caer en el olvido. Debe despertar incesantemente las conciencias, extinguir los conflictos y exhortar a la paz.

Este es sin duda el sentido más profundo de la celebración de este aniversario. En efecto, si estamos recordando el drama de las víctimas, no lo hacemos para volver a abrir heridas dolorosas, ni para suscitar sentimientos de odio y deseos de venganza, sino para rendir homenaje a aquellas personas, para mostrar la verdad histórica y,

sobre todo, para que todos se den cuenta de que aquellos hechos tenebrosos deben ser para los hombres de hoy una llamada a la responsabilidad en la construcción de nuestra historia. ¡Que jamás se repita, en ningún rincón de la tierra, lo que sufrieron hombres y mujeres a quienes lloramos desde hace sesenta años!

Envío mi saludo a cuantos participan en las celebraciones del aniversario y pido a Dios para todos el don de su bendición.

*Vaticano, 15 de enero de 2005*

## **MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LA REUNIÓN DEL CONSEJO ESPECIAL PARA ÁFRICA DE LA SECRETARÍA GENERAL DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS**

*A monseñor NIKOLA ETEROVIC*

*Secretario general del Sínodo de los obispos*

Al celebrarse la reunión del Consejo especial para África de la Secretaría general del Sínodo de los obispos, le dirijo un saludo muy particular a usted, así como a todos los participantes en ese encuentro. Quiero reafirmar mi gratitud por la importante obra que ya habéis realizado y seguís realizando al servicio de la Iglesia en África.

A ese Consejo, elegido por los padres sinodales al final de la Asamblea especial para África en 1994, se le confía ahora la tarea de preparar la segunda Asamblea especial para África del Sínodo de los obispos. Esta asamblea, constatando el dinamismo surgido de la primera experiencia sinodal africana, debe tratar de profundizarla y prolongarla, apoyándose en la exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Africa*, y teniendo en cuenta las nuevas circunstancias eclesiales y sociales del continente. Tendrá por tarea sostener a las Iglesias locales y a sus pastores, y ayudarles en sus proyectos pastorales, preparando así el futuro de la Iglesia en el continente africano, que vive situaciones difíciles, tanto en los ámbitos político, económico y social, como en lo que concierne a la paz.

Damos gracias a Dios por el notable desarrollo que ha tenido la Iglesia católica en África durante los últimos diez años. Para que prosiga este crecimiento, exhorto a los obispos a promover la profundización espiritual de lo que ya se ha realizado, así como la maduración humana y cristiana del clero y de los laicos. Me alegra el compromiso de numerosos fieles en la obra urgente de evangelización y en el desarrollo social de los diferentes países del continente.

Sin embargo, África afronta todavía terribles calamidades, como los conflictos armados, la pobreza persistente, las enfermedades y sus devastadoras consecuencias, comenzando por el drama social del sida, la inseguridad generalizada y, por último, la corrupción existente en numerosas regiones.

Todo esto debilita a África, agota sus energías, diezma sus nuevas generaciones e hipoteca su porvenir. Para construir una sociedad próspera y estable, África necesita a todos sus hijos y los esfuerzos de todos; y me consta que en esa obra ya participan, con generosidad y abnegación, los hijos y las hijas de la Iglesia, estimulando con su ejemplo a sus hermanos africanos.

Ojalá que la futura Asamblea especial para África del Sínodo de los obispos favorezca también un fortalecimiento de la fe en Cristo Salvador y una auténtica reconciliación. El Año de la Eucaristía, que estamos celebrando, es un momento particularmente oportuno para reforzar o restablecer la comunión en las relaciones entre las personas, entre los grupos humanos o religiosos, así como entre las naciones, en las diversas regiones de África.

Encomendándolo a la intercesión materna de Nuestra Señora de África, le imparto de todo corazón a usted, así como a todos los participantes en la reunión del Consejo especial para África, una afectuosa bendición apostólica.

Vaticano, 23 de febrero de 2005

## **MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LA ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS**

*Al señor cardenal FRANCIS ARINZE*

*Prefecto de la Congregación*

para el culto divino y la disciplina de los sacramentos

1. Me complace hacerle llegar, venerado hermano, un cordial saludo, extensivo a los señores cardenales, arzobispos, obispos y sacerdotes, reunidos para la asamblea plenaria de esa Congregación. Soy consciente de que en la reunión se están afrontando temas de gran interés, que encuadran perfectamente también con la tarea de este especial Año de la Eucaristía.

Expreso a todos mi afectuosa cercanía. Algunos de los participantes en la asamblea plenaria colaboran desde hace años en la vida del dicasterio, mientras otros han sido llamados recientemente a esta responsabilidad. Es hermoso constatar que, con los recientes nombramientos, la Congregación no sólo ve acrecentarse el número de sus miembros, sino que también resulta más representativa de la Iglesia, extendida por todos los continentes.

A cada uno le expreso mi gratitud. De forma particular, deseo manifestar mi reconocimiento a usted, señor cardenal, por las palabras de afecto y la seguridad de una oración especial, que me ha hecho llegar en nombre de todos, así como por su generosa dedicación en la dirección del dicasterio.

2. En la presente sesión, sobre todo, se ha dirigido una especial atención al trabajo realizado en los últimos años por la Congregación, en sintonía con las directrices pastorales que he indicado a todo el pueblo de Dios, invitándolo a dedicarse cada vez más al «arte de la oración» (cf. *Novo millennio ineunte*, 35). Agradezco especialmente a la Congregación que haya secundado con rapidez las indicaciones de la encíclica *Ecclesia de Eucharistia* y de la carta apostólica *Mane nobiscum Domine*, preparando primero la Instrucción *Redemptionis Sacramentum* y, después, *Sugerencias y propuestas* para el Año de la Eucaristía. Deseo que, también gracias a estos documentos, la comunidad cristiana crezca en el amor al Santísimo Sacramento y se le ayude a celebrar cada vez más dignamente el sacrificio eucarístico, en conformidad con las normas litúrgicas y, sobre todo, con una auténtica participación interior.

3. Desde esta perspectiva, reviste gran importancia el tema del *ars celebrandi*, que está en el orden del día de la asamblea plenaria, sobre el que se reflexiona a la luz de la visión teológica de la liturgia, tal como aparece en la constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium*. La liturgia es acción que Cristo mismo realiza, como sumo y eterno Sacerdote de la Nueva Alianza, implicando a todo su Cuerpo místico (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 7). Sobre todo en la celebración eucarística, representación viva del misterio pascual, Cristo está presente y se participa y comparte su acción en la manera apropiada a nuestra humanidad, necesitada de palabras, signos y ritos. La eficacia de tal acción es fruto de la obra del Espíritu Santo, pero exige, también, la respuesta humana. El *ars celebrandi* expresa, en efecto, la capacidad de los ministros ordenados y de toda la asamblea, reunida para la celebración, de realizar y vivir el sentido de cada acto litúrgico. Es un arte que debe unirse al compromiso de contemplación y de coherencia cristiana. Por medio de los ritos y las oraciones, es preciso dejarse alcanzar y penetrar íntimamente por el misterio.

4. Acertadamente, se ha dado una atención especial a la *homilía*, presentada por el Concilio como parte integrante de la acción litúrgica, al servicio de la palabra de Dios (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 52). La homilía tiene una fisonomía diversa de la catequesis normal, y compromete al que la pronuncia a una doble responsabilidad: con respecto a la Palabra y ante la asamblea. La homilía debe favorecer el encuentro, lo más íntimo y provechoso posible, entre Dios que habla y la comunidad que escucha. Es importante que no falte especialmente en la eucaristía dominical. En el contexto de la nueva evangelización, la homilía constituye una valiosa oportunidad de formación, para muchos única.

5. Otro tema propuesto a la atención de la plenaria es el de la *formación litúrgica*, componente fundamental de la preparación de los futuros presbíteros y de los diáconos, de los ministros instituidos y de los religiosos; pero también una dimensión permanente de la catequesis para todos los fieles. Es urgente que en las comunidades parroquiales, en las asociaciones y en los movimientos eclesiales se aseguren itinerarios de formación adecuados para que la liturgia se conozca mejor en la riqueza de su lenguaje y se viva plenamente. En la medida en que se realice esto, se experimentarán efectos benéficos en la vida personal y comunitaria.

6. Por tanto, animo a vuestro dicasterio a perseverar, en cordial y confiada colaboración con las Conferencias episcopales y con cada uno de los obispos, en la tarea de promoción de la liturgia. La reforma litúrgica del concilio Vaticano II ha producido grandes frutos, pero conviene pasar «de la renovación a la profundización» (carta apostólica *Spiritus et Sponsa*, 6), para que la liturgia pueda incidir, cada vez más, en la vida de los individuos y de las comunidades, convirtiéndose en fuente de santidad, de comunión y de impulso misionero.

Es notable la tarea que se confía al dicasterio que usted, señor cardenal, preside. La acción del Espíritu Santo y la asistencia materna de María hagan fecundo cada uno de vuestros esfuerzos. Yo os acompaño con mi oración, mientras de corazón os bendigo a todos vosotros y a cuantos colaboran en las múltiples actividades del dicasterio.

*Policlínico Gemelli, 3 de marzo de 2005*

**MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS PARTICIPANTES EN LA III JORNADA EUROPEA DE LOS UNIVERSITARIOS DURANTE UNA VIGILIA MARIANA**

*Sábado 5 de marzo de 2005*

*Amadísimos jóvenes universitarios:*

1. A todos vosotros, reunidos en la sala Pablo VI para una vigilia mariana, os dirijo mi cordial saludo. No puedo estar presente en medio de vosotros, pero estoy igualmente cercano con el afecto y la oración. Extiendo mi saludo a vuestros coetáneos que, con ocasión de la III Jornada europea de los universitarios, participan en el encuentro mediante conexiones televisivas especiales. Bari en Italia, y luego Berlín, Bucarest, Lisboa, Zagreb, Londres, Tirana, Madrid y Kiev: Europa está idealmente comprometida en este importante momento de oración y de reflexión, como preparación para la próxima Jornada mundial de la juventud, que tendrá lugar precisamente en el centro del continente europeo, en Colonia.

2. Me alegro de que, como estudiantes, hayáis querido ofrecer vuestra contribución específica a la preparación de una cita tan significativa de la juventud mundial con esta reunión, que tiene por tema: «La búsqueda intelectual como camino para encontrar a Cristo». No existe contradicción entre la fe y la razón. Lo demuestra también la experiencia de los santos Magos, que llegaron a Belén utilizando estas dos dimensiones del espíritu humano: la inteligencia, que escruta los signos, y la fe, que lleva a adorar el misterio. Para afrontar el largo y fatigoso viaje en busca del Mesías no bastaba la razón; se requería también la fe en el signo de la estrella para llegar a la meta. La esperanza y el deseo ardiente de los Magos no fueron vanos. En Belén buscaron al Niño Jesús y, una vez llegados ante él, la inteligencia necesitó de la fe para reconocer en aquel humilde Hijo del hombre al esperado Mesías anunciado por los profetas a lo largo del Antiguo Testamento.

3. Amadísimos jóvenes, que os anime siempre el deseo de descubrir la verdad de vuestra existencia. Que la fe y la razón sean las dos alas que os conduzcan a Cristo, verdad de Dios y verdad del hombre. En él encontraréis la paz y la alegría. Que Cristo sea el centro de toda vuestra existencia. Este es mi deseo más sincero, que os expreso de corazón a todos, acompañándolo con la seguridad de mi oración.

En este primer sábado del mes os encomiendo, de modo especial, a la guía materna de María santísima: que ella os enseñe cómo seguir fielmente a Jesús hasta la cruz y experimentar la alegría de la resurrección.

Con estos sentimientos, os bendigo a todos. ¡Feliz Pascua y buen camino hacia Colonia!

*Hospital policlínico Gemelli, 5 de marzo de 2005*



**IGLESIA UNIVERSAL****VÍA CRUCIS EN EL COLISEO. VIERNES SANTO 2005. MEDITACIONES Y ORACIONES DEL CARDENAL JOSEPH RATZINGER****PRESENTACIÓN**

El tema central de este Vía crucis se indica ya al comienzo, en la oración inicial, y después de nuevo en la XIV estación. Es lo que dijo Jesús el Domingo de Ramos, inmediatamente después de su ingreso en Jerusalén, respondiendo a la solicitud de algunos griegos que deseaban verle: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, dará mucho fruto» (Jn 12, 24). De este modo, el Señor interpreta todo su itinerario terrenal como el proceso del grano de trigo, que solamente mediante la muerte llega a producir fruto. Interpreta su vida terrenal, su muerte y resurrección, en la perspectiva de la Santísima Eucaristía, en la cual se sintetiza todo su misterio. Puesto que ha consumado su muerte como ofrecimiento de sí, como acto de amor, su cuerpo ha sido transformado en la nueva vida de la resurrección. Por eso él, el Verbo hecho carne, es ahora el alimento de la auténtica vida, de la vida eterna. El Verbo eterno –la fuerza creadora de la vida– ha bajado del cielo, convirtiéndose así en el verdadero maná, en el pan que se ofrece al hombre en la fe y en el sacramento. De este modo, el Vía crucis es un camino que se adentra en el misterio eucarístico: la devoción popular y la piedad sacramental de la Iglesia se enlazan y compenetran mutuamente. La oración del Vía crucis puede entenderse como un camino que conduce a la comunión profunda, espiritual, con Jesús, sin la cual la comunión sacramental quedaría vacía. El Vía crucis se muestra, pues, como recorrido «mistagógico».

A esta visión del Vía crucis se contrapone una concepción meramente sentimental, de cuyos riesgos el Señor, en la VIII estación, advierte a las mujeres de Jerusalén que lloran por él. No basta el simple sentimiento; el Vía crucis debería ser una escuela de fe, de esa fe que por su propia naturaleza «actúa por la caridad» (Ga 5, 6). Lo cual no quiere decir que se deba excluir el sentimiento. Para los Padres de la Iglesia, una carencia básica de los paganos era precisamente su insensibilidad; por eso les recuerdan la visión de Ezequiel, el cual anuncia al pueblo de Israel la promesa de Dios, que quitaría de su carne el corazón de piedra y les daría un corazón de carne (cf. Ez 11, 19). El Vía crucis nos muestra un Dios que padece él mismo los sufrimientos de los hombres, y cuyo amor no permanece impasible y alejado, sino que viene a estar con nosotros, hasta su muerte en la cruz (cf. Flp 2, 8). El Dios que comparte nuestras amarguras, el Dios que se ha hecho hombre para llevar nuestra cruz, quiere transformar nuestro corazón de piedra y llamarnos a compartir también el sufrimiento de los demás; quiere darnos un «corazón de carne» que no sea insensible ante la desgracia ajena, sino que sienta compasión y nos lleve al amor que cura y socorre. Esto nos hace pensar de nuevo en la imagen de Jesús acerca del grano, que él mismo transforma en

la fórmula básica de la existencia cristiana: «El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna» (Jn 12, 25; cf. Mt 16, 25; Mc 8, 35; Lc 9, 24; 17, 33: «El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará»). Así se explica también el significado de la frase que, en los Evangelios sinópticos, precede a estas palabras centrales de su mensaje: «El que quiera venir conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga» (Mt 16, 24). Con todas estas expresiones, Jesús mismo ofrece la interpretación del Vía crucis, nos enseña cómo hemos de rezarlo y seguirlo: es el camino del perderse a sí mismo, es decir, el camino del amor verdadero. Él ha ido por delante en este camino, el que nos quiere enseñar la oración del Vía crucis. Volvemos así al grano de trigo, a la santísima Eucaristía, en la cual se hace continuamente presente entre nosotros el fruto de la muerte y resurrección de Jesús. En ella Jesús camina con nosotros, en cada momento de nuestra vida de hoy, como aquella vez con los discípulos de Emaús.

### ORACIÓN INICIAL

*En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.*

*R. Amen.*

Señor Jesucristo, has aceptado por nosotros correr la suerte del grano de trigo que cae en tierra y muere para producir mucho fruto (Jn 12, 24). Nos invitas a seguirte cuando dices: «El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna» (Jn 12, 25). Sin embargo, nosotros nos aferramos a nuestra vida. No queremos abandonarla, sino guardarla para nosotros mismos. Queremos poseerla, no ofrecerla. Tú te adelantas y nos muestras que sólo entregándola salvamos nuestra vida. Mediante este ir contigo en el Vía crucis quieres guiarnos hacia el proceso del grano de trigo, hacia el camino que conduce a la eternidad. La cruz –la entrega de nosotros mismos– nos pesa mucho. Pero en tu Vía crucis tú has cargado también con mi cruz, y no lo has hecho en un momento ya pasado, porque tu amor es por mi vida de hoy. La llevas hoy conmigo y por mí y, de una manera admirable, quieres que ahora yo, como entonces Simón de Cirene, lleve contigo tu cruz y que, acompañándote, me ponga contigo al servicio de la redención del mundo. Ayúdame para que mi Vía crucis sea algo más que un momentáneo sentimiento de devoción. Ayúdanos a acompañarte no sólo con nobles pensamientos, sino a recorrer tu camino con el corazón, más aún, con los pasos concretos de nuestra vida cotidiana. Que nos encaminemos con todo nuestro ser por la vía de la cruz y sigamos siempre tu huellas. Líbranos del temor a la cruz, del miedo a las burlas de los demás, del miedo a que se nos pueda escapar nuestra vida si no aprovechamos con afán todo lo que nos ofrece. Ayúdanos a desenmascarar las tentaciones que prometen vida, pero cuyos resultados, al final, sólo nos dejan vacíos y frustrados. Que en vez de querer apoderarnos de la vida, la entreguemos. Ayúdanos, al acompañarte en este itinerario del grano de trigo, a encontrar, en el «perder la vida», la vía del amor, la vía que verdaderamente nos da la vida, y vida en abundancia (Jn 10, 10).

**PRIMERA ESTACIÓN*****Jesús es condenado a muerte***

*Lectura del Evangelio según San Mateo 27, 22-23.26*

Pilato les preguntó: «¿y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?» Contestaron todos: «¡que lo crucifiquen!» Pilato insistió: «¿pues ¿qué mal ha hecho?» Pero ellos gritaban más fuerte: «¡que lo crucifiquen!» Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

**MEDITACIÓN**

El Juez del mundo, que un día volverá a juzgarnos, está allí, humillado, deshonrado e indefenso delante del juez terreno. Pilato no es un monstruo de maldad. Sabe que este condenado es inocente; busca el modo de liberarlo. Pero su corazón está dividido. Y al final prefiere su posición personal, su propio interés, al derecho. También los hombres que gritan y piden la muerte de Jesús no son monstruos de maldad. Muchos de ellos, el día de Pentecostés, sentirán «el corazón compungido» (Hch 2, 37), cuando Pedro les dirá: «Jesús Nazareno, que Dios acreditó ante vosotros [...], lo matasteis en una cruz...» (Hch 2, 22 ss). Pero en aquel momento están sometidos a la influencia de la muchedumbre. Gritan porque gritan los demás y como gritan los demás. Y así, la justicia es pisoteada por la bellaquería, por la pusilaminidad, por miedo a la prepotencia de la mentalidad dominante. La sutil voz de la conciencia es sofocada por el grito de la muchedumbre. La indecisión, el respeto humano dan fuerza al mal.

**ORACIÓN**

Señor, has sido condenado a muerte porque el miedo al «qué dirán» ha sofocado la voz de la conciencia. Sucede siempre así a lo largo de la historia; los inocentes son maltratados, condenados y asesinados. Cuántas veces hemos preferido también nosotros el éxito a la verdad, nuestra reputación a la justicia. Da fuerza en nuestra vida a la sutil voz de la conciencia, a tu voz. Mírame como lo hiciste con Pedro después de la negación. Que tu mirada penetre en nuestras almas y nos indique el camino en nuestra vida. El día de Pentecostés has conmovido en corazón e infundido el don de la conversión a los que el Viernes Santo gritaron contra ti. De este modo nos has dado esperanza a todos. Danos también a nosotros de nuevo la gracia de la conversión.

**SEGUNDA ESTACIÓN*****Jesús con la cruz a cuestas***

*Lectura del Evangelio según San Mateo 27, 27-31*

Los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la compañía: lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y trenzando una corona de espinas se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y doblando ante él la rodilla, se burlaban de él diciendo: «¡Salve, Rey de los judíos!».

Luego lo escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella en la cabeza. Y terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar.

### *MEDITACIÓN*

Jesús, condenado por declararse rey, es escarnecido, pero precisamente en la burla emerge cruelmente la verdad. ¡Cuántas veces los signos de poder ostentados por los potentes de este mundo son un insulto a la verdad, a la justicia y a la dignidad del hombre! Cuántas veces sus ceremonias y sus palabras grandilocuentes, en realidad, no son más que mentiras pomposas, una caricatura de la tarea a la que se deben por su oficio, el de ponerse al servicio del bien. Jesús, precisamente por ser escarnecido y llevar la corona del sufrimiento, es el verdadero rey. Su cetro es la justicia (Sal 44, 7). El precio de la justicia es el sufrimiento en este mundo: él, el verdadero rey, no reina por medio de la violencia, sino a través del amor que sufre por nosotros y con nosotros. Lleva sobre sí la cruz, nuestra cruz, el peso de ser hombres, el peso del mundo. Así es como nos precede y nos muestra cómo encontrar el camino para la vida eterna.

### *ORACIÓN*

Señor, te has dejado escarnecer y ultrajar. Ayúdanos a no unirnos a los que se burlan de quienes sufren o son débiles. Ayúdanos a reconocer tu rostro en los humillados y marginados. Ayúdanos a no desanimarnos ante las burlas del mundo cuando se ridiculiza la obediencia a tu voluntad. Tú has llevado la cruz y nos has invitado a seguirte por ese camino (Mt 10, 38). Danos fuerza para aceptar la cruz, sin rechazarla; para no lamentarnos ni dejar que nuestros corazones se abatan ante las dificultades de la vida. Anímanos a recorrer el camino del amor y, aceptando sus exigencias, alcanzar la verdadera alegría.

### *TERCERA ESTACIÓN*

#### *Jesús cae por primera vez*

*Lectura del libro del profeta Isaías 53, 4-6*

Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable vino sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino, y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes.

### *MEDITACIÓN*

El hombre ha caído y cae siempre de nuevo: cuántas veces se convierte en una caricatura de sí mismo y, en vez de ser imagen de Dios, ridiculiza al Creador. ¿No es acaso la imagen por excelencia del hombre la de aquel que, bajando de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de los salteadores que lo despojaron dejándolo medio muerto, sangrando al borde del camino? Jesús que cae bajo la cruz no es sólo un hombre extenuado por la flagelación. El episodio resalta algo más

profundo, como dice Pablo en la carta a los Filipenses: «Él, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2, 6-8). En su caída bajo el peso de la cruz aparece todo el itinerario de Jesús: su humillación voluntaria para liberarnos de nuestro orgullo. Subraya a la vez la naturaleza de nuestro orgullo: la soberbia que nos induce a querer emanciparnos de Dios, a ser sólo nosotros mismos, sin necesidad del amor eterno y aspirando a ser los únicos artífices de nuestra vida. En esta rebelión contra la verdad, en este intento de hacernos dioses, nuestros propios creadores y jueces, nos hundimos y terminamos por autodestruirnos. La humillación de Jesús es la superación de nuestra soberbia: con su humillación nos ensalza. Dejemos que nos ensalce. Despojémonos de nuestra autosuficiencia, de nuestro engañoso afán de autonomía y aprendamos de él, del que se ha humillado, a encontrar nuestra verdadera grandeza, humillándonos y dirigiéndonos hacia Dios y los hermanos oprimidos.

#### ORACIÓN

Señor Jesús, el peso de la cruz te ha hecho caer. El peso de nuestro pecado, el peso de nuestra soberbia, te derriba. Pero tu caída no es signo de un destino adverso, no es la pura y simple debilidad de quien es despreciado. Has querido venir a socorrernos porque a causa de nuestra soberbia yacemos en tierra. La soberbia de pensar que podemos forjarnos a nosotros mismos lleva a transformar al hombre en una especie de mercancía, que puede ser comprada y vendida, una reserva de material para nuestros experimentos, con los cuales esperamos superar por nosotros mismos la muerte, mientras que, en realidad, no hacemos más que mancillar cada vez más profundamente la dignidad humana. Señor, ayúdanos porque hemos caído. Ayúdanos a renunciar a nuestra soberbia destructiva y, aprendiendo de tu humildad, a levantarnos de nuevo.

#### CUARTA ESTACIÓN

##### *Jesús se encuentra con su Madre*

*Lectura del Evangelio según San Lucas 2, 34-35.51*

Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: «Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a tí, una espada te traspasará el alma». Su madre conservaba todo esto en su corazón.

#### MEDITACIÓN

En el Vía crucis de Jesús está también María, su Madre. Durante su vida pública debía retirarse para dejar que naciera la nueva familia de Jesús, la familia de sus discípulos. También hubo de oír estas palabras: «¿Quién es mi madre y quiénes son

mis hermanos?... El que cumple la voluntad de mi Padre del cielo, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre» (Mt 12, 48-50). Y esto muestra que ella es la Madre de Jesús no solamente en el cuerpo, sino también en el corazón. Porque incluso antes de haberlo concebido en el vientre, con su obediencia lo había concebido en el corazón. Se le había dicho: «Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo... Será grande..., el Señor Dios le dará el trono de David su padre» (Lc 1, 31 ss). Pero poco más tarde el viejo Simeón le diría también: «y a ti, una espada te traspasará el alma» (Lc 2, 35). Esto le haría recordar palabras de los profetas como éstas: «Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría boca; como un cordero llevado al matadero» (Is 53, 7). Ahora se hace realidad. En su corazón habrá guardado siempre la palabra que el ángel le había dicho cuando todo comenzó: «No temas, María» (Lc 1, 30). Los discípulos han huido, ella no. Está allí, con el valor de la madre, con la fidelidad de la madre, con la bondad de la madre, y con su fe, que resiste en la oscuridad: «Bendita tú que has creído» (Lc 1, 45). «Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?» (Lc 18, 8). Sí, ahora ya lo sabe: encontrará fe. Éste es su gran consuelo en aquellos momentos.

#### ORACIÓN

Santa María, Madre del Señor, has permanecido fiel cuando los discípulos huyeron. Al igual que creíste cuando el ángel te anunció lo que parecía increíble –que serías la madre del Altísimo– también has creído en el momento de su mayor humillación. Por eso, en la hora de la cruz, en la hora de la noche más oscura del mundo, te han convertido en la Madre de los creyentes, Madre de la Iglesia. Te rogamos que nos enseñes a creer y nos ayudes para que la fe nos impulse a servir y dar muestras de un amor que socorre y sabe compartir el sufrimiento.

#### QUINTA ESTACIÓN

##### *El Cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz*

*Lectura Evangelio según San Mateo 27, 32; 16, 24*

Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a que llevara la cruz.

Jesús había dicho a sus discípulos: «El que quiera venir conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga».

#### MEDITACIÓN

Simón de Cirene, de camino hacia casa volviendo del trabajo, se encuentra casualmente con aquella triste comitiva de condenados, un espectáculo quizás habitual para él. Los soldados usan su derecho de coacción y cargan al robusto campesino con la cruz. ¡Qué enojo debe haber sentido al verse improvisamente implicado en el destino de aquellos condenados! Hace lo que debe hacer, ciertamente con mucha repugnancia. El evangelista Marcos menciona también a sus hijos, seguramente conocidos como

cristianos, como miembros de aquella comunidad (Mc 15, 21). Del encuentro involuntario ha brotado la fe. Acompañando a Jesús y compartiendo el peso de la cruz, el Cireneo comprendió que era una gracia poder caminar junto a este Crucificado y socorrerlo. El misterio de Jesús sufriente y mudo le llegó al corazón. Jesús, cuyo amor divino es lo único que podía y puede redimir a toda la humanidad, quiere que compartamos su cruz para completar lo que aún falta a sus padecimientos (Col 1, 24). Cada vez que nos acercamos con bondad a quien sufre, a quien es perseguido o está indefenso, compartiendo su sufrimiento, ayudamos a llevar la misma cruz de Jesús. Y así alcanzamos la salvación y podemos contribuir a la salvación del mundo.

### ORACIÓN

Señor, a Simón de Cirene le has abierto los ojos y el corazón, dándole, al compartir la cruz, la gracia de la fe. Ayúdanos a socorrer a nuestro prójimo que sufre, aunque esto contraste con nuestros proyectos y nuestras simpatías. Danos la gracia de reconocer como un don el poder compartir la cruz de los otros y experimentar que así caminamos contigo. Danos la gracia de reconocer con gozo que, precisamente compartiendo tu sufrimiento y los sufrimientos de este mundo, nos hacemos servidores de la salvación, y que así podemos ayudar a construir tu cuerpo, la Iglesia.

### SEXTA ESTACIÓN

#### *La Verónica enjuga el rostro de Jesús*

*Lectura del libro del profeta Isaías 53, 2-3*

No tenía figura ni belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado por los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros; despreciado y desestimado.

*Del libro de los Salmos 26, 8-9*

Oigo en mi corazón: «Buscad mi rostro». Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro. No rechaces con ira a tu siervo, que tú eres mi auxilio; no me deseches, no me abandones, Dios de mi salvación.

### MEDITACIÓN

«Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro » (Sal 26, 8-9). Verónica – Berenice, según la tradición griega– encarna este anhelo que acomuna a todos los hombres píos del Antiguo Testamento, el anhelo de todos los creyentes de ver el rostro de Dios. Ella, en principio, en el Vía crucis de Jesús no hace más que prestar un servicio de bondad femenina: ofrece un paño a Jesús. No se deja contagiar ni por la brutalidad de los soldados, ni inmovilizar por el miedo de los discípulos. Es la imagen de la mujer buena que, en la turbación y en la oscuridad del corazón, mantiene el brío de la bondad, sin permitir que su corazón se oscurezca. «Bienaventurados los limpios de corazón –había dicho el Señor en el Sermón de la montaña–, porque verán a Dios» (Mt 5, 8). Inicialmente, Verónica ve solamente un rostro maltratado y marcado por el dolor. Pero el acto de amor imprime en su corazón la verdadera imagen de Jesús: en el rostro

humano, lleno de sangre y heridas, ella ve el rostro de Dios y de su bondad, que nos acompaña también en el dolor más profundo. Únicamente podemos ver a Jesús con el corazón. Solamente el amor nos deja ver y nos hace puros. Sólo el amor nos permite reconocer a Dios, que es el amor mismo.

#### ORACIÓN

Danos, Señor, la inquietud del corazón que busca tu rostro. Protégenos de la oscuridad del corazón que ve solamente la superficie de las cosas. Danos la sencillez y la pureza que nos permiten ver tu presencia en el mundo. Cuando no seamos capaces de cumplir grandes cosas, danos la fuerza de una bondad humilde. Graba tu rostro en nuestros corazones, para que así podamos encontrarte y mostrar al mundo tu imagen.

#### SÉPTIMA ESTACIÓN

##### *Jesús cae por segunda vez*

*Lectura del libro de las Lamentaciones 3, 1-2.9.16*

Yo soy el hombre que ha visto la miseria bajo el látigo de su furor. El me ha llevado y me ha hecho caminar en tinieblas y sin luz. Ha cercado mis caminos con piedras sillares, ha torcido mis senderos. Ha quebrado mis dientes con guijarro, me ha revolcado en la ceniza.

#### MEDITACIÓN

La tradición de las tres caídas de Jesús y del peso de la cruz hace pensar en la caída de Adán –en nuestra condición de seres caídos– y en el misterio de la participación de Jesús en nuestra caída. Ésta adquiere en la historia formas siempre nuevas. En su primera carta, san Juan habla de tres obstáculos para el hombre: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Interpreta de este modo, desde la perspectiva de los vicios de su tiempo, con todos sus excesos y perversiones, la caída del hombre y de la humanidad. Pero podemos pensar también en cómo la cristiandad, en la historia reciente, como cansándose de tener fe, ha abandonado al Señor: las grandes ideologías y la superficialidad del hombre que ya no cree en nada y se deja llevar simplemente por la corriente, han creado un nuevo paganismo, un paganismo peor que, queriendo olvidar definitivamente a Dios, ha terminado por desentenderse del hombre. El hombre, pues, está sumido en la tierra. El Señor lleva este peso y cae y cae, para poder venir a nuestro encuentro; él nos mira para que despierte nuestro corazón; cae para levantarnos.

#### ORACIÓN

Señor Jesucristo, has llevado nuestro peso y continúas llevándolo. Es nuestra carga la que te hace caer. Pero levántanos tú, porque solos no podemos reincorporarnos. Líbranos del poder de la concupiscencia. En lugar de un corazón de piedra danos de nuevo un corazón de carne, un corazón capaz de ver. Destruye el poder



de las ideologías, para que los hombres puedan reconocer que están entretejidas de mentiras. No permitas que el muro del materialismo llegue a ser insuperable. Haz que te reconozcamos de nuevo. Haznos sobrios y vigilantes para poder resistir a las fuerzas del mal y ayúdanos a reconocer las necesidades interiores y exteriores de los demás, a socorrerlos. Levántanos para poder levantar a los demás. Danos esperanza en medio de toda esta oscuridad, para que seamos portadores de esperanza para el mundo.

### **OCTAVA ESTACIÓN**

#### ***Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén***

*Lectura del Evangelio según San Lucas 23, 28-31*

Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que llegará el día en que dirán: «dichosas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado». Entonces empezarán a decirles a los montes: «Desplomaos sobre nosotros»; y a las colinas: «Sepultadnos»; porque si así tratan al leño verde, ¿qué pasará con el seco?

#### **MEDITACIÓN**

Oír a Jesús cuando exhorta a las mujeres de Jerusalén que lo siguen y lloran por él, nos hace reflexionar. ¿Cómo entenderlo? ¿Se tratará quizás de una advertencia ante una piedad puramente sentimental, que no llega a ser conversión y fe vivida? De nada sirve compadecer con palabras y sentimientos los sufrimientos de este mundo, si nuestra vida continúa como siempre. Por esto el Señor nos advierte del riesgo que corremos nosotros mismos. Nos muestra la gravedad del pecado y la seriedad del juicio. No obstante todas nuestras palabras de preocupación por el mal y los sufrimientos de los inocentes, ¿no estamos tal vez demasiado inclinados a dar escasa importancia al misterio del mal? En la imagen de Dios y de Jesús al final de los tiempos, ¿no vemos quizás únicamente el aspecto dulce y amoroso, mientras descuidamos tranquilamente el aspecto del juicio? ¿Cómo podrá Dios –pensamos– hacer de nuestra debilidad un drama? ¡Somos solamente hombres! Pero ante los sufrimientos del Hijo vemos toda la gravedad del pecado y cómo debe ser expiado del todo para poder superarlo. No se puede seguir quitando importancia al mal contemplando la imagen del Señor que sufre. También él nos dice: «No lloréis por mí; llorad más bien por vosotros... porque si así tratan al leño verde, ¿qué pasará con el seco?»

#### **ORACIÓN**

Señor, a las mujeres que lloran les has hablado de penitencia, del día del Juicio cuando nos encontremos en tu presencia, en presencia del Juez del mundo. Nos llamas a superar un concepción del mal como algo banal, con la cual nos tranquilizamos para poder continuar nuestra vida de siempre. Nos muestras la gravedad de

nuestra responsabilidad, el peligro de encontrarnos culpables y estériles en el Juicio. Haz que caminemos junto a ti sin limitarnos a ofrecerte sólo palabras de compasión. Conviértenos y danos una vida nueva; no permitas que, al final, nos quedemos como el leño seco, sino que lleguemos a ser sarmientos vivos en ti, la vid verdadera, y que produzcamos frutos para la vida eterna (cf. Jn 15, 1-10).

### **NOVENA ESTACIÓN**

#### ***Jesús cae por tercera vez***

*Lectura del libro de las Lamentaciones 3, 27-32*

Bueno es para el hombre soportar el yugo desde su juventud. Que se sienta solitario y silencioso, cuando el Señor se lo impone; que ponga su boca en el polvo: quizá haya esperanza; que tienda la mejilla a quien lo hiere, que se harte de oprobios. Porque el Señor no desecha para siempre a los humanos: si llega a afligir, se apiada luego según su inmenso amor.

#### **MEDITACIÓN**

¿Qué puede decirnos la tercera caída de Jesús bajo el peso de la cruz? Quizás nos hace pensar en la caída de los hombres, en que muchos se alejan de Cristo, en la tendencia a un secularismo sin Dios. Pero, ¿no deberíamos pensar también en lo que debe sufrir Cristo en su propia Iglesia? En cuántas veces se abusa del sacramento de su presencia, y en el vacío y maldad de corazón donde entra a menudo. ¡Cuántas veces celebramos sólo nosotros sin darnos cuenta de él! ¡Cuántas veces se deforma y se abusa de su Palabra! ¡Qué poca fe hay en muchas teorías, cuántas palabras vacías! ¡Cuánta suciedad en la Iglesia y entre los que, por su sacerdocio, deberían estar completamente entregados a él! ¡Cuánta soberbia, cuánta autosuficiencia! ¡Qué poco respetamos el sacramento de la Reconciliación, en el cual él nos espera para levantarnos de nuestras caídas! También esto está presente en su pasión. La traición de los discípulos, la recepción indigna de su Cuerpo y de su Sangre, es ciertamente el mayor dolor del Redentor, el que le traspasa el corazón. No nos queda más que gritarle desde lo profundo del alma: Kyrie, eleison – Señor, sálvanos (cf Mt 8,25).

#### **ORACIÓN**

Señor, frecuentemente tu Iglesia nos parece una barca a punto de hundirse, que hace aguas por todas partes. Y también en tu campo vemos más cizaña que trigo. Nos abruma su atuendo y su rostro tan sucios. Pero los empañamos nosotros mismos. Nosotros quienes te traicionamos, no obstante los gestos ampulosos y las palabras altisonantes. Ten piedad de tu Iglesia: también en ella Adán, el hombre, cae una y otra vez. Al caer, quedamos en tierra y Satanás se alegra, porque espera que ya nunca podremos levantarnos; espera que tú, siendo arrastrado en la caída de tu Iglesia, quedas abatido para siempre. Pero tú te levantarás. Tú te has reincorporado, has resucitado y puedes levantarnos. Salva y santifica a tu Iglesia. Sálvanos y santifícanos a todos.

## ***DÉCIMA ESTACIÓN***

### ***Jesús es despojado de sus vestiduras***

#### *Lectura del Evangelio según San Mateo 27, 33 -36*

Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota (que quiere decir «La Calavera»), le dieron a beber vino mezclado con hiel; él lo probó, pero no quiso beberlo. Después de crucificarlo, se repartieron su ropa echándola a suertes y luego se sentaron a custodiarlo.

#### ***MEDITACIÓN***

Jesús es despojado de sus vestiduras. El vestido confiere al hombre una posición social; indica su lugar en la sociedad, le hace ser alguien. Ser desnudado en público significa que Jesús no es nadie, no es más que un marginado, despreciado por todos. El momento de despojarlo nos recuerda también la expulsión del paraíso: ha desaparecido en el hombre el esplendor de Dios y ahora se encuentra en mundo desnudo y al descubierto, y se avergüenza. Jesús asume una vez más la situación del hombre caído. Jesús despojado nos recuerda que todos nosotros hemos perdido la «primera vestidura» y, por tanto, el esplendor de Dios. Al pie de la cruz los soldados echan a suerte sus míseras pertenencias, sus vestidos. Los evangelistas lo relatan con palabras tomadas del Salmo 21, 19 y nos indican así lo que Jesús dirá a los discípulos de Emaús: todo se cumplió «según las Escrituras». Nada es pura coincidencia, todo lo que sucede está dicho en la Palabra de Dios, confirmado por su designio divino. El Señor experimenta todas las fases y grados de la perdición de los hombres, y cada uno de ellos, no obstante su amargura, son un paso de la redención: así devuelve él a casa la oveja perdida. Recordemos también que Juan precisa el objeto del sorteo: la túnica de Jesús, «tejida de una pieza de arriba abajo» (Jn 19, 23). Podemos considerarlo una referencia a la vestidura del sumo sacerdote, que era «de una sola pieza», sin costuras (Flavio Josefo, Ant. jud., III, 161). Éste, el Crucificado, es de hecho el verdadero sumo sacerdote.

#### ***ORACIÓN***

Señor Jesús, has sido despojado de tus vestiduras, expuesto a la deshonra, expulsado de la sociedad. Te has cargado de la deshonra de Adán, sanándolo. Te has cargado con los sufrimientos y necesidades de los pobres, aquellos que están excluidos del mundo. Pero es exactamente así como cumples la palabra de los profetas. Es así como das significado a lo que aparece privado de significado. Es así como nos haces reconocer que tu Padre te tiene en sus manos, a ti, a nosotros y al mundo. Concédenos un profundo respeto hacia el hombre en todas las fases de su existencia y en todas las situaciones en las cuales lo encontramos. Danos el traje de la luz de tu gracia.

## **UNDÉCIMA ESTACIÓN**

### ***Jesús clavado en la cruz***

#### *Lectura del Evangelio según San Mateo 7, 37-42*

Encima de la cabeza colocaron un letrero con la acusación: «Este es Jesús, el Rey de los judíos». Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Los que pasaban, lo injuriaban y decían meneando la cabeza: «Tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz». Los sumos sacerdotes con los letrados y los senadores se burlaban también diciendo: «A otros ha salvado y él no se puede salvar. ¿No es el Rey de Israel? Que baje ahora de la cruz y le creeremos».

#### **MEDITACIÓN**

Jesús es clavado en la cruz. La Sábana Santa de Turín nos permite hacernos una idea de la increíble crueldad de este procedimiento. Jesús no bebió el calmante que le ofrecieron: asume conscientemente todo el dolor de la crucifixión. Su cuerpo está martirizado; se han cumplido las palabras del Salmo: «Yo soy un gusano, no un hombre, vergüenza de la gente, desprecio del pueblo» (Sal 21, 27). «Como uno ante quien se oculta el rostro, era despreciado... Y con todo eran nuestros sufrimientos los que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba» (Is 53, 3 ss). Detengámonos ante esta imagen de dolor, ante el Hijo de Dios sufriente. Mirémosle en los momentos de satisfacción y gozo, para aprender a respetar sus límites y a ver la superficialidad de todos los bienes puramente materiales. Mirémosle en los momentos de adversidad y angustia, para reconocer que precisamente así estamos cerca de Dios. Tratemos de descubrir su rostro en aquellos que tendemos a despreciar. Ante el Señor condenado, que no quiere usar su poder para descender de la cruz, sino que más bien soportó el sufrimiento de la cruz hasta el final, podemos hacer aún otra reflexión. Ignacio de Antioquia, encadenado por su fe en el Señor, elogió a los cristianos de Esmirna por su fe inamovible: dice que estaban, por así decir, clavados con la carne y la sangre a la cruz del Señor Jesucristo (1,1). Dejémosnos clavar a él, no cediendo a ninguna tentación de apartarnos, ni a las burlas que nos inducen a darle la espalda.

#### **ORACIÓN**

Señor Jesucristo, te has dejado clavar en la cruz, aceptando la terrible crueldad de este dolor, la destrucción de tu cuerpo y de tu dignidad. Te has dejado clavar, has sufrido sin evasivas ni compromisos. Ayúdanos a no desertar ante lo que debemos hacer. A unirnos estrechamente a ti. A desenmascarar la falsa libertad que nos quiere alejar de ti. Ayúdanos a aceptar tu libertad «comprometida» y a encontrar en la estrecha unión contigo la verdadera libertad.

**DUODÉCIMA ESTACIÓN*****Jesús muere en la cruz***

*Lectura del Evangelio según San Juan 19, 19-20*

Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: «Jesús el Nazareno, el Rey de los judíos». Leyeron el letrero muchos judíos, estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús y estaba escrito en hebreo, latín y griego.

*Del Evangelio según San Mateo 27, 45-50. 54*

Desde el mediodía hasta la media tarde vinieron tinieblas sobre toda aquella región. A media tarde Jesús gritó: «Elí, Elí lamá sabaktaní», es decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Al oírlo algunos de los que estaban por allí dijeron: «A Elías llama éste». Uno de ellos fue corriendo; enseguida cogió una esponja empapada en vinagre y, sujetándola en una caña, le dio de beber. Los demás decían: «Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo». Jesús, dio otro grito fuerte y exhaló el espíritu. El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba dijeron aterrorizados: «Realmente éste era Hijo de Dios».

**MEDITACIÓN**

Sobre la cruz –en las dos lenguas del mundo de entonces, el griego y el latín, y en la lengua del pueblo elegido, el hebreo– está escrito quien es Jesús: el Rey de los judíos, el Hijo prometido de David. Pilato, el juez injusto, ha sido profeta a su pesar. Ante la opinión pública mundial se proclama la realeza de Jesús. Él mismo había declinado el título de Mesías porque habría dado a entender una idea errónea, humana, de poder y salvación. Pero ahora el título puede aparecer escrito públicamente encima del Crucificado. Efectivamente, él es verdaderamente el rey del mundo. Ahora ha sido realmente «ensalzado». En su descendimiento, ascendió. Ahora ha cumplido radicalmente el mandamiento del amor, ha cumplido el ofrecimiento de sí mismo y, de este modo, manifiesta al verdadero Dios, al Dios que es amor. Ahora sabemos que es Dios. Sabemos cómo es la verdadera realeza. Jesús recita el Salmo 21, que comienza con estas palabras: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Sal 21, 2). Asume en sí a todo el Israel sufriente, a toda la humanidad que padece, el drama de la oscuridad de Dios, manifestando de este modo a Dios justamente donde parece estar definitivamente vencido y ausente. La cruz de Jesús es un acontecimiento cósmico. El mundo se oscurece cuando el Hijo de Dios padece la muerte. La tierra tiembla. Y junto a la cruz nace la Iglesia en el ámbito de los paganos. El centurión romano reconoce y entiende que Jesús es el Hijo de Dios. Desde la cruz, él triunfa siempre de nuevo.

**ORACIÓN**

Señor Jesucristo, en la hora de tu muerte se oscureció el sol. Constantemente estás siendo clavado en la cruz. En este momento histórico vivimos en la oscuridad de Dios. Por el gran sufrimiento, y por la maldad de los hombres, el rostro de Dios, tu rostro, aparece difuminado, irreconocible. Pero en la cruz te has hecho reconocer.

Porque eres el que sufre y el que ama, eres el que ha sido ensalzado. Precisamente desde allí has triunfado. En esta hora de oscuridad y turbación, ayúdanos a reconocer tu rostro. A creer en ti y a seguirte en el momento de la necesidad y de las tinieblas. Muéstrate de nuevo al mundo en esta hora. Haz que se manifieste tu salvación.

### **DECIMOTERCERA ESTACIÓN**

#### ***Jesús es bajado de la cruz y entregado a su Madre***

*Lectura del Evangelio según San Mateo 27, 54-55*

El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba dijeron aterrorizados: «Realmente éste era Hijo de Dios». Había allí muchas mujeres que miraban desde lejos, aquellas que habían seguido a Jesús desde Galilea para atenderle.

#### **MEDITACIÓN**

Jesús está muerto, de su corazón traspasado por la lanza del soldado romano mana sangre y agua: misteriosa imagen del caudal de los sacramentos, del Bautismo y de la Eucaristía, de los cuales, por la fuerza del corazón traspasado del Señor, renace siempre la Iglesia. A él no le quiebran las piernas como a los otros dos crucificados; así se manifiesta como el verdadero cordero pascual, al cual no se le debe quebrantar ningún hueso (cf Ex 12, 46). Y ahora que ha soportado todo, se ve que, a pesar de toda la turbación del corazón, a pesar del poder del odio y de la ruindad, él no está solo. Están los fieles. Al pie de la cruz estaba María, su Madre, la hermana de su Madre, María, María Magdalena y el discípulo que él amaba. Llega también un hombre rico, José de Arimatea: el rico logra pasar por el ojo de la aguja, porque Dios le da la gracia. Entierra a Jesús en su tumba aún sin estrenar, en un jardín: donde Jesús es enterrado, el cementerio se transforma en un vergel, el jardín del que había sido expulsado Adán cuando se alejó de la plenitud de la vida, de su Creador. El sepulcro en el jardín manifiesta que el dominio de la muerte está a punto de terminar. Y llega también un miembro del Sanedrín, Nicodemo, al que Jesús había anunciado el misterio del renacer por el agua y el Espíritu. También en el sanedrín, que había decidido su muerte, hay alguien que cree, que conoce y reconoce a Jesús después de su muerte. En la hora del gran luto, de la gran oscuridad y de la desesperación, surge misteriosamente la luz de la esperanza. El Dios escondido permanece siempre como Dios vivo y cercano. También en la noche de la muerte, el Señor muerto sigue siendo nuestro Señor y Salvador. La Iglesia de Jesucristo, su nueva familia, comienza a formarse.

#### **ORACIÓN**

Señor, has bajado hasta la oscuridad de la muerte. Pero tu cuerpo es recibido por manos piadosas y envuelto en una sábana limpia (Mt 27, 59). La fe no ha muerto del todo, el sol no se ha puesto totalmente. Cuántas veces parece que estés durmiendo. Qué fácil es que nosotros, los hombres, nos alejemos y nos digamos a nosotros mismos: Dios ha muerto. Haz que en la hora de la oscuridad reconozcamos que tú

estás presente. No nos dejes solos cuando nos aceche el desánimo. Y ayúdanos a no dejarte solo. Danos una fidelidad que resista en el extravío y un amor que te acoja en el momento de tu necesidad más extrema, como tu Madre, que te arroja de nuevo en su seno. Ayúdanos, ayuda a los pobres y a los ricos, a los sencillos y a los sabios, para poder ver por encima de los miedos y prejuicios, y te ofrezcamos nuestros talentos, nuestro corazón, nuestro tiempo, preparando así el jardín en el cual puede tener lugar la resurrección.

### **DECIMOCUARTA ESTACIÓN**

#### ***Jesús es puesto en el sepulcro***

*Lectura del Evangelio según San Mateo 27, 59-61*

José, tomando el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia, lo puso en el sepulcro nuevo que se había excavado en una roca, rodó una piedra grande a la entrada del sepulcro y se marchó. María Magdalena y la otra María se quedaron allí sentadas enfrente del sepulcro.

#### **MEDITACIÓN**

Jesús, deshonrado y ultrajado, es puesto en un sepulcro nuevo con todos los honores. Nicodemo lleva una mezcla de mirra y áloe de cien libras para difundir un fragante perfume. Ahora, en la entrega del Hijo, como ocurriera en la unción de Betania, se manifiesta una desmesura que nos recuerda el amor generoso de Dios, la «sobreabundancia» de su amor. Dios se ofrece generosamente a sí mismo. Si la medida de Dios es la sobreabundancia, también para nosotros nada debe ser demasiado para Dios. Es lo que Jesús nos ha enseñado en el Sermón de la montaña (Mt 5, 20). Pero es necesario recordar también lo que san Pablo dice de Dios, el cual «por nuestro medio difunde en todas partes el olor de su conocimiento. Pues nosotros somos [...] el buen olor de Cristo» (2 Co 2, 14-15). En la descomposición de las ideologías, nuestra fe debería ser una vez más el perfume que conduce a las sendas de la vida. En el momento de su sepultura, comienza a realizarse la palabra de Jesús: « Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, dará mucho fruto» (Jn 12, 24). Jesús es el grano de trigo que muere. Del grano de trigo enterrado comienza la gran multiplicación del pan que dura hasta el fin de los tiempos: él es el pan de vida capaz de saciar sobreabundantemente a toda la humanidad y de darle el sustento vital: el Verbo de Dios, que es carne y también pan para nosotros, a través de la cruz y la resurrección. Sobre el sepulcro de Jesús resplandece el misterio de la Eucaristía.

#### **ORACIÓN**

Señor Jesucristo, al ser puesto en el sepulcro has hecho tuya la muerte del grano de trigo, te has hecho el grano de trigo que muere y produce fruto con el paso del tiempo hasta la eternidad. Desde el sepulcro iluminas para siempre la promesa del grano de trigo del que procede el verdadero maná, el pan de vida en el cual te ofreces

a ti mismo. La Palabra eterna, a través de la encarnación y la muerte, se ha hecho Palabra cercana; te pones en nuestras manos y entras en nuestros corazones para que tu Palabra crezca en nosotros y produzca fruto. Te das a ti mismo a través de la muerte del grano de trigo, para que también nosotros tengamos el valor de perder nuestra vida para encontrarla; a fin de que también nosotros confiemos en la promesa del grano de trigo. Ayúdanos a amar cada vez más tu misterio eucarístico y a venerarlo, a vivir verdaderamente de ti, Pan del cielo. Auxílianos para que seamos tu perfume y hagamos visible la huella de tu vida en este mundo. Como el grano de trigo crece de la tierra como retoño y espiga, tampoco tú podías permanecer en el sepulcro: el sepulcro está vacío porque él –el Padre– no te «entregó a la muerte, ni tu carne conoció la corrupción» (Hch 2, 31; Sal 15, 10). No, tú no has conocido la corrupción. Has resucitado y has abierto el corazón de Dios a la carne transformada. Haz que podamos alegrarnos de esta esperanza y llevarla gozosamente al mundo, para ser de este modo testigos de tu resurrección.



## HOMILÍA DEL VIERNES SANTO

«¡SALVE, VERDADERO CUERPO NACIDO DE MARÍA VIRGEN!»:

*Del predicador del Papa en la celebración de la Pasión del Señor en el Vaticano*  
P. Raniero Cantalamessa

¡Viernes Santo de 2005, año de la Eucaristía! ¡Cuánta luz, sobre uno y otro misterio, de este acercamiento! Pero si la Eucaristía es «el memorial de la pasión», ¿cómo es que la Iglesia se abstiene de celebrarla precisamente el Viernes Santo? (A lo que estamos asistiendo no es, como sabemos, una Misa, sino una liturgia de la Pasión en la que sólo se recibe el cuerpo de Cristo consagrado el día precedente).

Existe una profunda razón teológica en ello. Quien se hace presente en el altar en cada Eucaristía es Cristo resucitado y vivo, no un muerto. La Iglesia se abstiene por ello de celebrar la Eucaristía en los dos días en que se recuerda a Jesús que yace muerto en el sepulcro, cuya alma está separada del cuerpo (si bien no de la divinidad). El hecho de que hoy no se celebre la Misa no atenúa, sino que refuerza el vínculo entre el Viernes Santo y la Eucaristía. La Eucaristía es a la muerte de Cristo como el sonido y la voz son para la palabra que transportan en el espacio y hacen llegar al oído.

Hay un himno latino, no menos querido que el *Adoro te devote* para la piedad eucarística de los católicos, que evidencia el vínculo entre la Eucaristía y la cruz, el *Ave verum*. Compuesto en el siglo XIII para acompañar la elevación de la Hostia en la Misa, se presta igualmente bien para saludar la elevación de Cristo en la cruz. Son apenas cinco versos, cargados sin embargo de mucho contenido:

*¡Salve, verdadero cuerpo nacido de María Virgen!*  
*Verdaderamente atormentado e inmolado en la cruz por el hombre.*  
*De tu costado traspasado brotó agua y sangre.*  
*Sé para nosotros prenda en el momento de la muerte.*  
*¡Oh Jesús dulce, oh Jesús piadoso, oh Jesús, hijo de María!*

El primer verso proporciona la clave para comprender el resto. Berengario de Tours había negado la realidad de la presencia de Cristo en el signo del pan, reduciéndola a una presencia simbólica. Para quitar todo pretexto a esta herejía, se comienza por afirmar la identidad total entre el Jesús de la Eucaristía y el de la historia. El cuerpo de Cristo presente en el altar es definido «verdadero» (*verum corpus*) para distinguirlo de un cuerpo puramente «simbólico» e incluso del cuerpo «místico» que es la Iglesia.

Todas las expresiones siguientes se refieren al Jesús terrenal: nacimiento de María, pasión, muerte, traspasamiento del costado. El autor se detiene en este punto; no menciona la resurrección porque ésta podría hacer pensar en un cuerpo glorificado y espiritual, y por lo tanto no lo suficientemente «real».

La teología ha vuelto hoy a una visión más equilibrada de la identidad entre el cuerpo histórico y el eucarístico de Cristo e insiste en el carácter sacramental, no material (si bien real y sustancial) de la presencia de Cristo en el sacramento del altar.

Pero, aparte de esta diferente acentuación, permanece intacta la verdad de fondo afirmada por el himno. Es el Jesús nacido de María en Belén, el mismo que «pasó haciendo el bien a todos» (Hch 10,38), que murió en la cruz y resucitó al tercer día, el que está presente hoy en el mundo, no una vaga presencia espiritual suya, o, como dice alguno, su «causa». La Eucaristía es el modo inventado por Dios para ser para siempre el «Emmanuel», Dios-con-nosotros.

Tal presencia no es una garantía y una protección sólo para la Iglesia, sino para todo el mundo. «¡Dios está con nosotros!». Esta frase nos atemoriza y ya casi no nos atrevemos a pronunciarla. Se le ha dado a veces un sentido exclusivo: Dios está «con nosotros», se entiende no con los demás, es más, está «contra» los demás, contra nuestros enemigos. Pero con la venida de Cristo todo se ha hecho universal. «Dios ha reconciliado al mundo consigo en Cristo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres» (2Co 5,19). Al mundo entero, no a una parte; a todos los hombres, no a un solo pueblo.

«Dios está con nosotros», esto es, de parte del hombre, es su amigo y aliado contra las fuerzas del mal. Es el único que personifica todo y solo el frente del bien contra el frente del mal. Esto daba la fuerza a Dietrich Bonhoeffer, en la cárcel y en espera de la sentencia de muerte por parte del «poder malo» de Hitler, de afirmar la victoria del poder bueno:

Envueltos de maravilla por fuerzas amigas  
esperamos con calma lo que ocurra.  
Dios está con nosotros en la noche y en la mañana,  
estará con nosotros cada nuevo día.

*Von guten Mächten wunderbar geborgen  
erwarten wir getrost, was kommen mag.  
Gott ist mit uns am Abend und am Morgen  
und ganz gewiss an jeden neuen Tag.*

«No sabemos —escribe el Papa en la Novo millennio ineunte— qué acontecimientos nos reservará el milenio que está comenzando, pero tenemos la certeza de que éste permanecerá firmemente en las manos de Cristo, el “Rey de Reyes y Señor de los Señores”» (Ap 19,16) [1].

Tras el saludo llega, en el himno, la invocación: *Esto nobis praegustatum mortis in examine*. Sé para nosotros, oh Cristo, prenda y anticipo de vida eterna en la hora de la muerte. Ya el mártir Ignacio de Antioquía llamaba la Eucaristía «medicina de inmortalidad», esto es, remedio a nuestra mortalidad [2]. En la

Eucaristía tenemos «la prenda de la gloria futura»: «*et futurae gloriae nobis pignus datur*».

Algunas investigaciones han revelado un hecho extraño: hay, también entre los creyentes, personas que creen en Dios, pero no en una vida para el hombre después de la muerte. ¿Pero cómo se puede pensar algo así? Cristo, dice la Carta a los Hebreos, murió para procurarnos «una redención eterna» (Hb 9,12). ¡No temporal, sino eterna!

Se objeta que nadie ha vuelto jamás del más allá para asegurarnos que existe de verdad y que no se trata sólo una piadosa ilusión. ¡No es cierto! Hay uno que cada día vuelve del más allá para asegurarnos y renovar sus promesas, si sabemos escucharle. Aquél hacia el cual estamos encaminados nos sale al encuentro en la Eucaristía para darnos una muestra (*praegustatum!*) del banquete final del reino.

Debemos gritar al mundo esta esperanza para ayudarnos a nosotros mismos y a los demás a vencer el horror que nos provoca la muerte y reaccionar al sombrío pesimismo que flota en nuestra sociedad. Se multiplican los diagnósticos desesperados sobre el estado del mundo: «un hormiguero que se desmorona», «un planeta que agoniza»... La ciencia traza con detalles cada vez mayores el posible escenario de la disolución final del cosmos. «Se enfriará la tierra y los demás planetas, se enfriará el sol y las demás estrellas, se enfriará todo... Disminuirá la luz y aumentarán en el universo los agujeros negros... La expansión un día se agotará y comenzará la contracción y al final se asistirá al colapso de toda la materia y de toda la energía existente en una estructura compacta de densidad infinita. Ocurrirá entonces el *Big Crunch* o gran implosión, y todo volverá al vacío y al silencio que precedió a la gran explosión o *Big Bang*, de hace quince mil millones de años...».

Nadie sabe si las cosas se desarrollarán verdaderamente así o de otra forma. En cambio la fe nos asegura que, aunque así fuera, no será ese el final total. Dios no ha reconciliado al mundo consigo para abandonarlo después a la nada; no ha prometido permanecer con nosotros hasta el fin del mundo para después retirarse, solo, en su cielo, cuando este fin acontezca. «Con amor eterno te he amado», dijo Dios al hombre en la Biblia (Jr 31,3), y las promesas de «amor eterno» de Dios no son como las del hombre.

Prosiguiendo idealmente la meditación del *Ave verum*, el autor del *Dies irae* eleva a Cristo una abrasadora oración que nunca como en este día podemos hacer nuestra: «*Recordare, Iesu pie, quod sum causa tuae viae: ne me perdas illa die*»: Acuérdate, oh buen Jesús, que por mí subiste a la cruz: no permitas que me pierda en ese día. «*Quaerens me sedisti lassus, redemisti crucem passus: tantus labor non sit cassus*»: Al buscarme, te sentaste un día cansado en el pozo de Siquem y subiste a la cruz para redimirme: que tanto dolor no sea malgastado.

El *Ave verum* se cierra con una exclamación dirigida a la persona de Cristo: «*O Iesu dulcis, o Iesu pie*». Estas palabras nos presentan una imagen exquisitamente evangélica de Cristo: el Jesús «dulce y piadoso», esto es, clemente, compasivo, que no parte la caña quebrada y no apaga la mecha mortecina (Cf. Mt 12,20). El Jesús que

un día dijo: «Aprended de mi, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29). La Eucaristía prolonga en la historia la presencia de este Jesús. ¡Es el sacramento de la no violencia!

La mansedumbre de Cristo sin embargo no justifica, más bien hace aún más extraña y odiosa, la violencia que se registra hoy frente a su persona. Se ha dicho que, con su sacrificio, Cristo puso fin al perverso mecanismo del chivo expiatorio, sufriendo él mismo las consecuencias [3]. Hay que decir con tristeza que tal mecanismo perverso está nuevamente en marcha respecto a Cristo de una forma hasta ahora desconocida.

Contra él se desahoga todo el resentimiento de un cierto pensamiento secular referente a las manifestaciones de unión entre la violencia y lo sagrado. Como es regla en el mecanismo del chivo expiatorio, se elige al elemento más débil para ensañarse contra él. «Débil», aquí, en el sentido de que se le puede escarnecer impunemente, sin correr peligro alguno de retorsión, habiendo los cristianos renunciado desde hace tiempo a defender la propia fe con la fuerza.

No se trata sólo de las presiones para retirar el crucifijo de los lugares públicos y el pesebre de las celebraciones navideñas. Se suceden sin descanso novelas, películas y espectáculos en los que se manipula a placer la figura de Cristo basándose en fantasmales e inexistentes documentos y descubrimientos. Se está convirtiendo en una moda, una especie de género literario.

Siempre ha existido la tendencia a revestir a Cristo de los ropajes de la propia época o de la propia ideología. Pero al menos en el pasado, aún discutibles, había causas serias y de gran alcance: el Cristo idealista, socialista, revolucionario... Nuestra época, obsesionada con el sexo, ya no sabe representar a Jesús más que como un gay *ante litteram* o uno que predica que la salvación viene de la unión con el principio femenino y da ejemplo de ello casándose con la Magdalena.

Surgen como paladines de la ciencia contra la religión: ¡una reivindicación sorprendente a juzgar por como es tratada en estos casos la ciencia histórica! Las historias más fantasiosas y absurdas son propinadas y bebidas lamentablemente por muchos como si se tratasen de historia verdadera, más aún, de la única historia libre por fin de censuras eclesiásticas y tabúes. «El hombre que ya no cree en Dios está dispuesto a creer en todo», dijo alguien. Los hechos le están dando la razón.

Se especula sobre la vastísima resonancia que tiene el nombre de Jesús y sobre lo que significa para una gran parte de la humanidad, a fin de asegurarse una popularidad a buen precio o causar sensación con mensajes publicitarios que abusan de símbolos e imágenes evangélicas. (Ha ocurrido recientemente con la imagen de la última cena) ¡Pero esto es parasitismo literario y artístico!

Jesús es vendido de nuevo por treinta monedas, escarnecido y recubierto con vestidos de burla como en el pretorio. (¡En un espectáculo emitido el pasado enero por una televisión estatal europea Cristo aparecía en la cruz con pañales de niño!). Y luego surge el escándalo y se critica la intolerancia y la censura si los creyentes reaccionan enviando cartas y telefoneando en protesta a los responsables. La

intolerancia desde hace tiempo ha cambiado de campo en Occidente: ¡de intolerancia *religiosa* se ha transformado en intolerancia *de la religión* en algunos ambientes!

«Nadie –se objeta— tiene el monopolio de los símbolos y de las imágenes de una religión». Pero también los símbolos de una nación –el himno, la bandera— son de todos y de nadie; ¿está acaso por esto permitido burlarse de ellos y explotarlos a placer?

El misterio que celebramos en este día nos prohíbe abandonarnos a complejos de persecución y levantar de nuevo muros o bastiones entre nosotros y la cultura (o in-cultura) moderna. Tal vez debemos imitar a nuestro Maestro y decir sencillamente: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen». Perdónales a ellos y a nosotros, porque es ciertamente también a causa de nuestros pecados, presentes y pasados, que todo esto sucede y se sabe que frecuentemente es para golpear a los cristianos y a la Iglesia que se golpea a Cristo.

Nos permitimos sólo dirigir a nuestros contemporáneos, en nuestro interés y en el suyo, el llamamiento que Tertuliano hacía en su tiempo a los gnósticos enemigos de la humanidad de Cristo: «*Parce unicae spei totius orbis*»: no quitéis al mundo su única esperanza [4].

La última invocación del *Ave verum* evoca la persona de la madre: «*O Iesu filii Mariae*». Dos veces es recordada, en el breve himno, la Virgen: al principio y al final. Por lo demás, todas las exclamaciones finales del himno son una reminiscencia de las últimas palabras de la *Salve Regina*: «*O clemens, o pia, o dulcis virgo Maria*»: oh clemente, oh pía, oh dulce Virgen María.

La insistencia en el vínculo entre María y la Eucaristía no responde a una necesidad sólo devocional, sino también teológica. Nacer de María fue, en tiempo de los Padres, el argumento principal contra el docetismo que negaba la realidad del cuerpo de Cristo. Coherentemente, este mismo nacimiento atestigua ahora la verdad y realidad del cuerpo de Cristo presente en la Eucaristía.

Juan Pablo II concluye su carta apostólica *Mane nobiscum Domine* remitiéndose precisamente a las palabras del himno: «El Pan eucarístico que recibimos —escribe— es la carne inmaculada del Hijo: “*Ave verum corpus natum de Maria Virgine*”. Que en este Año de gracia, con la ayuda de María, la Iglesia reciba un nuevo impulso para su misión y reconozca cada vez más en la Eucaristía la fuente y la cumbre de toda su vida» [5].

Aprovechamos la ocasión de estas palabras tuyas para hacer llegar al Santo Padre el agradecimiento por el don del año eucarístico y el deseo de que recupere pronto la salud. Vuelva pronto, Santo Padre; la Pascua es mucho menos «Pascua» sin usted.

Concluyamos volviendo a nuestro himno. El signo más claro de la unidad entre Eucaristía y misterio de la cruz, entre el año eucarístico y el Viernes Santo, es que nosotros podemos ahora emplear las palabras del *Ave verum*, sin cambiar una sílaba, para saludar a Cristo, quien dentro de poco será elevado en la cruz ante

nosotros. Humildemente, por ello, invito a todos los presentes (los que no conozcan el texto latino lo pueden encontrar en el librito que tienen en la mano) a unirse a mí y –posiblemente de pié— proclamar en voz alta, con conmovida gratitud y en nombre de todos los hombres redimidos por Cristo:

*Ave verum corpus natum de Maria Virgine  
Vere passum, immolatum in cruce pro homine  
Cuius latus perforatum fluxit aqua et sanguine  
Esto nobis praegustatum mortis in examine  
O Iesu dulcis, o Iesu pie, o Iesu fili Mariae !*

## NOTAS

[1] Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 35.

[2] S. Ignacio de Antioquía, *Carta a los Efesios*, 20, 2.

[3] Cf. R. Girard, *Des choses cachées depuis la fondation du monde*, Grasset, París 1978.

[4] Tertuliano, *De carne Christi*, 5, 3 (CCL 2, p. 881).

[5] *Mane nobiscum Domine*, 31.

## CRÓNICA DIOCESANA

### MES DE MARZO

- Del 28 de febrero al 4 de marzo:** «Semana de la familia», organizada por la Delegación de Pastoral familiar se celebró en varias parroquias de la Diócesis.
- Día 2 y 3, jueves y viernes:** Curso de Protección de Patrimonio Cultural para sacerdotes y personas interesadas con el título: «La salvaguarda del testimonio histórico».
- Día 3, jueves:** Curso para la **Formación Sistemática Complementaria CEE** (3º año), en el Obispado de 18 h. a 22 h. (Delegación de Enseñanza).
- Día 4, viernes:** Clausura de la semana de la familia, Celebración Eucarística en la iglesia de los PP. Franciscanos y Conferencia de Clausura de la Semana en el Ateneo de Ourense.
- Día 5, sábado: Cine forum y convivencia** en el Colegio Franciscanas (Organiza CONFER).
- Día 8, martes: Reunión Junta Directiva CONFER**, en el Salón del Obispado.
- Día 17, jueves:** Curso para la **Formación Sistemática Complementaria CEE** (3º año), en el Obispado de 18 h. a 22 h. (Delegación de Enseñanza).
- Día 19, Sábado:** Ordenación de tres nuevos Diáconos, Alberto López Vázquez, Félix Álvarez Rodríguez y José David Penín Martínez, en el Seminario Mayor.
- Día 17, jueves: «Via Crucis» de la Juventud** (Organiza: Delegación de Juventud).
- Día 23, miércoles Santo:** Retiro espiritual de los Sacerdotes y Celebración de la Misa Crismal.

**NUESTRA PORTADA:**

Sagrario del Retablo Mayor de Santa María la Real de Porqueira (A Forxa)  
Anónimo. Siglo XVIII

«Yo soy la Resurrección y la vida». «Yo soy el pan de Vida». Resurrección y Eucaristía unidas en una preciosa relación por el mismo Jesús, por eso las portezuelas de tantos Sagrario se hicieron proclamación de fe en este consuelo de salvación.

El anagrama de Jesús subraya la presencia. El arte se hizo declaración de fe y de amor en la presencia real de Cristo en la Eucaristía

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ  
Redacción y Administración: OBISPADO DE OURENSE  
Teléfono: 988 36 61 41  
Fotocomposición e Impresión: GRUPO SANMARTIN, S. L.  
Depósito Legal: OR-13/1958